

Jean Grave

LA SOCIEDAD MORIBUNDA
Y
LA ANARQUÍA

Índice

Presentación de Chantal López y Omar Cortés.

Prólogo de Octavio Mirbeau.

CAPÍTULO PRIMERO
La idea anarquista y su desarrollo.

CAPÍTULO SEGUNDO
Individualismo - Solidaridad.

CAPÍTULO TERCERO
Demasiado abstractos.

CAPÍTULO CUARTO
¿Es malo el hombre?

CAPÍTULO QUINTO
La propiedad.

CAPÍTULO SEXTO
La familia.

CAPÍTULO SÉPTIMO
La autoridad.

CAPÍTULO OCTAVO
Magistratura.

CAPÍTULO NOVENO
El derecho a castigar y los sabios.

CAPÍTULO DÉCIMO
Influencia del medio.

CAPÍTULO UNDÉCIMO
La patria.

CAPÍTULO DUODÉCIMO
El patriotismo de las clases directoras.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO
El militarismo.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO
La colonización.

CAPÍTULO DECIMOQUINTO
No hay razas inferiores.

CAPÍTULO DECIMOSEXTO
Por qué somos revolucionarios.

CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO
Los medios nacen de los principios.

CAPÍTULO DECIMOCTAVO
Revolución y anarquía.

CAPÍTULO DECIMONONO
Ineficacia de las reformas.

CAPÍTULO VIGÉSIMO
¿Y después?

CAPÍTULO VIGESIMOPRIMERO
Las ideas anarquistas y su practicabilidad.

CAPÍTULO VIGESIMOSEGUNDO
La verdad desnuda.

Presentación de Chantal López y Omar Cortés.

La obra *La sociedad moribunda y la anarquía*, del libertario francés Jean Grave (1854-1939), fue escrita en 1892 atrayéndole a su autor la represión inmediata principalmente por sus opiniones en torno al militarismo, aunque en el juicio que se le siguió hízose énfasis en sus llamados a la subversión y al desacatamiento de las normas.

Recordemos que el final del siglo XIX fue, para el movimiento anarquista europeo, la década del enfrentamiento. En efecto, durante esos años, hubo de afrontar la conformación, en su seno, de una corriente muy sui géneris partidaria de una peculiar concepción de la propaganda por el hecho, sumamente proclive a las acciones violentas enfocadas bajo el prisma del heroísmo individual, y por parte del gobierno, una reacción que manifestase de manera hartamente represiva.

Así las cosas, Jean Grave sería condenado a sufrir una pena de dos años de prisión y una multa de mil francos por haber escrito, publicado y difundido la obra que aquí presentamos.

En ésta, Jean Grave desarrolla abiertamente su concepción anarco-comunista, enfrentándola a la sociedad capitalista y sus instituciones. Arremete sin consideración

alguna en contra de la propiedad privada, golpeando igualmente al militarismo, sobre el cual emite duras y severas críticas.

Como muchos pensadores de aquel entonces, Jean Grave estaba convencido del eminente derrumbamiento del sistema capitalista, mismo que consideraba en absoluta descomposición. Y como militante anarquista afanosamente buscaba esparcir la semilla libertaria en la mente de los trabajadores en particular, y de los oprimidos en general. Su lenguaje es directo, no se anda, como se dice comúnmente, por las ramas, y va de lleno a demoler mitos y clarificar situaciones. Brevemente expone el desarrollo de la corriente anarquista para continuar guiando al lector, paso a paso, por el análisis crítico de las instituciones de la sociedad burguesa, poniendo énfasis en los puntos que manifiestan su decadencia, sin pasar por alto lo que podrían denominarse puntos débiles del pensamiento y actuar ácratas.

Sin duda esta obra es enriquecedora para todas aquellas interesadas en las concepciones anarquistas.

Chantal López y Omar Cortés

PRÓLOGO

Octavio Mirbeau

Tengo un amigo que demuestra muy buena voluntad para entender las cosas. Aspira naturalmente a cuanto es sencillo, grande y hermoso. Pero su educación, entorpecida por las preocupaciones y mentiras inherentes a toda educación llamada superior, sujeta casi siempre sus arranques hacia la emancipación espiritual. Quisiera libertarse por completo de las ideas tradicionales, de las seculares rutinas que le enligan el espíritu, a pesar suyo, y no puede. Viene a verme a menudo y departimos extensamente las doctrinas anárquicas, calumniadas por algunos, mal entendidas por otros; le dan que pensar, y demuestra honradez grande, concibiéndolas, aunque no las acepte por completo. No cree, como muchos de los que viven en su ambiente, que sólo consistan en volar edificios. Entrevé en ellas, entre una niebla que tal vez se disipará, formas armoniosas y bellezas que le interesan como cosa querida, como cosa algo terrible que se teme porque no se la comprende bien.

Ha leído mi amigo los admirables libros de Kropotkin, las elocuentes, fervientes y sabias protestas de Elíseo Reclus contra la impiedad de los gobiernos y de las sociedades basadas en el crimen. Conoce, de Bakunin, los artículos que han publicado los periódicos. Ha estudiado a Proudhon el desigual y a Spencer el aristocrático. Hace poco que le han conmovido las declaraciones de Etierant. Todo eso lo eleva momentáneamente hacia las alturas en que se purifica la inteligencia, pero vuelve, más perturbado que antes, de dar breves excursiones a través de lo ideal. Detiéndenle mil obstáculos, puramente subjetivos, piérdase en una infinidad de distinguos y dudas, inextricable selva, de la cual me pide á veces que le saque.

Confiábame ayer de nuevo el tormento de su alma, y le dije:

- Grave (cuyo espíritu varonil y juicioso conoce usted) va á publicar un libro: La sociedad moribunda y la anarquía; ese libro es una obra maestra de lógica y está llena de

luz. No es el grito de un sectario ciego y de pocos alcances, ni el resonar del bombo de un propagandista ambicioso; es la obra medida, pensada, razonada, de un apasionado, de un hombre de fe, pero que sabe, compara, discute, analiza, y con rara clarividencia de crítico, evoluciona por entre los hechos de la historia social, las lecciones de la ciencia y los problemas de la filosofía, para deducir las conclusiones irrefragables que usted sabe, y cuya grandeza y justicia no puede negar.

Mi amigo me interrumpió con viveza:

- Nada niego; comprendo efectivamente que Grave, cuyas ardientes campañas en La Révolte he visto, sueñe con la supresión del Estado, por ejemplo. Yo, que no tengo los atrevimientos de Grave, sueño también con ella. El Estado gravita sobre el individuo con peso más abrumador é intolerable cada día. Al hombre que enerva y embrutece lo convierte en carne de impuestos. Su única misión es vivir a su costa, como el parásito a costa del animal cuya sangre chupa. El Estado le quita al hombre el dinero, miserablemente ganado en la galera del trabajo; le roba la libertad, mermada a cada paso por la ley; en cuanto nace, mata sus facultades individuales, administrativamente, o las falsea, que viene a ser lo mismo. Tengo la convicción de que el Estado es verdaderamente doble criminal, ladrón y asesino. En cuanto anda el hombre, le quiebra las piernas; en cuanto tiende los brazos, el Estado se los rompe; en cuanto se atreve a pensar, el Estado le coge el cráneo, y le dice: Anda, toma y piensa.

- ¿Y qué? dije.

Mi amigo prosiguió:

- En cambio, la Anarquía es la reconquista del individuo, la libertad de su desarrollo individual en un sentido normal y armónico. Puede ser definida con la frase siguiente: la utilización espontánea de todas las energías humanas, criminalmente derrochadas por el Estado. Ya lo sé... comprendo la causa de que toda una juventud artista y pensadora, la más selecta de nuestro tiempo, contemple impaciente ese amanecer esperado, en el cual se entrevé, no sólo un ideal de justicia, sino también un ideal de belleza.

- ¿Y qué? -interrogué de nuevo.

- Que hay una cosa que me inquieta y me turba; el aspecto terrorista de la anarquía. Me repugnan los medios violentos, me horrorizan la sangre y la muerte, y quisiera que la anarquía aguardara su triunfo de la justicia del porvenir únicamente.

- ¿Pero cree usted -repliqué- que los anarquistas son bebedores de sangre? ¿No comprende usted toda la inmensa ternura, todo el inmenso amor a la vida que llena el corazón de Kropotkin? Esas son tristezas inseparables de todas las luchas humanas y de las cuales es imposible prescindir. ¿Quiere usted oír una comparación clásica? La tierra está seca; todas las plantas, todas las florecillas están abrasadas por sol ardoroso, persistente, mortal... se marchitan, se inclinan, se mueren... pero ennegrecí el horizonte un nubarrón que adelanta y cubre el cielo. Estalla el rayo y corre el agua por la tierra. ¿Qué importa que las centellas hayan roto algunas encinas harto grandes, si las plantitas que se morían están ahora mojadas y frescas, yerguen sus tallos, mientras reviven las florecillas al recobrar el aire su tranquilidad? No hay que lamentar excesivamente la muerte de las encinas voraces. Lea usted el libro de Grave, que dice á este propósito

cosas excelentes. Y si después de haber leído ese libro, en el cual se remueven y aclaran tantas ideas, si, después de haber meditado como merece obra de tanto alcance intelectual, no consigue usted adquirir una opinión estable y tranquila más le valdrá renunciar a ser el anarquista que puede usted ser, y seguir siendo el burgués, el impenitente burgués, el burgués a la fuerza que acaso es usted.

CAPÍTULO PRIMERO

La idea anarquista y su desarrollo

Anarquía quiere decir negación de la autoridad. Y como la autoridad pretende legitimar su existencia con la necesidad de defender las instituciones sociales (Familia, Religión, Propiedad, etc.), ha creado una multitud de ruedas para asegurar su ejercicio y su sanción. Son las principales: la ley, la magistratura, el ejército, los poderes legislativo y ejecutivo, etc. Así es, que la idea de anarquía, obligada a contestar a todos, ha tenido que atacar a todas las preocupaciones sociales, penetrarse bien de todos los conocimientos humanos, para demostrar que sus conceptos están conformes con la naturaleza fisiológica y psicológica del hombre y son adecuados a la observación de las leyes naturales, mientras la organización actual se ha establecido contra la lógica y el buen sentido, lo cual es causa de que nuestras sociedades sean inestables, y las trastornen las revoluciones, originadas por los odios acumulados de cuantos son triturados por instituciones arbitrarias.

De modo, que, al combatir contra la autoridad, los anarquistas han tenido que atacar todas las instituciones, en cuya defensa se ha erigido el Poder, y cuya necesidad quiere éste demostrar para legitimar su propia existencia.

Por consiguiente, se ha ensanchado el marco de las ideas anarquistas. Partiendo de una sencilla negación política, el anarquista ha tenido que atacar también las preocupaciones económicas y sociales, ha tenido que encontrar una fórmula que, alegando la apropiación individual, base del actual orden económico, afirme, al mismo tiempo, aspiraciones para la organización futura, y la palabra comunismo se colocó, naturalmente, al lado de la palabra anarquía.

Más adelante veremos que ciertos abstractores de quinta esencia han querido suponer que, si anarquía significa completa expansión de la individualidad, las palabras anarquía y comunismo rabian de verse juntas. Contra esta insinuación, demostraremos que la individualidad no puede desarrollarse más que en la comunidad; que ésta no puede existir sin que aquélla evolucione libremente y que se completan una a otra.

Esa diversidad de problemas para atacar y resolver, es lo que ha dado buen éxito a las ideas anarquistas y ha contribuido a su rápida expansión; así es que, lanzadas por un grupo de desconocidos, sin medios de propaganda, invaden hoy, más o menos victoriosamente, las ciencias, las artes y la literatura.

Antiguos son el odio, la autoridad y las reivindicaciones sociales; nacieron en cuanto el hombre pudo comprender que se le oprimía, pero ha tenido que pasar la idea por muchísimos sistemas y fases para llegar a concretarse en su forma actual.

Rabelais fue uno de los primeros que formuló su intuición al describir la vida de la abadía de Thélème, pero le parece oscura y la cree poco aplicable a la sociedad entera, puesto que reserva la entrada en la comunidad a una minoría de privilegiados, con una servidumbre a sus órdenes.

En 1793 se habló de los anarquistas. Jacobo Roux y los rabiosos parecen ser los que vieron más claro en la Revolución, y mejor trataron de que beneficiara al pueblo. Por eso los historiadores burgueses los han dejado en la sombra; su historia todavía está por hacer; enterrados los documentos en archivos y bibliotecas, aguardan a quien tenga tiempo y ánimo para desenterrarlos, darlos a la luz, y revelarnos el secreto de cosas bien incomprensibles todavía para nosotros, en aquel período trágico de la historia. No podemos, por lo tanto, formular apreciación alguna respecto a su programa.

Hay que llegar a Proudhon para ver a la anarquía declararse adversaria de la autoridad y del poder, y empezar a tomar cuerpo, pero no es todavía más que una enemiga teórica; en la práctica, deja subsistir Proudhon en su organización social, con nombres diferentes, las ruedas administrativas que son la propia esencia del gobierno. La anarquía llega hasta el fin del imperio en forma de un vago mutualismo que zozobra en Francia, durante los primeros años que siguieron a la Comuna, en el movimiento desviado y extraviados de las asociaciones cooperativas de producción y consumo. Pero antes de llegar a esa solución impotente, se había desgajado una rama del naciente árbol. La Internacional había dado origen en Suiza a la Federación Jurásica, en que Bakunin propagaba la idea de Proudhon: la anarquía, enemiga de la autoridad, pero desarrollándola, ensanchándola, haciéndole formar cuerpo con las reivindicaciones sociales.

En aquella época empezó el verdadero florecimiento del movimiento anarquista actual. Muchas preocupaciones existían aún, muchos ilogismos aparecían en las ideas emitidas. La organización propagandista encerraba todavía muchos gérmenes de autoritarismo, sobrevivían muchos elementos del concepto autoritario, pero, a pesar de todo, se había dado el impulso, la idea creció, se purificó y se precisó cada vez más. Y cuando, apenas hace trece años, se afirmaba en Francia la anarquía, en el Congreso del Centro, aunque débilmente, aunque aquella afirmación no procediera más que de una ínfima minoría y tu viera contra ella, no sólo a los satisfechos con el orden social de ahora, sino también a los ardientes revolucionarios que no ven en las reclamaciones populares más que un medio de escalar el poder, tenía en sí misma la idea bastante fuerza de expansión para llegar a implantarse sin ningún medio de propaganda, más que la buena voluntad de sus partidarios; bastante vigor para que los secuaces del régimen capitalista la injuriaran, la persiguieran, para que la gente de buena fe la discutiera, lo cual es prueba de fuerza y vitalidad.

Así es que, a pesar de la cruzada de cuantos en cualquier grado pueden considerarse como muñidores de alguna de las diversas fracciones de la opinión pública, a pesar de las calumnias, de las excomuniones, de las condenas, de las cárceles, la idea de anarquía ha andado mucho camino. Fúndanse grupos, créanse órganos de propaganda en Francia, Bélgica, Italia, España, Portugal, Holanda, Inglaterra, Noruega, América y Australia, en idiomas eslavos, alemán, armenio, bohemio, hebreo; en todas partes y en todos los lenguajes.

Cosa más importante es que desde el grupito de descontentos que las había formulado, han irradiado las ideas anarquistas a todas las clases de la sociedad. Se han infiltrado por doquier, el hombre despliega su actividad cerebral. Las artes, la ciencia y la literatura están impregnadas de las ideas nuevas y les sirven de vehículo.

Esas ideas han empezado por fórmulas inconscientes, por aspiraciones mal definidas, a veces por capricho, más bien que por convicciones reales. Hoy, no sólo se formulan aspiraciones anarquistas, sino que se sabe que es la anarquía lo que se pregona, y así se afirma osadamente.

Por lo tanto, no son los anarquistas los únicos que piensan que todo está mal y desean un cambio. Hasta los que se creen defensores del orden capitalista formulan esas quejas y aspiraciones. Empieza además a notarse que no nos debemos contentar con deseos estériles, aunque debemos trabajar para realizarlos; empieza a comprenderse y a proclamarse la acción, la propaganda por el hecho, es decir, que en separando los goces que puede producir la satisfacción de obrar como se piensa con los disgustos que hará experimentar la violación de una ley social, trataremos cada vez más de acomodar la manera de vivir a la manera de concebir las cosas, según el grado de resistencia que el temperamento particular puede ofrecer a las persecuciones de la vindicta social.

Las ideas anarquistas han podido desarrollarse con tanta fuerza y rapidez porque, aunque se oponen a las ideas corrientes, a las preocupaciones establecidas, aunque asustaron al principio a los individuos a quienes se dirigían, respondían, en cambio, a sus sentimientos secretos, a aspiraciones mal definidas. Esa forma concreta traerá a la humanidad aquel ideal de libertad y bienestar que apenas ésta había osado bosquejar en sus sueños de esperanza.

Empezaban por asustar a sus contradictores porque predicaban el odio o el desprecio a muchas instituciones que se creían necesarias para la vida de la sociedad. Porque demostraban, contra las ideas corrientes, que esas instituciones son malas por su esencia y no porque estén en manos de personas malas ó débiles. Enseñaban a las muchedumbres que, no sólo no hay que contentarse con cambiar de individuos en el poder, ni con modificar parcialmente las instituciones que nos rigen, sino que hay que empezar por destruir lo que hace malos a los hombres, lo que es causa de que una minoría pueda servirse de las fuerzas sociales para oprimir a la mayoría; que lo que hasta ahora se había creído causa del mal de que padece la humanidad, no era más que el efecto de un mal más brutal todavía; que había que atacar las bases mismas de la sociedad.

Al comenzar hemos visto que la base de la Sociedad es la apropiación individual; la autoridad no tiene más que una razón de ser: la defensa del capital. Familia, burocracia, ejército y magistratura se derivan directamente de la propiedad individual. La labor de los anarquistas ha consistido en demostrar lo inicuo del monopolio del terreno y productos del trabajo de las generaciones pasadas por una minoría de ociosos, en minar la autoridad, demostrando que es nociva para el desarrollo humano, poniendo en claro su papel de protectora de los privilegiados, demostrando la nulidad de los principios que legitiman sus instituciones.

Lo que contribuía a alejar de las ideas anarquistas a los intrigantes y ambiciosos, fue lo que decidió a los pensadores a estudiarlas y averiguar lo que traían: porque no

favorecían las preocupaciones pasionales, las ambiciones mezquinas y no podían servir de escalón a quienes no ven en las reclamaciones de los trabajadores más que un medio de formar en las filas de los explotadores.

Las mariposas de la política no tienen nada que hacer en las filas anarquistas. Estas nada dan a las vanidades personales ni ofrecen candidaturas favorables para todas las esperanzas y palinodias.

En los partidos políticos y socialistas autoritarios, un ambicioso puede preparar su conversión con gradaciones insensibles; no se nota su resellamiento hasta que esto se ha verificado. Para los anarquistas es imposible esto, porque el que consintiera en aceptar un puesto cualquiera en la sociedad actual (después de haber demostrado que todos los que los ocupen no pueden conservarlos más que con tal que sigan defendiendo el régimen existente), tendría que someterse a la calificación de renegado, porque no podría cohonestar su evolución con ningún pretexto.

Lo que provocaba los odios de los intrigantes, despertaba al propio tiempo el espíritu de investigación de los hombres de buena fe, lo cual explica el rápido progreso de la idea anarquista.

Efectivamente, ¿qué se puede contestar a quien os dice que si queréis que vuestros negocios salgan bien, lo mejor es que los hagáis vosotros mismos, sin dar este encargo a nadie? ¿Qué replicaréis a quien os demuestre que si queréis ser libres, no tenéis que encargar a nadie que os dirija? ¿Qué responderéis a quien aclare las causas de los males que padecéis y os indiquen el remedio sin echárselas de curanderos, puesto que hacen comprender al individuo que sólo éste es apto para comprender lo que le conviene y juez de lo que debe evitar?

Ideas bastante vigorosas para inspirar a individuos una convicción que les hace luchar y sufrir por su propagación sin esperar nada de ellas directamente, merecían, al parecer de los hombres sinceros, ser estudiadas, y así ha sucedido. Sin hacer caso de los chillidos de unos, de los rencores de otros, de los atentados de los gobiernos, la idea crece y progresa sin cesar, demostrando a la burguesía que no se suprime la verdad, ni se la hace callar. Tarde o temprano hay que contar con ella.

La anarquía tiene sus víctimas, sus muertos, sus encarcelados, sus desterrados, pero sigue teniendo fuerza y vida y el número de sus propagandistas ha crecido sin cesar. Propagadores conscientes de sus actos, porque han comprendido todas las hermosuras de la idea, han sido también los propagandistas accidentales que se contentaron con lanzar su grito de guerra contra la institución que más daño ha hecho a sus sentimientos íntimos o a sus instintos de justicia y de verdad.

Por su amplitud acogen y llaman a sí las ideas anarquistas a todos cuantos poseen el sentimiento de la dignidad personal y están sedientos de Justicia, Belleza y Verdad.

El ideal del hombre es verse libre de toda traba, de toda coacción; ¿no perseguían ese objeto cuantas revoluciones ha hecho?

Si toda vía padece la autoridad de sus explotadores, si se debate el espíritu humano bajo la presión de las vulgaridades de la sociedad capitalista, es porque las ideas aceptadas,

la rutina, las preocupaciones y la ignorancia han sido hasta ahora más fuertes que sus sueños, arrastrándole, después de haber expulsado a los dueños existentes, a someterse a otros, cuando creía emanciparse.

Las ideas anarquistas vinieron a traer la luz a los cerebros, no sólo de los trabajadores sino de los pensadores de todas las categorías, ayudándoles a analizar bien su propio sentir. Evidenciando las verdaderas causas de la miseria y los medios de destruirla, ha enseñado a todos el camino que hay que seguir y el objeto que hay que alcanzar y ha explicado la causa de haber abortado las pasadas revoluciones.

Esa estrecha relación con el sentimiento íntimo de los individuos es lo que explica su rápida extensión, lo que hace su fuerza y les da incompresibilidad. Los furores gubernamentales, las medidas opresoras, la rabia de los ambiciosos fracasados pueden encarnizarse contra ellas y su propaganda; hoy está abierta ya la brecha; nadie les impedirá recorrer su camino y convertirse en ideal de los heredados, en motor de sus tentativas de emancipación.

La sociedad capitalista es tan mezquina y tan ruin, las aspiraciones amplias están en ella tan comprimidas; aniquila tanta buena voluntad, tantas aspiraciones, hiere y molesta a tanta individualidad que no puede obligarse a sus estrechas tendencias, que aunque esa sociedad llegara a sofocar momentáneamente la voz de los anarquistas actuales, su opresión haría surgir otros no menos implacables.

CAPÍTULO SEGUNDO

Individualismo. Solidaridad

Anarquía y comunismo rabian de verse juntos, dicen algunos adversarios de mala fe, poco deseosos de aclarar el problema. El comunismo es una organización que impide desenvolverse a la individualidad y no lo queremos; somos individualistas, anarquistas, nada más. Han reclamado después algunos individuos sinceros en el sentido de que, experimentando la necesidad de parecer más avanzados que sus compañeros de propaganda y no teniendo originalidad propia, se desquitan exagerando las ideas y llevándolas hasta lo absurdo; a su lado se han agrupado aquellos que los gobiernos tienen interés en colar entre sus adversarios para dividirlos o extraviarlos.

Y ved a los anarquistas metidos a discutir sobre anarquía, comunismo, iniciativa, organización, influencia dañosa o vana de la agrupación, egoísmo y altruismo y una porción de cosas tan absurdas unas como otras, porque después de haberse discutido entre contrincantes de buena fe, acababa por resultar que todos querían lo mismo, llamándolo de diferente modo.

Efectivamente, los anarquistas que invocan el comunismo reconocen que el individuo no ha sido creado para la sociedad, sino que ésta se ha formado para proporcionar a aquél mayor facilidad de evolución. Es evidente que cuando cierto número de individuos se agrupan y unen sus fuerzas, lo hacen para obtener mayor suma de goces, menos gasto de fuerza. No tienen ninguna intención de sacrificar su iniciativa, su voluntad, su individualismo propio en beneficio de una entidad que no existía antes que ellos se reunieran y que desaparecería con su dispersión.

Ahorrar fuerzas y seguir arrancando a la naturaleza lo necesario para la existencia, que no se podía alcanzar más que concentrando esfuerzos, es lo que se proponían los primeros hombres cuando empezaron a agruparse, o a lo menos debió de entenderse tácitamente, si no se razonó en sus asociaciones primeras, que quizá fueran temporales y se limitaran a la duración del esfuerzo, rompiéndose cuando se obtuvo el resultado.

Por lo tanto, ningún anarquista piensa en subordinar la existencia del individuo a la marcha de la sociedad.

El individuo libre, completamente libre en sus modos de actividad es lo que pedimos todos, y cuando hay algunos que rechazan la organización, que no piensan más que en el individuo, que se burlan de la comunidad, afirmando que el egoísmo del individuo debe ser su única regla de conducta; que la adoración de un Yo debe sobreponerse a toda consideración humanitaria (creyéndose así más avanzados que los demás), esos nunca han estudiado su organización psicológica y fisiológica del hombre, no se han dado cuenta de sus propios sentimientos; no tienen la misma idea de lo que es la vida del hombre actual; sean cuales fueren sus necesidades físicas, morales e intelectuales.

La sociedad actual nos presenta algunos de esos perfectos egoístas: abundan los Delobelle, los Hialmar Eikdal en la vida como en la novela. Sin encontrar muchos podemos ver alguna vez entre nuestras relaciones, esos tipos que sólo piensan en sí mismos, que no ven en la vida más que su persona. Si en la mesa hay un buen bocado, se lo adjudican sin ningún escrúpulo. Viven desahogadamente fuera de su casa, aunque la familia se muera de hambre. Aceptan los sacrificios de cuantos les rodean como cosa debida, mientras gastan y triunfan sin vergüenza. Los padecimientos de los demás no les importan, con tal que su propia existencia sea cómoda, ni se enteran de que por ellos y para ellos se padece. Cuando están hartos y contentos, la humanidad debe estar satisfecha y regocijada. Ese es el tipo del perfecto egoísta, en el sentido absoluto de la palabra, pero también puede decirse que es el tipo de un individuo repulsivo. El burgués más repugnante no se aproxima siquiera a ese tipo, a veces siente amor a los suyos, o a lo menos algo parecido. No creemos que los partidarios sinceros del individualismo más exagerado intenten presentarnos ese tipo como ideal de la humanidad futura. Tampoco los comunistas anarquistas han pensado predicar la abnegación a los individuos en la sociedad que defienden. Rechazando su entidad Sociedad rechazan también la entidad individuo, que se quería crear llevando la teoría hasta lo absurdo.

El individuo tiene derecho a toda libertad, a la satisfacción de todas sus necesidades, pero como hay muchos millones de individuos en la tierra con derechos (ya que no necesidades) iguales, se infiere que todos esos individuos han de obtener satisfacción sin mermarse unos a otros porque entonces habría opresión, lo cual haría inútil la revolución.

Lo que contribuye mucho a embrollar las ideas es que la inmunda sociedad que nos rige, basada en el antagonismo de los intereses, hace combatir a los individuos unos contra otros, y los obliga a desgarrarse mutuamente para poder vivir. En la sociedad actual hay que ser ladrón o robado, opresor u oprimido: no hay término medio. Hoy el que quiere ayudar al porvenir, se expone a ser su víctima; por eso, el que no razona, cree que los hombres no pueden vivir sin combatir.

Los anarquistas dicen que la sociedad ha de fundarse en la más estrecha solidaridad. En esa sociedad que quieren formar, no se ha de realizar la dicha individual, ni siquiera la ínfima parte, en detrimento de otro individuo; el bienestar particular ha de derivarse del general; cuando un individuo padezca lesión en su autonomía, en sus goces, todos los demás habrán de sentirse igualmente lesionados para que lo remedien.

Mientras no se realice ese ideal, mientras no se logre ese objeto, las sociedades serán organizaciones arbitrarias, contra las cuales tendrán derecho a rebelarse los individuos lesionados.

Si pudiera vivir el hombre aislado, si pudiera volver al estado natural, no se discutiría cómo ha de vivir; cada cual viviría a su gusto, La tierra es bastante grande para albergue de toda la humanidad, pero entregada a sí misma, ¿daría bastantes víveres para todos? Menos seguro es eso, probablemente se suscitaría una guerra feroz entre individuos, la lucha por la existencia de las primeras edades, en todo su furor. Habría que volver a empezar todo el ciclo de la evolución, oprimiendo los fuertes a los débiles, hasta que los sustituyeran los más intrigantes, y el valor dinero sustituyera al valor fuerza, Si hemos tenido que atravesar todo ese período de sangre, miseria y explotación que se llama historia de la Humanidad, es por que el hombre ha sido egoísta en el sentido absoluto de la palabra, sin ningún correctivo, sin ninguna atenuación. Desde el principio de su asociación no ha tendido más que a la satisfacción del goce inmediato, Cuando ha podido esclavizar al débil lo ha hecho sin el menor escrúpulo, sin ver más que la suma de trabajo que le sacaba, sin pensar que la necesidad de vigilarle y las rebeliones que tendría que reprimir, acabarían a la larga por obligarle a un trabajo no menos valioso, y que había valido más que trabajaran ambos juntos, prestándose mutuo auxilio. Así han podido establecerse la Autoridad y la Propiedad; si queremos derribarlas, no será para repetir la evolución pasada.

Si se admitiese esa teoría de que los móviles del individuo deben ser el egoísmo liso y llano, la adoración y el cultivo del Yo, llegaríamos a decir que debe lanzarse a la pelea y trabajar para adquirir sus satisfacciones, sin ocuparse en averiguar si perjudican a los demás. Afirmar tal cosa, sería declarar que la revolución futura ha de hacerse por y para los fuertes, que la sociedad nueva ha de ser un conflicto perpetuo entre los individuos. Si así fuese, no invocaríamos una idea de emancipación general. No nos habríamos rebelado contra la sociedad actual más que porque su organización capitalista no nos permite gozar también.

Puede que alguno de los llamados anarquistas haya considerado el problema desde ese punto de vista, lo cual explicaría las defecciones y palinodias de individuos que, después de haber sido ardentísimos libertarios, han abjurado de sus ideas para formar entre los defensores de la sociedad actual, porque ésta les ofrecía compensaciones.

Claro que combatimos a esta sociedad porque no nos proporciona la satisfacción de nuestras aspiraciones pero también hemos comprendido que nuestro interés bien entendido necesitaba que esa satisfacción de necesidades se extendiera a todos los miembros de la sociedad.

El hombre es siempre egoísta y tiende a hacer de su Yo el centro del universo, pero al desarrollarse su inteligencia ha llegado a comprender que si su Yo exigía satisfacciones, habría otros yo que las querrían también. Los que no estaban satisfechos han dado a

entender que tenían derecho a estarlo, por lo cual los sentimentalistas y los místicos han predicado la renuncia, el sacrificio, la abnegación al prójimo.

Lo arbitrario de las sociedades, que sigue predicando la opresión de la individualidad en beneficio de la colectividad (puesto que este dogma ha contribuido a su sostén tanto como la fuerza) ha tenido que suavizarse y dar mayor parte a la individualidad.

Si el egoísmo mezquino y mal entendido es contrario al funcionamiento de una sociedad, la renuncia y el espíritu de sacrificio son funestos a la individualidad. Sacrificarse por los demás, sobretodo cuando son personas indiferentes, no entra en todos los espíritus. Además, sería, a la larga, perjudicial para la misma humanidad; dejando dominar a los espíritus mezquinos, egoístas, en el mal sentido de la palabra, el tipo menos perfecto de la humanidad llegaría a absorber los demás. Tampoco por lo tanto podía el altruismo, propiamente dicho, llegar a implantarse.

Pero si el egoísmo y el altruismo separados y llevados al extremo son perniciosos para el individuo y la sociedad, asociándolos se resuelven en un tercer término, que es la ley de las sociedades del porvenir. Esa ley es la solidaridad.

Nos unimos muchos para obtener la satisfacción de una de nuestras aspiraciones. Como esa asociación nada tiene de forzado ni de arbitrario, motivada sólo por una necesidad de nuestro ser, es evidente que llevaremos a esa asociación tanta más fuerza y actividad, cuanto más intensas sean nuestras necesidades.

Habiendo cooperado todos a la producción, tenemos todos derecho al consumo; eso es evidente, pero como se habrá calculado la suma de las necesidades (incluyendo las que haya que prever) para llegar a producir para la satisfacción de todos, poco trabajo le costará a la solidaridad establecerse, para que cada cual tenga su parte.

Cuanto más intenso sea el deseo, mayor será la suma de actividades que emplee para realizarlo. Así llegará a producir, no sólo para satisfacer a los copartícipes, sino también a aquellos en quienes no se despertaría el deseo hasta ver lo producido. Siendo infinitas las necesidades del hombre, infinitos serán sus modos de actividad, infinitos sus medios de satisfacción, y esa variedad de necesidades concurrirá a establecer la armonía general.

En nuestra sociedad, donde la costumbre es descansar con el trabajo ajeno para alcanzar las cosas necesarias a la existencia, no se tiene más que un objeto: procurarse el suficiente dinero para poder comprar lo que más agrade, y como el trabajo manual ni siquiera alcanza para evitar el morirse de hambre, el que no tiene más que este recurso, trata de buscar dinero por todos los medios, excepto por el trabajo, sean cuales fueren; el que dispone de algo, se dedica al comercio y aumenta sus ganancias robando a sus contemporáneos; se dedica al agio y a la especulación, o hace trabajar a los demás. Se hace todo género de cosas más o menos sucias, excepto lo que sería necesario para que se beneficiaran todos: producción útil; de modo que cada cual arrima el ascua a su sardina, sin que le importe despojar a los demás, y de ahí ese egoísmo irracional que parece haberse convertido en el único móvil de las acciones humanas.

Al afinarse, llega el hombre a no vivir sólo por sí y para sí; el tipo del perfecto egoísta humanamente desarrollado, es llegar a sufrir con el padecimiento de quienes le rodean o que amargue sus goces el pensar que otros, por la organización social viciosa en que

vivimos, pueden padecer. La burguesía tiene en su seno individuos en los cuales la sensibilidad está seguramente muy desarrollada; cuando las influencias del medio, la educación y la herencia le dejan tiempo para pensar en las miserias y torpezas sociales, cuando pueden darse cuenta de que éstas existen, tratan de remediar en lo posible la miseria con la caridad, lo cual origina las obras filantrópicas, Pero la costumbre de considerar a la sociedad normalmente constituida, de creer la miseria eterno producto de la mala conducta del trabajador, engendra el carácter seco, inquisitorial de la filantropía.

Y es que para el hombre nacido, creado, desarrollado en los invernaderos del bienestar y del lujo, es difícilísimo y hasta imposible, excepto en circunstancias excepcionales, llegar a dudar de lo legítimo de la situación de que goza. Para el advenedizo la dificultad es mayor, porque cree que debe su situación a su talento o trabajo. La religión y los economistas han afirmado tanto que el trabajo era un castigo, que la miseria era efecto de la imprevisión de quienes la padecen, que es difícil que quien nunca ha tenido que luchar contra la adversidad, no se crea de una esencia superior. El día que empiece a dudar y se ponga a estudiar la organización social, se le amargarán los goces, si está bien dotado para comprender los vicios sociales. Padecerá pensando que su lujo necesita la miseria de una muchedumbre de trabajadores, que cada goce suyo cuesta muchos padecimientos a quienes se han sacrificado para producirlo. Si la combatividad se ha desarrollado en ese hombre tanto como la sensibilidad, será un rebelde más contra el orden social, que ni siquiera le garantiza el goce moral e intelectual.

No olvidemos que el problema social no se limita a una cuestión material. Ciertamente, luchamos, ante todo, para que todos puedan saciar el hambre, pero no se limitan a eso nuestras reivindicaciones. Luchamos también para que cada cual pueda desarrollarse según sus facultades y se proporcione las satisfacciones intelectuales que le crean las necesidades de su cerebro.

Realmente, para muchos anarquistas no hay más problema que ese, y de ahí nacen las diversas interpretaciones y discusiones sobre el egoísmo, el altruismo, etc. Nada hay menos desarrollado que el problema del estómago, pero sería un peligro para el buen éxito de la revolución detenerse ahí, porque entonces también se podría aceptar el Estado socialista que debe y podría asegurar a todos la satisfacción de sus necesidades físicas.

Si la próxima revolución limitara su desideratum al problema de la vida material, se expondría a quedarse a mitad del camino, a degenerar en una vasta borrachera que no tardaría en entregar, acabada la orgía, a los insurgentes a los golpes de la reacción burguesa. Afortunadamente, ese problema, primordial hoy desde luego para el mundo obrero, para el cual los paros cada vez más prolongados hacen muy incierto el porvenir, no es el único que habrá de resolver la próxima revolución. Desde luego, la primera labor de los anarquistas, para que se logre la revolución, consistirá en apoderarse de la riqueza social, en llamar a los desheredados para que conquisten los almacenes, las herramientas y el terreno; en instalarse en lugares saludables, destruyendo las madrigueras donde se les obliga a pudrirse hoy; los rebeldes habrán de destruir los papelotes que aseguran el funcionamiento de la propiedad; los despachos de notarios y registradores del catastro y del registro civil, deberán ser visitados y destruidos. Pero para verificar todo ese trabajo se necesitan algo más que hambrientos, hacen falta individuos conscientes de su individualidad, celosos de sus derechos, que quieran

conquistarlos con firmeza y sean capaces de defenderlos después de adquiridos; por eso sería insuficiente para llevar a cabo esa transformación un problema de subsistencia.

Por eso, al lado del derecho a la existencia, reclamado por todos los anarquistas, surgen otros problemas de arte, ciencia y filosofía que los anarquistas han de estudiar, profundizar y dilucidar, y hacen que las ideas anarquistas tengan que abarcar todos los conocimientos humanos. Donde han encontrado argumentos en su favor, se han levantado defensores que llevaban su contingente de reclamaciones y reforzaban las ideas con su saber. La suma de los conocimientos humanos es tan grande, que los cerebros más privilegiados no pueden apropiarse más que una parte de ella; así es que la idea anarquista no puede condensarse en algunos cerebros que deslindan sus fases y trazan su programa, no puede dilucidarse más que con auxilio de todos, con ayuda de los conocimientos de cada cual, y eso constituye su fuerza, porque ese auxilio de todos le permitirá resumir todas las aspiraciones humanas.

CAPÍTULO TERCERO

Demasiado abstractos

¡Sois demasiado abstractos!

Esa es una objeción dirigida a menudo a los anarquistas por muchas personas; dicen que, dirigiéndonos preferentemente a los trabajadores, sería más fructífera nuestra propaganda si no nos remontáramos tanto.

En el capítulo anterior hemos visto que el mismo desarrollo de las ideas nos llevaba a tratar problemas que no siempre están al alcance de aquellos a quienes nos dirigimos; es una fatalidad que hay que sufrir, contra la cual nada podemos.

A los que empiezan a estudiar el problema social les parecerán a veces nuestros escritos de una aridez que no discutiremos. Pero no podemos hacer que los problemas que tratamos y que hay que tratar no sean áridos de suyo. No podemos evitar que las ideas que defendemos, encadenándose unas con otras, identificándose con todas las ramas del saber humano, arrastran a quienes quieren dilucidarlas a estudiar cosas que no les parecían necesarias.

Además, todo ese trabajo preparatorio al cual quisieran condenarnos, ¿no lo han hecho nuestros antecesores socialistas? ¿No trabajan los mismos burgueses para remover su sociedad? Todos los ambiciosos, radicales y socialistas más o menos sinceros, ¿no se empeñan en demostrar a los trabajadores que la sociedad actual nada puede hacer por ellos y que hay que transformarla?

Los anarquistas no tienen que hacer más que analizar ese enorme trabajo, coordinarlo y extraer su esencia.

Su papel se limita a demostrar que no se curarán los males que padecemos cambiando de gobierno, que contentándonos con modificar las ruedas del organismo social, no evitaremos que produzcan los malos efectos que los burgueses ansiosos de llegar al poder demuestran tan acertadamente. Pero nuestra misión es cumplirla, precisamente porque las ideas que removemos son abstractas.

Si quisiéramos contentarnos con declamaciones y afirmaciones, fácil sería nuestra tarea y la de quienes nos atacan. Ya no habría problemas arduos que resolver, ni necesidad de buscar argumentos y lógica; es muy fácil decir y escribir: ¡Compañeros, los patronos nos roban! ¡Los burgueses son unos granujas! ¡Los gobernantes unos canallas! ¡Rebelémonos, matemos a los capitalistas, prendamos fuego a las fábricas!

Además, antes de que se escribiera, a veces han matado los explotados a los explotadores, los gobernados han hecho revoluciones, los pobres se han rebelado contra los ricos, sin que las situaciones hayan cambiado; cambiaron los gobiernos; cambió de dueños la propiedad en 1789; luego se han hecho revoluciones esperando que proporcionaran medios para que cambiara de manos otra vez, los gobernantes siguen oprimiendo a los gobernados, los ricos siguen viviendo a costa de los explotados. Todo sigue lo mismo.

Desde que se escribe, también se han hecho revoluciones, y tampoco cambia nada. Y es que no se trata de decir y escribir que al trabajador se le explota; hay que explicarle, sobre todo, que al cambiar de amos no deja de ser explotado, y que si ocupara el lugar de los dueños se convertiría en explotador, dejando tras de sí explotados que formularían contra su dominio las mismas quejas que formula él ahora contra aquellos a quienes quiere desposeer. Lo que tienen que comprender también es que los burgueses los han interesado en su sociedad llevándolos a defender los privilegios de los explotadores, cuando creen defender su propio interés, en una organización que para ellos no tiene más que promesas nunca realizadas.

La sociedad burguesa se encarga, por su organización basada en el antagonismo de los intereses, de llevar a los trabajadores a la revolución, y los trabajadores siempre han hecho revoluciones, pero se han dejado escamotear las ventajas porque no sabían. La misión de los propagandistas, por consiguiente, es enseñar a los trabajadores, y para enseñarles, hay que demostrar. La afirmación crea creyentes, pero no conscientes.

Cuando hasta para los socialistas más avanzados era la autoridad la base de toda organización, no era malo que no hubiera más que creyentes; al contrario, así se facilitaba el trabajo a quienes se erigían en directores; podía procederse por afirmaciones; a cada cual le creían según el poder de autoridad que había sabido adquirir, y como los directores no pedían a sus prosélitos que supieran por qué los hacían obrar, sin que creyeran lo bastante para obedecer ciegamente a las órdenes recibidas, no necesitaban matarse mucho para exponer argumentos.

Creando en los hombres providenciales que debían pensar y obrar por ellos, la masa de los prosélitos no necesitaba aprender tantas cosas; ¿no tenían los jefes preparado ya en su cerebro un plan de reorganización social que se apresurarían a aplicar, llegados al poder? Saber batirse y dejarse matar era todo cuanto se pedía al vulgo que aprendiera y ejecutara. Coreados los jefes, el bueno del pueblo no tenía más que aguardar, todo se le daría sin que tuviera que molestarse.

Pero las ideas anarquistas han venido a trastornar todo eso. Negando la necesidad a los hombres providenciales, declarando la guerra a la autoridad y reclamando para cada individuo el derecho y el deber a no obrar más que por propio impulso, a no sufrir ninguna coacción ni restricción de su autonomía, proclamando la iniciativa individual

como base de todo progreso y asociación realmente libertaria, la idea anarquista no puede contentarse con formar creyentes, tiene que tratar de formar convencidos que sepan por qué creen, dándose cuenta al calor de los argumentos que han oído; por qué los discuten y pesan; por eso es la propaganda más difícil, más ardua, más abstracta, pero también más eficaz.

Dado que los individuos no dependen más que de su propia iniciativa, deben tener los medios de ejercitarla eficazmente. Para que la iniciativa del individuo pueda adaptarse libremente a la acción de otros individuos, tiene que ser consciente, razonada, basada en la lógica del orden natural de los hechos; para que todos estos actos separados convengan a un objeto común, tienen que ser suscitados por una idea común bien comprendida, claramente elaborada, y sólo una discusión apretada, lógica y precisa de las ideas puede penetrar en el cerebro de quienes las adopten y llevarlos a reflexionar por sí mismos.

De eso se deduce nuestra manera de proceder, para que, cuando tengamos una idea, en lugar de sacar de ella un fuego artificial de frases efectistas, le demos mil y mil vueltas, la disequemos hasta sus últimos átomos, para extraerle toda la argumentación posible.

No es cosa de poco momento echar abajo una sociedad, como hablamos de hacerlo, sobre todo, cuando ese derrumbamiento social ha de ser universal, según deseamos. Es evidente que los individuos que componen esta sociedad, por mala que sea para ellos, no están inclinados a considerar, como nosotros, la necesidad de ese derrumbamiento, puesto que están acostumbrados a ver en tal sociedad el paladín de su conservación, de la posibilidad de su bienestar. Comprenden que esta sociedad no les da lo que les ha prometido, pero no pueden comprender la necesidad de su destrucción total. Cada cual tiene su reformita pensada para engrasar las ruedas y que ande la máquina a gusto de todos.

Por eso quieren saber si el derrumbamiento les será provechoso o nocivo, y de ahí proceden muchos problemas que llevan a discutir todos los conocimientos humanos para ver si sobrenadarán en el cataclismo que queremos provocar.

Por eso se apura el trabajador que ve desfilar ante su entendimiento una multitud de problemas que nadie le ha enseñado en la escuela, problemas que le es difícil comprender, y cuya mayor parte oye tratar por primera vez. Pero son problemas que tiene que estudiar, profundizar y resolver si quiere ser apto para aprovecharse de esa autonomía que reclama, si no quiere malgastar su iniciativa en detrimento suyo y, sobre todo, si quiere prescindir de los hombres providenciales.

Cuando un problema, por abstracto que sea, se presenta a las investigaciones del propagandista ácrata, éste no puede evitar que sea abstracto por su esencia y omitirlo so pretexto de que aquellos a quienes se dirigen no han oído hablar de ello ni pueden comprenderlo.

Exponerlo en lenguaje claro, limpio, exacto y conciso; evitar las palabras que sólo comprenden los iniciadores; no enterrar el pensamiento en una fraseología retumbante y redundante; no buscar las frases de efecto, eso es lo que pueden hacer quienes anhelan propagar la idea, hacerla entender y penetrar en la masa, pero no podemos mutilarla diciéndole que la masa no puede entenderla.

Si hubiera que eludir todos los problemas que la masa de lectores no puede comprender, nos condenaríamos a volver a la declamación, al arte de enhebrar las frases para no decir nada. Bastante bien representase los retóricos burgueses para que pensemos en desposeerlos de él.

Si los trabajadores quieren emanciparse, deben comprender que su emancipación no ha de hacerse sola, que tienen que adquirirla, que la instrucción es una de las formas de la lucha social.

La duración y posibilidad de su explotación por la burguesía, proceden de su ignorancia; han de emanciparse intelectualmente si quieren lograr la emancipación material. Si ya retrocedían ante las dificultades de esa emancipación que no depende más que de su voluntad, ¿qué harán ante las dificultades de una lucha más activa en que habrá que gastar una fuerza de carácter y una suma de voluntades inmensurable?

Por inútil y nociva que sea, la burguesía no ha dejado de concentrar en los cerebros de algunos de los suyos todos los conocimientos científicos necesarios para el desarrollo de la humanidad; si no queremos que la revolución sea un retroceso, el trabajador ha de ser apto para sustituir intelectualmente a la burguesía que quiere derribar; es necesario que su ignorancia no constituya un obstáculo para el desarrollo de los conocimientos ya adquiridos. Si no los conoce a fondo, ha de tener aptitud para comprenderlos cuando se encuentre en su presencia.

Ya comprendemos todas las impaciencias, ya nos figuramos que quienes tienen hambre querían que viniera a escape el día de saciarla; nos damos cuenta de los que padecen, tascando el freno, el yugo de la autoridad; tienen ansias de sacudirlo y desean oír palabras conformes con la situación de su espíritu, y que les recuerden sus odios, sus deseos, sus aspiraciones, su sed de justicia.

Pero sean cuales fueren las impaciencias, por legítimas que sean las reivindicaciones y la necesidad de realizarlas, la idea sigue su camino poco a poco, no penetra en los cerebros y no se aloja en ellos hasta que está madura y elaborada.

Cuando se piensa que la burguesía que queremos derribar ha tardado siglos en prepararse para echar abajo la monarquía, debemos reflexionar sobre el trabajo de elaboración que hemos de verificar.

En el siglo XIV, cuando Esteban Marcel intentó apoderarse del poder en beneficio de la burguesía, organizada ya en corporaciones, ya se sentía fuerte aquella clase; hacía tiempo que aspiraba a la autoridad y se había organizado con tal objeto, se había instruido y desarrollado, trabajaba para emanciparse, persiguiendo contra el feudalismo la emancipación de los municipios. Sin embargo, tardó cuatro siglos en conseguir el codiciado objeto.

Desde luego, esperamos no tener que aguardar tanto tiempo nuestra emancipación y la caída de la explotación burguesa. Está tan completamente estropeada, al cabo de tan poco tiempo de poderío, que es rápida su decadencia, pero si la burguesía pudo sustituir en 1789 al derecho divino, fue porque estaba preparada intelectualmente a aquella sustitución, y cuanto más rápida sea su caída, más debemos apresurarnos los

trabajadores a prepararnos intelectualmente, no a sustituirla en el poder que debemos destruir, sino a organizarnos para impedir que otra aristocracia sustituya a la que se hunda.

Sentada ya la idea de la libre iniciativa de los individuos, éstos deben disponer de los medios para saber razonar y combinar su iniciativa. Si no tienen la voluntad de deshacerse de su propia ignorancia, ¿cómo han de ser aptos para dar a entender a los demás lo que ellos no hayan aprendido? No temamos, pues, discutir los problemas más abstractos, que cada solución adquirida es un paso dado en el camino de la emancipación.

Rechazando a los jefes, es necesario que los conocimientos que encerraban en sus cerebros, se esparzan por los de la masa, y no hay más que un medio para alcanzarlos, sin dejar de ir hacia adelante y es interesar a esa masa en los problemas que nos afectan. Repetiré que debemos ser todo lo claros que sea posible, pero sin mutilarnos, porque en ese caso, en vez de atraer la masa hacia nosotros, nos acercáramos a ella; en lugar de andar hacia adelante, retrocederíamos, lo cual sería una manera muy extraña de entender el progreso.

CAPÍTULO CUARTO

¿Es malo el hombre?

El hombre es demasiado malo para saber guiarse solo. En ese argumento se apoyan los autoritarios para justificar el poder cuyo establecimiento defienden. Habría que fundir de nuevo al hombre, se contesta a los anarquistas, cuando hablan de establecer una sociedad basada en la solidaridad, en la igualdad más completa, en la absoluta autonomía del individuo, sin autoridad, reglas ni coacción.

El hombre es malo, verdad es, pero ¿puede mejorar o empeorar? ¿Es posible un cambio bueno o malo en su estado actual? ¿Puede mejorar o deteriorarse fisiológica y moralmente? Si la evolución en uno u otro sentido es posible (lo cual nos demuestra la historia), ¿tienden la herencia de las antiguas leyes y el arnés de las instituciones viejas a hacerle mejor o contribuyen a hacerle peor? La contestación a esta pregunta nos indicará si hay que empezar por reformar el hombre moderno o el estado social.

Nadie niega hoy que el medio físico tiene enorme influencia en la constitución fisiológica del hombre, y con mayor razón influye el medio moral e intelectual en su constitución psicológica.

¿En qué se basa la sociedad actual? ¿Tiende a crear la armonía entre los hombres? ¿Hace que el daño que uno padece lo sientan los demás, para que todos traten de amenguarlo o precaverlo? ¿Depende el bienestar particular del general, ni que nadie esté interesado en perturbarlo? ¿Permite la sociedad de amos, reyes, curas y mercaderes que se produzcan ideas generosas, o tiende a sofocarlas? ¿No se sirve para aplastar a los débiles de la fuerza brutal del dinero que pone a los más generosos y menos egoístas a merced de los más ávidos y menos escrupulosos?

Basta con estudiar el mecanismo de la sociedad burguesa para conocer que nada bueno puede producir. Bien arraigadas tienen puestas en la raza humana las aspiraciones hacia lo bueno y hermoso para que no las hayan ahogado el egoísmo ruin e irracional y la rapacidad que la sociedad oficial le inculca desde la cuna.

En el capítulo anterior hemos visto que la tal sociedad está basada en el antagonismo de los intereses y convierte a cada individuo en enemigo del prójimo. El interés del vendedor es opuesto al del comprador, el ganadero y el labrador desean la epidemia o el granizo para sus vecinos a fin de encarecer sus productos, cuando no recurren al Estado, que los protege aplicando elevados derechos a los productos de sus concurrentes; el desarrollo de las herramientas mecánicas tiende cada vez más a dividir a los trabajadores, dejándolos sin trabajo e induciéndolos a disputarse mutuamente los empleos, cuyo número es cada vez más inferior a la demanda; en la sociedad tradicional todo tiende a dividir a los individuos.

¿Por qué hay ahora paros y miseria? Porque los almacenes están llenos de productos. ¿Por qué no se les ha ocurrido a los individuos la idea de incendiarlos o apoderarse de ellos, buscando así el trabajo que se les niega, y creando la salida que los explotadores buscan lejos? Se dice que por miedo a la fuerza pública. Real es el miedo, pero él solo no basta para explicar la apatía de los hambrientos.

¿Cuántas ocasiones se presentan en la vida para hacer daño sin peligro alguno, y en que no se hace porque lo impiden motivos distintos del miedo a la fuerza pública! Además, si los hambrientos quisieran juntarse todos, bastante abundan en París, por ejemplo, para perder ese miedo, resistirse a la fuerza durante un día, vaciar los almacenes y darse un buen atracón. A los que van a la cárcel por vagabundos y mendigos, no les detendrá el temor a la prisión para que mendiguen lo que no les costaría más trabajo robar. Es que además de la cobardía, existe el instinto de la sociabilidad que impide a los individuos hacer daño por gusto y les hace aceptar las más pesadas trabas porque entienden que son necesarias para que funcione bien la sociedad.

¿Se cree que sólo la fuerza bastaría para asegurar el respeto a la propiedad, si en el espíritu de los individuos no se mezclara con esto un carácter de legitimidad que la ha hecho aceptar como resultado de un trabajo individual? ¿Han evitado los castigos más duros para los que la hayan atacado los que quieren vivir a costa de los demás, sin pensar en si es o no legítima?

¿Pues qué ocurriría si los individuos, razonando su miseria, descubriendo sus causas en la propiedad, tuvieran el carácter tan inclinado al mal como se afirma? No duraría la sociedad ni un minuto; se armaría la lucha por la existencia en su más feroz expresión, volveríamos a la barbarie pura. Precisamente, porque el hombre tendía al bien se ha dejado dominar, esclavizar, engañar y explotar y le repugnan todavía los medios violentos para emanciparse definitivamente.

La afirmación de que el hombre es malo y de que no se puede esperar su cambio, equivale a decir, si se la analiza: El hombre es malo, la sociedad está mal constituida; nada puede esperarse de aquél ni de ésta. ¿Para qué hemos de perder tiempo en buscar una perfección que el hombre no puede alcanzar? Arreglémonos los unos a los otros lo mejor que podamos. Si el total de los gozos que adquirimos está formado con la sangre y las

lágrimas de las víctimas que siembran nuestro camino, ¿qué nos importa? Hay que aplastar al prójimo para que no le aplasten a uno. Peor para los que caigan.

Bueno, los privilegiados han conseguido apuntalar su dominio, adormecer a los trabajadores, transformarlos en defensores de sus privilegios prometiéndoles, al principio, mejor vida ... en el otro mundo, y luego, cuando se va dejando de creer en Dios, predicándoles moral, patriotismo, utilidad social, etc., haciéndoles esperar hoy con el sufragio universal una multitud de reformas y mejoras imposibles de llevar a cabo; porque nadie puede evitar los males que nacen de la misma esencia de la organización social, mientras no se ataquen más que los efectos sin dar con las causas, mientras no se transforme la propia sociedad. Proclamen ahora los señores explotadores del pobre el derecho puro a la fuerza, y veremos lo que dura su dominación. ¡A la fuerza, contestaremos con la fuerza!

Cuando empezó el hombre a agruparse con sus semejantes, debía ser más bien un animal que un hombre, sin que existieran en él las ideas de moralidad y justicia. Teniendo que luchar contra los demás animales, contra la naturaleza entera, las primeras agrupaciones debieron de formarse por la necesidad misma de una asociación de fuerza y no por necesidad de la solidaridad. Indudablemente, como hemos dicho ya, aquellas asociaciones fueron temporales al principio, limitándose a la captura de la caza perseguida, a derribar los obstáculos que había que vencer, y luego a rechazar o matar a quienes les atacaran.

Después de practicar la asociación llegaron los hombres a comprender su importancia y las sociedades acabaron por ser permanentes.

Por otra parte, aquella existencia de luchas continuas había de desarrollar en los individuos el instinto sanguinario y despótico; los más débiles tuvieron que sufrir el dominio de los fuertes, cuando no les sirvieron de alimento. Más tarde fue cuando la astucia se impuso tanto como la fuerza.

Cuando se estudia el principio de la humanidad, hay que confesar que el hombre era entonces un animal muy malo, pero ya que ha llegado el desarrollo actual y ha podido adquirir nociones de ideas que antes le faltaban, no hay razón para que se detenga y llegue más lejos. Negar que el hombre puede progresar más sería tan falso como afirmar, cuando habitaba las cavernas y no tenía más que un palo o un arma de piedra como defensa, que no sería algún día capaz de construir las opulentas ciudades de hoy, o de utilizar la electricidad y el vapor. ¿Por qué el hombre que ha llegado a dirigir según sus necesidades la selección de los animales domésticos, no ha de llegar a dirigir la suya, según la hermosura y la bondad, de las cuales empieza a tener nociones?

El hombre ha evolucionado poco a poco y evoluciona diariamente. Sus ideas se modifican sin cesar. Aunque se imponga a veces la fuerza física ya no se admira tanto. Sus ideas de moralidad, solidaridad y justicia se han desarrollado, tienen ya bastante fuerza para que los privilegiados, a fin de conservar sus privilegios, necesiten hacer creer a los individuos que se los explota y se los amordaza por su bien.

No puede durar ese engaño. Empezamos a sentirnos muy oprimidos en esta sociedad mal equilibrada; las aspiraciones que van saliendo a luz siglos ha, aisladas antes e incompletas, empiezan a tomar cuerpo; se encuentran hasta en aquellos que podríamos

clasificar entre los privilegiados en la organización actual, no existe un individuo a quien no le haya llegado la hora de exhalar alguna vez el grito de rebelión e indignación contra esa sociedad, gobernada todavía por muertos que parecen haberse empeñado en molestar todos nuestros sentimientos, todos nuestros actos, todas nuestras aspiraciones, con padecer que crece a medida de nuestro desarrollo. Precísense las ideas de justicia y libertad; quienes las proclaman, todavía son minoría, pero minoría bastante fuerte para que los poseedores se alarmen y sientan miedo.

De modo que el hombre, como los demás animales, es el producto de una evolución que se verifica según la influencia del medio en que vive y las condiciones de existencia que ha de sufrir o combatir: pero tiene sobre los demás animales la ventaja de que él solo, o a lo menos en mayor grado que ellos, ha llegado a saber razonar sobre su origen, a formular aspiraciones para lo porvenir; depende de él conjurar aquella fatalidad del mal que se supone inherente a su existencia; llegando a crearse otras condiciones de vida, conseguirá modificar su propia personalidad.

Sin ir más lejos, el problema se resume del siguiente modo: Bueno o malo, ¿tiene cada individuo derecho a vivir a su gusto, rebelándose si se le explota, o si se le quiere constreñir a condiciones de existencia que le repugnen? Los que están en el poder y los privilegiados de la fortuna dicen que son mejores, pero bastaría con que los malos los derribaran y se colocasen en su lugar para invertir los papeles y tener tanta razón como los primeros para llamarse buenos.

El sistema de la propiedad individual, poniendo toda la riqueza social en manos de algunos, ha permitido a éstos vivir como parásitos a costa de la masa esclavizada, cuya producción no sirve más que para enseñar el fausto y holganza de aquéllos, y para defender sus intereses. Esta situación, cuya injusticia reconocen quienes la sufren, no puede durar. Los trabajadores reclamarán el libre disfrute de cuanto producen, y se rebelarán si se les sigue negando. Por más que la burguesía se atrinchere detrás de la argumentación de que el hombre es malo, la revolución vendrá. Y entonces, o el hombre es realmente imperfectible (acabamos de ver lo contrario) y entonces habrá guerra de apetitos, y sean cuales fueren los suyos, serán vencidos los burgueses, porque están en minoría, o el hombre es malo porque las instituciones sociales contribuyen a hacerlo así, y puede elevarse a un estado social que contribuya a un desarrollo moral, intelectual y físico; sabrá transformar la sociedad de modo que todos los intereses sean solidarios. De todos modos, la revolución se hará. La esfinge nos interroga y contestamos sin temor, porque nosotros, los anarquistas, destructores de las leyes y de la propiedad, sabemos la clase del enigma.

CAPÍTULO QUINTO

La propiedad

Antes de avanzar más en la exposición de nuestras ideas, bueno será pasar revista a las instituciones que queremos destruir, reconocer en qué bases descansa la sociedad burguesa, el valor positivo de esas bases, por qué y cómo no puede transformarse la sociedad más que cambiando toda su organización y demostrar que no será posible ninguna mejora mientras no se complete esa transformación; de ese estudio se derivarán las razones que nos hacen anarquistas y revolucionarios.

El principio en que descansa la sociedad actual es la defensa de la propiedad individual y su transmisión en la familia.

Autoridad, familia, magistratura, ejército y toda la organización jerárquica y burocrática que nos explota y nos ahoga, se derivan de ese principio. Podríamos hablar de la religión, pero la dejaremos aparte. La ciencia, aunque burguesa, la ha matado. Paz a los muertos.

No reproduciremos la historia de la propiedad; ya la han repetido todas las escuelas socialistas; todos han demostrado que era el producto del robo, del fraude y del derecho de la fuerza; no nos toca más que recordar algunos hechos que demuestran su iniquidad, que prueban que los males que sufrimos nacen de ella; que las reformas propuestas son engaños para adormecer a los explotados y que para evitar los males, cuya curación se persigue, hay que atacar su origen primordial, la organización propietaria y capitalista.

Demuestra hoy la ciencia que la tierra debe su origen a un núcleo de materias cósmicas que se separó primitivamente de la nebulosa solar. Aquel núcleo, por su rotación sobre sí mismo y alrededor del astro central se condensó hasta tal punto, que la compresión de los gases produjo una explosión, y el globo, hijo del sol, brilló, como el que le dio origen, con luz propia en la vía láctea, a manera de estrella. El globo se ha enfriado, pasando del estado gaseoso al líquido, pastoso y después, cada vez más denso, hasta su completa solidificación. Pero en aquel horno primitivo, se habían asociado los distintos gases de tal manera que, sus diversas combinaciones dieron origen a las materias fundamentales que forman la composición de la tierra, minerales, metales, gases libres en suspensión en la atmósfera.

Por el lento enfriamiento, la acción del agua y la atmósfera sobre los minerales, ayudó a formar una capa de tierra vegetal; durante aquel tiempo, la asociación del hidrógeno, el oxígeno, el carbono y el aire, llegaba a dar, en el seno de las aguas, nacimiento a una especie de gelatina orgánica sin forma definida, sin órgano, sin conciencia, pero dotada ya de la facultad de moverse, lanzando prolongaciones de su masa hacia el sitio adonde quería ir; más bien al lado que la atraía, y de la otra facultad de asimilarse los cuerpos extraños que se pegaban a la masa, y alimentarse de ellos. Por último, tenía la facultad de poder partirse en dos, llegada a cierto grado de desarrollo, dando nacimiento a un nuevo organismo, semejante completamente a su progenitor.

Así nació modestamente la humanidad; tan modestamente que hasta muchísimo tiempo después, tras de un largo período de evoluciones, tras de la formación de cierto número de tipos en la cadena de los seres, no se llega a distinguir el animal del vegetal.

Seguir toda la serie para llegar al hombre sería rehacer aquí la historia de la evolución, que explica la ciencia actual de modo claro y comprensible para quienes quieren juzgar con libertad; por lo tanto, recurra el lector a esa ciencia; nosotros nos contentaremos con apreciar hechos principales para apoyar nuestra demostración del acaparamiento arbitrario de una parte del terreno por cierta parte de individuos que se apoderaron de ella en provecho suyo y de sus descendientes y en detrimento de otros menos favorecidos y de las generaciones futuras.

Es evidente que esa explicación de la aparición del hombre en la tierra, destruye todas las maravillas contadas acerca de su creación, Ya no hay Dios ni entidad creadora, el

hombre es el producto de una evolución de la vida terrestre, la cual no es más que el producto de una combinación de gases, que sufrieron también una evolución antes de llegar a combinarse en la proporción y con la densidad necesarias para que surgiera el fenómeno vital.

La tesis del origen sobrenatural del hombre anda descartada, y por lo tanto, la idea de que la sociedad, tal como existe, con su división en ricos y pobres, gobernantes y gobernados, se deriva de una voluntad divina, se derrumba también. La autoridad, que tanto tiempo se ha apoyado en su origen sobrenatural, fábula que ha contribuido a su sostenimiento tanto como la fuerza bruta, se ha desmoronado también, gracias a la discusión; hoy se atrinchera detrás del sufragio universal y de la ley de las mayorías. Pero la autoridad no podía sostenerse más que mientras no se la discutiera. Luego veremos que hoy no la sostiene más que la fuerza. Podemos decir que la propiedad y la autoridad, que ya se discuten, están agonizando, porque lo que se discute ya no se respeta, y lo que sólo la fuerza sostiene, la fuerza puede destruirlo.

El vegetal se alimenta a expensas del mineral, el animal, a costa del vegetal y mucho más tarde a costa del mismo animal, pero no hay en ello ideas preconcebidas -para establecer una jerarquía cualquiera entre los seres- por parte de un creador o de la naturaleza- entidad, que crearan el vegetal para alimentar al animal, y el vegetal y el animal para alimento del hombre, y servidores en la raza humana para dar goces a los elegidos. No hubo más que una serie evolutiva de leyes naturales, en cuya virtud, formados los minerales por la condensación de los gases, pudo la vida vegetal asimilarse al mineral y transformarlo en combinación orgánica que facilitó la aparición de la vida animal.

Admitido el origen evolutivo del hombre, resultará evidente que, cuando aparecieron en la tierra los primeros seres pensantes, no hubo necesidad de providencia tutelar para facilitar su florecimiento, y por lo tanto, nadie puede asignar a unos poder directivo sobre sus semejantes, a otros la propiedad del suelo, a la masa la miseria y las privaciones y el respeto a sus amos, con la única función de producir para éstos.

Como la lucha por la existencia empezó por ser la única, ley vital para los individuos, su única preocupación fue comer para no ser comidos, pero cuando empezamos a practicar inconscientemente esa otra ley vital más elevada, el auxilio para la lucha, como la herencia había desarrollado en ellos los instintos de combatividad, de opresión sobre la presa, siendo para el hombre una presa todo, hasta el hombre mismo, es evidente que ese espíritu de lucha y dominación, almacenado en el cerebro por las generaciones pasadas, trata de imponerse en la colectividad formada. Los individuos que lo tenían más desarrollado, se impusieron a los que lo poseían en grado menor. Esa autoridad establecida siguió las fluctuaciones de la inteligencia humana y las transformaciones de la organización social, se verificaron según que fuera la fuerza, el espíritu religioso o el mercantilismo el que triunfara. La autoridad, bajo esos diversos modos de influir, se ha sostenido hasta nuestros días, y se sostendrá hasta que el hombre, libre de todo error y preocupaciones, se reconquiste por completo a sí mismo, renunciando a imponer su voluntad, para no tener que soportar la de otros más fuertes.

Pero, aniquilado el origen divino de la autoridad y de la propiedad por la misma ciencia burguesa, los burgueses han tratado de darle bases más sólidas y naturales, los economistas han venido a estudiar los hechos sociales, que se derivan de una mala

organización, erigiéndoles en leyes naturales, convirtiéndoles en causa de lo que es, cuando no son más que efecto; adornando tales sandeces con el nombre de ciencia, han intentado legitimar los crímenes más monstruosos de la sociedad, con las más enormes piraterías del capitalismo, echando la culpa de la miseria a los mismos miserables, exigiendo como ley de conservación social el egoísmo más monstruoso, cuando hemos visto en un capítulo anterior que es, al contrario, causa de conflicto, de pérdida de fuerzas y de regresión, si no lo atempera y suaviza otra ley más evolutiva y más humana: la solidaridad.

Fundada la sociedad burguesa en el capital, representado éste por el dinero, para disfrazar la misión excepcional que le corresponde en los trabajos de producción y cambio, los economistas burgueses todo lo han reducido a estado de capital. El hombre que fecunda a su mujer y engendra niños, gasta capital, pero también lo crea, porque el niño, convertido en hombre, será también capital, y la fuerza muscular que gastó el obrero en producir, capital. Observemos de paso que, además de sus brazos, emplean los obreros en cualquier trabajo una cantidad de inteligencia superior a veces a la del contratista, pero como entonces habría que atribuir dos partes de capital al obrero, trastornando así los cálculos de los economistas, éstos prescinden de ello.

Y como toda esta reducción de la actividad humana a capitales no acepta el origen del capital-dinero, los economistas han dicho: Es la parte de trabajo que los individuos industriosos y previsores no han consumido en seguida, y han reservado para necesidades futuras. Aquí va siendo interesante el cálculo.

Todo capital empleado, afirman doctamente los economistas, que debe producir:

- 1º Una cantidad igual a su valor para que se pueda reconstituir completamente.
- 2º Como ese capital empleado corre riesgos, debe producir una plusvalía que represente una prima de seguro que ha de cubrir aquellos riesgos.

Ahora bien: el obrero que va cobrando según trabaja y que por lo tanto no corre riesgo ninguno, tiene únicamente derecho a la primera cantidad que le permite reconstituir el capital gastado, es decir, alimentarse, vestirse, pagar casa y reparar las fuerzas que ha perdido. No debe tener más hitos que los que el sobrante del salario le permita criar.

En cuanto al patrono, la cosa varía mucho. Empieza por aportar un primer capital, el dinero necesario para pagar a los obreros, hacer las compras, y que representa los goces de que se priva. Ese capital, como el del obrero, ha de producir para su reconstitución, y además, la prima de seguro de los riesgos que corre, lo cual constituye el beneficio del explotador. Si es una empresa industrial, tiene edificios y máquinas empleadas, otro capital que debe reproducirse y producir su prima de seguro, pero hay más. ¡Y la inteligencia del explotador, que es otro capital, y no el más chico! Un capitalista tiene que saber emplear con juicio sus capitales, tiene que saber dirigir sus negocios y su propia persona -lo cual, generalmente, no sabe hacer el obrero-, ha de averiguar qué productos es conveniente producir, en qué lugar hay demanda, etc. Es necesario que ese tercer capital se recupere en la empresa. Obsérvese que si el patrono o contratista es ingeniero, sabio, médico, la prima ha de ser mayor, porque, como cuestan más caros de establecer, cuestan también más en reparaciones.

Establecida esa distinción sutil, transformando en capitales los diversos elementos que toman parte en la producción, el reparto parece normal; el capitalista se embolsa tres partes de productos por su cuenta, y la jugada está hecha. Si el obrero ha recibido lo que le toca, ¿de qué se queja? Que ahorre y emplee sus ahorros en empresas y cobrará triple parte. Que no gaste tontamente el dinero en la taberna, que no tenga tantos hijos. Que sepa economizar, si quiere llegar a ser algo. La lucha es dura, hay que reducir los goces si se quieren aumentar más adelante... ¡Hatajo de mamarrachos!

Señores economistas, que habláis de la mayor inteligencia de los capitales, ¿os atreveréis a afirmar que los que en jugadas de Bolsa, en chanchullos y en monopolios recogen millones han gastado una inteligencia un millón de veces superior, no a la del obrero, que puede pasar por artista en su oficio, sino a la del obrero más humilde, en edificio más vulgar?

Tómese, por ejemplo, un obrero de los más favorecidos, que gane buenos jornales (buenos, con relación a los menos favorecidos) y nunca esté parado ni enfermo. ¿Podrá pasar la vida desahogada que deberían disfrutar cuantos producen, podrá satisfacer sus necesidades físicas e intelectuales trabajando? Ni siquiera la centésima parte de ellas, aunque fueran de las más limitadas; tendrá que reducirlas, si quiere economizar algo para la vejez, y por mucho que ahorre, nunca será lo bastante para vivir sin hacer nada. Los ahorros hechos en el período productivo apenas llegarán a compensar el déficit originado por la vejez, como no coja una herencia o cualquiera otra ganga independiente del trabajo.

Por cada trabajador privilegiado de esos, hay muchísimos desdichados que no pueden matar el hambre. El desarrollo de las máquinas ha permitido a los explotadores reducir su personal; los obreros sin trabajo, más numerosos, han hecho disminuir los salarios y que se multipliquen los paros; las enfermedades los disminuyen también, de modo que el obrero acomodado tiende cada vez más a convertirse en mito, y en vez de esperar salir de su miseria de trabajador, debe temer ser cada vez más desdichado, como la sociedad burguesa dure mucho.

Supongamos ahora que el obrero acomodado, en vez de seguir colocando sus ahorros en cualquier clase de valores, se dedique a trabajar por su cuenta cuando haya reunido cierta cantidad. Cada vez será eso más imposible, gracias a las herramientas mecánicas que exigen la concentración de enormes capitales y no permite la industria aislada, pero podemos admitir la posibilidad y suponer que el obrero-patrono trabaja solo. Si son verdaderos los datos de la economía política, si cada facultad del hombre es un capital comprometido que produce la fortuna para quien lo emplea, ese individuo aporta capital-dinero, capital-fuerza y capital-inteligencia. No teniendo que partir las ganancias con nadie. No tardará en ser duplicado el capital-dinero entre sus manos y llegará a millonario.

En la práctica, el obrero que trabaja solo por su cuenta, casi no existe; el patrono en pequeño, con dos o tres obreros, puede que viva un poquillo mejor que éstos, pero ha de trabajar tanto como ellos o más, oprimido sin cesar por los pagos; no puede esperar ninguna mejora, y se considerará feliz si consigue sostenerse en un bienestar relativo y evitar la quiebra.

Las ganancias grandes, las grandes fortunas, la vida lujosa están reservadas a los grandes propietarios, a los grandes accionistas, a los grandes fabricantes, a los grandes especuladores que no trabajan por sí mismos, y ocupan a centenares de obreros. Lo cual prueba que el capital es efectivamente trabajo acumulado, pero trabajo ajeno acumulado en manos de una sola persona, de un ladrón. Además, la mejor prueba de que hay un vicio fundamental en la organización social, es que las herramientas mecánicas, que son un progreso engendrado por todos los conocimientos adquiridos, transmitidos de generación en generación y que debería favorecer por lo tanto a todos los seres humanos, dándoles más cómoda y desahogada vida (porque aumenta su fuerza productiva y les da medios para producir más trabajando menos), no proporcionan a los trabajadores más que un aumento de miseria y privaciones. Los capitalistas son los únicos que ganan con las invenciones mecánicas, que les permiten reducir su personal, y con auxilio de ese antagonismo establecido, disminuir el salario de éste, porque la miseria impulsa al personal desocupado a aceptar el precio ofrecido, aunque sea inferior a la cantidad necesaria para su conservación y reproducción, lo cual demuestra que las supuestas leyes naturales se ven violadas por su propio funcionamiento, y que, por consiguiente, si son leyes, nada tienen de naturales.

Por otra parte, vista la certidumbre de que los capitalistas, con todos sus capitales, y su herramienta mecánica, nada podrían producir si les faltara el concurso de los trabajadores, mientras estos últimos, entendiéndose entre sí y solidarizando sus fuerzas, podrían producir sin ayuda de los capitalistas. Lo que nosotros queremos deducir es lo siguiente: desde el momento que los capitalistas no pueden emplear sus capitales sin ayuda del trabajador, resulta que éste es el factor más importante de la producción y que lógicamente a él debe corresponder la mejor parte del producto. Pues ¿cómo es que los capitalistas absorben la mejor parte, y cuanto menos producen, más gozan? ¿Cómo es que cuanto más producen los trabajadores, más probabilidades de paro acumulan y menos probabilidades tienen de consumir? ¿Cómo es que cuanto más se llenan de productos los almacenes, más hambre tienen los productores y lo que debería ser un manantial de riqueza y de goce generales, se convierte en manantial de miseria para los productores?

Claramente resulta de todo eso que la propiedad individual no es accesible más que para aquellos que explotan a sus semejantes; la historia de la Humanidad demuestra que esa forma de la propiedad no fue de las primeras asociaciones humanas, hasta que estuvo muy adelantada su evolución, cuando empezó la familia a desprenderse de la promiscuidad, y entonces la propiedad individual empezó a aparecer en la propiedad común de la clase o de la tribu.

Nada probaría esto contra su legitimidad si tal apropiación no se hubiera verificado arbitrariamente; lo decimos sólo para demostrar a los burgueses (que han querido argumentar en su favor suponiendo que la propiedad fue siempre lo que es hoy) que ese argumento no tiene valor alguno para nosotros.

Aparte de esto, los que tanto declaman contra los anarquistas que invocan la fuerza para desposeerlos, ¿se mantuvieron con miramientos para desposeer a la nobleza en 1789 y burlar a los aldeanos, que los ayudaron ahorcando hidalgos, destruyendo archivos y apoderándose de los bienes señoriales?

¿Las confiscaciones y ventas, ficticias o a precios irrisorios, no tuvieron por objeto despojar a los poseedores de entonces y al pueblo que aguardaba su parte, para aprovecharse de ellos? ¿No usaron el derecho de la fuerza, que disfrazaron y sancionaron con comedias legales? ¿No fue aquel despojo una iniquidad mayor (suponiendo que el que reclamamos lo sea, lo cual negamos) puesto que no se hizo en beneficio de la colectividad, sino que contribuyó únicamente a enriquecer a algunos traficantes que se apresuraron a declarar la guerra a los aldeanos (que habían asaltado los castillos), fusilándolos y tratándolos de bandidos?

Mal hacen, pues, los burgueses llamando ladrones a quienes quieren obligarles a restituir su propiedad, porque no es más que el producto de un robo.

CAPÍTULO SEXTO

La familia

La propiedad, la familia, la autoridad se han desarrollado paralelamente; eso es indudable. Dado que los hombres aunaron sus esfuerzos bajo la presión de una necesidad común, de un obstáculo que derribar, que agotaba en vano los esfuerzos individuales, se deduce que las ganancias resultantes de aquel convenio de fuerzas, se repartieron entre la comunidad. Siendo temporales aquellas aspiraciones y limitándose al resultado inmediato que había que alcanzar, no hay duda de que la primera agrupación humana debió de ser, como lo es toda vía entre ciertos mamíferos, entre ciertos antropoides, el núcleo familiar, es decir, la agrupación de algunos jóvenes y hembras alrededor del macho más fuerte, que, para conservar su autoridad, expulsaba de la horda a los machos jóvenes, llegados a una edad que podría inspirarle recelo.

Pero sería temerario prejuzgar si aquella autoridad del macho se impuso en todas las agrupaciones desde el principio, porque si entre los salvajes encontramos ejemplos en que la asociación, más numerosa, se ha formado por la agrupación de varios núcleos familiares, se ha impuesto la autoridad del macho, hay otros muchos ejemplos que demuestran, por muchas costumbres, como la de la couvade, que la autoridad de la madre sobre la progenie fue la primera que reconoció.

Pueblos hay en que los niños forman parte de la tribu de la madre; otros en que ya se reconoce la autoridad del varón, pero heredan sus bienes los hijos de su hermana, con exclusión de los suyos, lo cual establece una transición entre la autoridad materna y la paterna. Otro carácter transitorio es la costumbre de la couvade, en que, cuando la mujer pare, el hombre se mete en la cama, toma los medicamentos y recibe felicitaciones por el parto. Notase ahí que el hombre, para afirmar su autoridad sobre la progenie, necesita hechos que demuestren su paternidad. No los necesitaría si no se le discutiera por costumbres anteriores que pudieron desaparecer, pero cuyo recuerdo se perpetúa por la práctica de costumbres reactivas que han suscitado.

¡Cuántas veces ha variado la misión del hombre y la mujer! Al principio, en los albores de la humanidad, no hay forma alguna en matrimonio; reina en los sexos la más completa promiscuidad; el hombre se aparea con cualquier hembra, y ésta acepta, o más bien soporta las caricias de cuantos varones la poseen.

Al desarrollarse el hombre y hacerse menos tosco, reina todavía gran promiscuidad, pero se empieza a distinguir el primer grado de parentesco. Aún no se ha aprendido a discernir distintamente los términos de padre, madre, hermana y hermano, pero se prohíben las uniones entre tribus que lleven el mismo tótem, y del mismo origen común, pero las mujeres continúan perteneciendo a todos los hombres y éstos a todas las mujeres del clan.

Más adelante, reconocido ya el varón como jefe de la familia, ésta empieza a distinguir algunos grados en el parentesco y la filiación, pero los matrimonios seguirán celebrándose entre hermanos; el hijo heredará sin escrúpulo alguno el harén de su padre, habrá que dar otro paso en la evolución para que la madre del heredero no se incluya en la herencia.

Observemos también que si hay pueblos en que un solo hombre puede poseer varias mujeres, hay pueblos en que una mujer tiene varios hombres.

Pero esos progresos, esos cambios de costumbre, no se siguen lógicamente unos a otros, eliminándose mutuamente, según aparece otro más complicado. Esas costumbres se van fundiendo unas en otras, se amalgaman y se enredan de modo que es difícil distinguirlas. Sus combinaciones son múltiples, las costumbres se superponen, eliminando una aquí, otra en otra parte, y sólo estudiando, las observaciones de los viajeros antiguos y de los pueblos existentes todavía, podremos darnos cuenta aproximada de la evolución humana.

Resulta de todo ello, que la propiedad ha descansado en bases distintas de aquellas que hoy la sustentan, ha tenido otra división y no debe su destino actual más que a la fuerza, a la astucia y al robo, porque es evidente que, habiendo empezado la familia por ser una asociación común, no podrá existir propiedad individual, por consiguiente, lo que en principio perteneció a todos, no ha podido pasar a ser propiedad de algunos, más que por medio del despojo.

La familia tampoco se parecía a la actual, y los burgueses que suponen que ambas instituciones descansan en bases inatacables e inconvencibles, no saben lo que se dicen, puesto que no hay razón para que lo que evolucionó no evolucione de nuevo. Lo único que probaría su afirmación, es que las dos instituciones, sino han de progresar, están bien cerca de su decadencia, porque es ley de la vida que perezca lo que no anda, para dar nacimiento a otros organismos que tengan que recorrer un período de evolución.

Tan verdadero es este axioma, que los burgueses han tenido que reconocerlo, añadiendo al matrimonio, que querían conservar indisoluble, el correctivo del divorcio, que sólo se aplica a casos especiales, y no se alcanza sin pleitos y gestiones innumerables, gastando mucho dinero, pero que no deja ser un argumento contra la estabilidad de la familia, puesto que, después de haberlo rechazado tanto tiempo, se ha reconocido su necesidad y quebranta la familia, rompiendo el matrimonio, que es su sanción.

¿Qué mejor confesión puede pedirse en favor de la unión libre? ¿No resulta evidente que es inútil sellar con una ceremonia lo que otra ceremonia puede deshacer? ¿Por qué se hace consagrar a un hombre, vestido de cierta manera, lo que otros hombres, vestidos de otro modo, pueden declarar nulo y sin efecto?

Los anarquistas rechazan la organización del matrimonio. Dicen que dos seres que se quieren no necesitan permiso de un tercero para acostarse juntos, en cuanto su voluntad los incline a esto; nada le importa a la sociedad, que no tiene para qué intervenir.

Dicen además los anarquistas: Porque se hayan entregado uno a otro, no es indisoluble la unión del hombre y la mujer; no están condenados a acabar la vida juntos, si se hacen mutuamente antipáticos. Lo que formó su libre voluntad, ésta puede deshacerlo, Arrastrados por la pasión, sojuzgados por el deseo, no han visto más que sus cualidades, han cerrado los ojos ante los defectos, se han unido; pero luego la vida común borra las cualidades, hace resaltar los defectos, acusa asperezas que no pueden suavizarse. ¿Es necesario que ambos seres, por haber sido víctimas de la ilusión en un momento de efervescencia, paguen con toda una vida de padecimientos el error de un instante que les hizo tomar por una pasión profunda y eterna, lo que no era más que una sobreexcitación de los sentidos?

¡Bah! Volvamos a nociones más vanas. ¿No ha sido el amor del hombre y de la mujer más fuerte siempre que todas las leyes, gazmoñerías y reprobaciones que se han dirigido contra la ejecución del acto sexual?

A pesar de la censura con que se condena a la mujer que engaña a su marido (no hablemos del hombre, que siempre ha sabido hacer que las costumbres le beneficien); a pesar del papel de paria reservado en nuestra púdica sociedad a la madre soltera, ¿han dejado las casadas de ponerles los cuernos a los maridos, ni las solteras de entregarse a quien les haya gustado o haya sabido aprovechar el momento en que los sentidos alcen la voz más que la razón?

La historia y la literatura no hablan más que de adulterios y de muchachas seducidas. La necesidad genésica es el primer motor del hombre; aunque sea ocultamente, se cede a su presión.

Para algunos espíritus apasionados, débiles y timoratos que se suicidan con el ser amado, no atreviéndose unas veces a romper con las preocupaciones, sin fuerza moral para luchar contra los obstáculos que les oponen las costumbres o la estupidez de padres imbéciles, es innumerable la masa de los que se burlan de lo establecido a escondidas. De modo, que lo que se ha logrado es convertirnos en hipócritas y embusteros.

¿Por qué ese empeño en reglamentar lo que se ha librado de largos siglos de opresión? Reconozcamos de una vez que los sentimientos del hombre se escapan a toda reglamentación y que se necesita la más absoluta libertad para que puedan desarrollarse completa y normalmente. Seamos menos puritanos y seremos más francos y morales.

Queriendo el hombre propietario transmitir a sus descendientes el fruto de sus rapiñas, considerando la mujer como inferior y más bien propiedad que asociado, es evidente que el hombre ha organizado la familia para asegurar su supremacía sobre la mujer; y para poder dejar, al morir, sus bienes a los descendientes, ha tenido que decretar la indisolubilidad de la familia. Basada en el interés y no en el afecto, evidente es que necesitaba una fuerza y una sanción para evitar que se disgregara por los choques que ocasionara antagonismo de los intereses.

Ahora bien; los anarquistas a quienes se acusa de querer destruir a la familia, precisamente lo que quieren destruir es ese antagonismo, basarla, en el cariño para hacerla más duradera. Nunca han erigido como principio que el hombre y la mujer a quienes plazca terminar la vida juntos, no puedan hacerlo so pretexto de que las uniones sean libres. Nunca han dicho que el padre y la madre no podrían educar a los hijos, cuando han pedido que se respete la libertad de éstos, y que no se les considere como cosa, como propiedad ganada por sus ascendientes.

Claro es que quieren abolir la familia jurídica, quieren que el hombre y la mujer tengan libertad para juntarse y separarse cuando gusten, no quieren que una ley uniforme y estúpida reglamente sus relaciones en sentimientos tan complejos y variados como los que proceden del amor.

Si los sentimientos del ser humano tienden a la inconstancia, si su amor no puede fijarse en un solo objeto, como suponen quienes quieren reglamentar las relaciones sexuales, ¿qué nos importa?, ¿qué le hemos de hacer? Puesto que hasta ahora la compresión nada ha conseguido más que darnos vicios nuevos, dejemos libre a la naturaleza humana, dejémosla evolucionar como dispongan sus tendencias y aspiraciones. Bastante inteligentes hay para saber lo que le conviene o perjudica, para que la experiencia la enseñe en qué dirección ha de evolucionar. Funcionando libremente la ley de evolución, estamos seguros de que los más aptos y mejor dotados serán quienes tendrán más probabilidades de sobrevivir y reproducirse.

Si la tendencia humana es, como pensamos nosotros, favorable a la monogamia, a la unión duradera de dos seres que, habiéndose encontrado, habiendo aprendido a conocerse y estimarse, acaban por formar uno solo, porque su unión es muy íntima y completa, y sus voluntades, pensamientos y deseos se identifican, menos necesidad de leyes tendrán esas personas para vivir juntas; la mayor garantía de lo indisoluble de su unión, será su propia voluntad.

Cuando el hombre y la mujer no se sientan ya atados mutuamente, si se quieren de veras, ese amor los impelerá recíprocamente a tratar de merecer el amor del ser elegido; sabiendo que el compañero o compañera a quien se ama puede huir del nido el día que ya no halle en él la satisfacción soñada, cada individuo pondrá mayor empeño en conservar su cariño. Así como entre ciertas aves, en la estación del celo, reviste el macho brillante y nuevo plumaje para seducir a la hembra cuyos favores apetece, cultivarán los humanos aquellas cualidades morales que los hagan más amables y su Compañía más grata. Basadas en esos sentimientos, serán las uniones más indisolubles que en virtud de leyes feroces, de compresión violenta.

No hemos escrito la crítica del matrimonio actual que equivale a la más desvergonzada prostitución, con casamientos por interés, exentos de todo sentimiento afectuoso, casamientos de conveniencia, arreglados, sobre todo en las familias burguesas, por los padres, sin consultar a los contrayentes; casamientos desproporcionados que juntan viejos cascados y decrepitos, pero adinerados, con la frescura y la juventud de las muchachas; casamientos de bribonas viejas que compran a fuerza de pesetas los favores de muchachos: sinvergüenzas que pagan con sus caricias la sed de riquezas. Esa crítica está ya hecha hace mucho tiempo, y muchas veces. ¿Para qué repetirla? Bástenos haber demostrado que la unión sexual no siempre se ha sujetado a las mismas formalidades, y que no llegará a hacerse completamente digna más que librándose de todas las trabas.

CAPÍTULO SÉPTIMO

La autoridad

Tan unido está el problema de la propiedad con el de la autoridad, que al tratar de aquélla, en un capítulo especial, hemos tenido que tratar del origen y evolución de ésta. No volveremos, pues, sobre lo dicho, y nos contentaremos con examinar el período actual, la autoridad que se supone basada en el sufragio universal, en la ley de las mayorías.

Como hemos visto, minado el origen divino de la propiedad y la autoridad, los burgueses han tenido que buscar otra base más sólida. Habiendo destruido ellos mismos lo del derecho divino; habiendo contribuido a combatir contra el derecho de la fuerza, han tratado de sentar la base del dinero, haciendo las elecciones por el régimen del censo, es decir, por cierta categoría de individuos que pagaban los impuestos más altos. Más adelante se trató de sumarlos con las capacidades, porque lo reclamaron burgueses perdidos.

Pero aquello no podía durar mucho. Discutida la autoridad, perdía fuerza, y los que no tomaban parte en la elección de los amos, no tardaron en reclamar su derecho a ello.

La burguesía, que temía al pueblo, no quería conceder nada; tenía el poder y quería conservarlo; los trabajadores, para conseguir el sufragio universal, tuvieron que promover una revolución; los burgueses a quienes elevaron al poder se apresuraron a regatearles el derecho adquirido y a limar las uñas del monstruo que temían que los devorara. A la larga, a fuerza de verlo funcionar, acabaron por comprender que no era peligroso para sus privilegios, que no era más que una guitarra que había que saber tocar y que la famosa arma de reivindicación que los trabajadores pensaban haber adquirido (puesto que les habían pagado con su sangre), no era más que un instrumento de dominio, perfeccionado, que esclavizaba a los que se servían de él, creyendo emanciparse. En efecto, ¿qué es el sufragio universal más que el derecho, para los gobernados, de escoger el amo, de escoger la vara que ha de apalearlos? El elector es soberano... para elegir dueño, pero no tiene derecho a no querer ninguno, porque el que sus vecinos hayan escogido será el suyo. En cuanto suelta la candidatura en la urna, ha firmado su abdicación, ha de acomodarse a los caprichos de los amos escogidos, que harán las leyes, las aplicarán y lo meterán en la cárcel si se desmanda.

No vamos a formar causa al sufragio universal ni a examinar todas las correcciones y añadiduras con que lo han adornado para obviar los antojos de los elegidos, garantizar la soberanía del elector, dándole medios de obligar al elegido a cumplir lo prometido; tal empresa nos elevaría demasiado lejos, y además no tiene ninguna importancia para nosotros, puesto que queremos demostrar que, si no debe haber leyes ni derecho divino, tampoco debe haberlas de mayorías, y que los individuos no deben estar sometidos a más regla que la de su voluntad.

Y disecando el funcionamiento del sufragio universal, llegaremos a demostrar que ni siquiera la mayoría gobierna, sino una minoría muy ínfima, procedente de otra minoría, la cual tampoco es más que una minoría escogida entre una masa gobernada. Es una arbitrariedad que estén excluidos de votar las mujeres y los niños, que sufren las leyes.

Si deducimos luego a quienes, por una u otra razón, no usan de esos derechos, tendremos una primera minoría a la cual se reconoce arbitrariamente, como la única apta para elegir a todos.

En segundo lugar, el día de la votación, la mayoría es la que ha de decidir teóricamente la elección en el distrito, pero, en la práctica, como la elección de los votantes se reparten entre seis, ocho, diez ó más candidatos (sin contar con los electores que, no encontrando representada su opinión entre la masa de los candidatos, votan contra sus ideales), resulta que el elegido lo es también por una segunda minoría.

En tercer lugar, reunidos ya los elegidos, la mayoría de ellos es la que debe decidir, teóricamente, pero como también entonces las opiniones se dividen en grupos y subgrupos innumerables, resulta en la práctica que son grupitos de ambiciones los que, colocándose entre los partidos extremos, deciden el asunto, dando sus votos a quienes les ofrezcan. más ventajas.

Ya se ve, por lo poco que acabamos de decir, que la supuesta soberanía del elector se limita a muy poca cosa, pero que hay que observar que, para no confundir al lector, hemos simplificado nuestra crítica y hemos supuesto que cada cual obraba lógica y correctamente. Pero si contáramos con las intrigas, chanchullos y cálculos ambiciosos, si hiciéramos notar que antes de ser definitivas, pasan las leyes por otra asamblea llamada Senado, nombrada por otra clase de electores, si tenemos en cuenta que el poder legislativo se compone de quinientos y tantos diputados y que cada elector no elige más que uno, y que su voluntad, por lo tanto, equivale a una centésima parte de la voluntad general, reducida además por el veto del Senado, tendremos que la soberanía individual forma parte tan infinitesimal en la soberanía nacional, que se acaba por no dar con ella.

Pues esto no es nada, el sufragio universal produce efectos todavía más desastrosos, da origen al régimen de nulidades y medianías, y lo demostramos.

Toda idea nueva, que se adelanta a su época, está naturalmente en minoría al empezar. Son muy escasos los cerebros bastante abiertos para adoptarla y defenderla. Esto es una verdad inconcusa y la deducción es que los individuos de ideas amplias, verdaderamente inteligentes, están siempre en minoría. La masa general profesa las ideas medias corrientes, y forma la mayoría, elige al diputado que, para salir triunfante, se guardará muy bien de alarmar las preocupaciones de sus electores, de chocar con las ideas corrientes. Al contrario, para llegar a agrupar la más gente posible, habrá elegido un montón de lugares comunes que les suelta a aquellos cuyos votos solicita. Para no asustarlos, habrá de mostrarse más sandio que ellos. Cuanto más incoloro y mediano sea, más probabilidades tendrán que lo elijan.

Examínese bien la manera que tienen de funcionar todos los grupos, comités, cámaras sindicales, asociaciones de socorros mutuos, de artistas y literatos, etc., siempre encontraréis en su organización jerárquica, nombrados por sufragio universal, los empleos ocupados por individuos que, aparte de su ambición, de su deseo de exhibirse, de dar que hablar, o de crearse una situación a expensas de un compañero, y de cierto espíritu de intriga, son completas medianías.

Y es que todo espíritu original que no se ocupa más que en realizar su ideal, a la fuerza ha de alcanzar a todos aquellos (y no son pocos) que siguen la ley de la santa rutina. El que busca la verdad y quiere hacerla prevalecer, no tiene tiempo de descender a mezquina³ intrigas de bastidores, será derrotado seguramente en la lucha electoral por aquel que, sin ninguna idea original, aceptando las ideas recibidas por la generalidad, tendrá más facilidad para no alarmar a nadie. Cuanta más gente se quiera contentar, más habrá que limpiar de ideas nuevas y originales la línea media de ideas que se adopte, y por lo tanto será vacía, incolora y mediana. Ese es todo el sufragio: un parche sonoro, que suena cuando lo golpean los que quieren hacerle hablar.

Pero aunque se discute la autoridad, aunque nos burlamos de ella y la fustigamos, está desgraciadamente muy lejos de haber desaparecido de nuestras costumbres. Tan acostumbrados están los individuos a que los lleven del ronزال que se considerarán perdidos el día que no haya nadie que los tenga atados. Tan acostumbrados están a que intervengan en todos sus actos el tricornio del guardia civil, las insignias del alcalde, la injerencia de la burocracia, las caras del polizone y el juez, que han llegado a habituarse a esas sucias promiscuidades, considerándolas como cosas desagradables, a las cuales se da a gusto alguna zancadilla cuando llega el caso, pero cuya desaparición no se puede imaginar sin que la humanidad se disloque. ¡Extraña contradicción del espíritu humano! Se tolera a disgusto esa autoridad, se la burla, se la viola cuando se puede, pero se considera una perdición el suprimirla.

¡Cuestión de costumbre, según parece!

Esa preocupación es tanto más ilógica, digámoslo claro, tanto más bestial, cuanto que el ideal de cada individuo, en lo respectivo a buen gobierno, sería tener uno al cual se pudiera mandar a paseo, cuando quiera éste molestar a aquél. La burguesía ha inventado el sufragio llamado universal para lisonjear ese ideal.

Si ha encontrado tanta adhesión la República entre los trabajadores; si después de tantas decepciones se considera todavía por los gobernados el sufragio universal como un medio de emancipación, es porque se ha llegado a hacerles creer que cambiando de hombres en el poder, se podrá transformar el sistema de explotación que nos oprime en otro sistema del cual se derivaran el bienestar y la felicidad para todo el mundo. Profundo error que permite a los intrigantes extraviar a los trabajadores para que persigan reformas ilusorias, que no han de introducir ningún cambio en su situación y los acostumbran a esperar todo de un cambio de personal en esa máquina de opresión que se llama Estado. Error que en cada revolución ha permitido a los intrigantes escamotear las victorias populares, instalarse en las prebendas que ocupaban los barridos por la tormenta revolucionaria, y formar una nueva casta de explotadores, creando a su alrededor intereses nuevos que una vez establecidos, han sabido imponerse y reducir al silencio a los que habían tenido la candidez de elevarlos al pináculo.

¡Qué abismo de contradicciones es el espíritu humano! Si se discute con individuos casi inteligentes, reconocerán que si todos los hombres fueran razonables, no habría necesidad de gobierno; ellos se podrían pasar sin él. Pero, desgraciadamente, no todos los hombres son razonables y algunos querrían abusar de su fuerza para oprimir a los demás, vivir a su costa y no hacer nada; para destruir esos inconvenientes, es necesaria una autoridad que les pare los pies.

Lo cual, en términos concretos, equivale a decir que los individuos, considerados en masa, son demasiado malos para entenderse entre sí, pero que, considerados individualmente, o por fracciones, sabrán gobernar a los demás, y que hay que apresurarse a ponerles una fuerza entre las manos para que puedan imponer su voluntad. ¡Desdichada lógica! ¡Qué zancadilla te da el razonar humano.

Mientras haya individuos que manden, ¿no serán forzosamente antagonistas de aquellos a quienes mandan? Los individuos que estén en el poder, aunque sean sinceros, ¿no tendrán ideas propias para hacerlas prevalecer? Y esas ideas, si pueden ser buenas, pueden también ser malas. Anegadas entre la masa, carecerán de fuerza; con la autoridad en manos de quienes las profesan, se impondrán a muchos que las rechazarían. Cuanto más sinceros sean los dueños del poder, más implacables se mostrarán contra los que se rebelen contra su parecer, puesto que tendrán la convicción de que trabajan para hacer venturosa a la humanidad.

Hemos visto en el capítulo anterior que nuestra esclavitud política estaba determinada por nuestra situación económica; tenemos guardia civil, jueces, ministros, etc., porque tenemos banqueros y propietarios; lo uno implica lo otro. Si llegamos a derribar a los que nos explotan' en el taller, si conseguimos deshacernos de los que nos devoran las entrañas, ya no hay necesidad de la fuerza que los defiende, la cual no tiene ya razón de ser.

Son ahora necesarios un gobierno, leyes y diputados para fabricarlas, una magistratura que las aplique, una policía que apoye las decisiones de la magistratura, porque los que poseen necesitan una fuerza para defender aquello de que se han apoderado, contra las reivindicaciones de los desposeídos.

Pero el trabajador, ¿qué tiene que defender? ¿Qué le importa toda la impedimenta gubernativa, cuyos gastos sostiene él solo, sin aprovecharse de ella, pues no sirve más que para enseñarle que su único derecho es el de morir de hambre en medio de la abundancia que ha creado?

En días sombríos de revolución, cuando la miseria, adquiriendo mayor intensidad echa a la calle a los trabajadores en masa, se yerguen ante él esas instituciones sociales para cerrarles el camino del porvenir. Hay que destruirlas; no hay que crear una aristocracia nueva que no tendría más que un objeto; gozar más y más aprisa a expensas de sus protegidos. Poco importa la mano que le pegue a uno, lo necesario es que no haya ninguna que pegue.

No olvidemos que, sea cual fuere el nombre que se dé a la nueva autoridad, por benigna que quiera parecer, sean cuales fueron las correcciones que se le apliquen y la manera de reclutar su personal, siempre quedará en pie el siguiente dilema: o tendrán fuerza de ley sus decisiones y serán obligatoria para todos y necesitará todas las instituciones actuales para aplicarlas y hacerlas respetar, en cuyo caso, hemos de renunciar a la libertad, o los individuos serán libres para discutir las decisiones gubernamentales, conformándose con ellas si les parece, y enviando a paseo a la autoridad si les molesta, y entonces la libertad no se merma, pero el gobierno es inútil, sin dejar de ser una traba y una amenaza.

Deducción: Nada de gobierno.

CAPÍTULO OCTAVO

Magistratura

Hemos visto que la autoridad se deriva del derecho que se apoya en la fuerza. Pero como el hombre ha ensanchado la esfera de su pensamiento, esa autoridad ha tenido que justificar su existencia. Combinándose con la religiosidad y el apoyo de los curas, se llamó de origen divino, formó una casta cerrada y llegó más adelante a resistir a la fuerza brutal del rey y los señores; se había fundado la magistratura, y cuando la burguesía se apoderó del poder en 1789, se guardó muy bien de destruir aquella columna del orden social. La nobleza de toga pertenecerá más a la clase media que a la aristocracia. Se contentaron los vencedores con determinar que se ingresara en la magistratura de un modo más conforme con las aspiraciones nuevas.

Como el derecho divino sufrió gran golpe con la decapitación de Luis XVI, la magistratura, para librarse del peligro de pasar por aquel nivel obligatorio no podía seguir apoyándose en aquel derecho. Se inventó, o más bien, se deificó la ley. La magistratura se constituyó en ser guardadora, y aplicadora incorruptible, según ella. La institución más formidable y más necesaria para defender a los privilegiados, conseguía sostenerse, convirtiéndose en sacerdotisa de la nueva entidad: la ley, creada por los nuevos dueños.

La sumisión de Francia al régimen de la ley, es efectivamente una de las conquistas de 1789, cuyos beneficios han ensalzado más los historiadores burgueses. La codificación de la autoridad, en opinión de esos turiferarios, tenía por efecto inmediato legitimar la más desvergonzada arbitrariedad. Los franceses serían todos iguales en lo sucesivo; nada tenía que reclamar ya el pueblo. Ya no había más que un amo, ante el cual todos tendrían que doblar la cerviz, reinando así la igualdad. Ese amo era la Ley.

Pero nosotros, que no nos enamoramos de frases, si queremos averiguar lo ganado con esa transformación por los trabajadores, veremos que ha sido una mera engañifa. Efectivamente, en tiempo de la monarquía absoluta, cuando el rey y los señores obligaban al villano a servirles, no podía haber error en la fórmula: así lo mandamos, que indicaba el origen de su derecho. No invocaban más que el derecho de su espada, del cual hacían más caso que de la voluntad divina. Se obedecían sus órdenes, se aguantaban sus pretensiones, porque no había medios de resistirse; a lo menos, no había estúpidos que vinieran a decir: Hay que obedecer, porque esa es la ley, y debemos acatarla hasta que se derogue.

Si se reconoce que la ley se puede transformar, se da por hecho que puede ser regresiva, y dar eso por hecho es confesar que desde su principio puede ser lesiva para alguien, porque siempre hay individuos que se adelantan a su época. Por lo tanto, la ley no es justa, no tiene el carácter respetable que se le ha querido dar. Si esta ley me perjudica en mis intereses o en mi libertad, ¿por qué he de obedecerla, y cuál es el decreto inmutable que puede justificar este abuso?

En materias de ciencia, cuando los sabios, después de muchas investigaciones y trabajos, llegan a formular lo que se llama una ley natural, no resulta eso de que una mayoría o cenáculo de individuos, creyéndose superiores al resto de los mortales, haya decidido

que en virtud de su voluntad, se ordena a las fuerzas naturales que obedezcan a tal o cual evolución; nos reiríamos del imbécil a quien tal cosa se le ocurriera.

Cuando se proclama una ley natural, es porque se ha reconocido que si se ha producido un fenómeno o se ha verificado una combinación química, ha sido porque en virtud de tal o cual fuerza, por la existencia de tales o cuales afinidades, y dado el medio en que se ha verificado el fenómeno, era imposible que no se presentara. Tales fuerzas puestas en movimiento en tales condiciones, producen tal resultado; eso es matemático, y la ley descubierta no viene a regir el fenómeno, sino explica sus causas. Esas leyes pueden discutirse, ponerse en duda y hasta negarse; los diversos cuerpos que componen nuestro mundo no por esa dejarán de combinarse según sus propiedades o afinidades, ni la tierra de girar, sin que sea necesaria fuerza alguna para proteger su evolución y castigar a quienes quisieran violarlas.

En nuestras sociedades no pasa lo mismo. Las leyes parece que no se han hecho más que para violarlas, y es que quienes las han hecho no han consultado más que sus preferencias personales, el interés de la casta que representaban, el grado medio de la evolución moral de una época, sin tener en cuenta el carácter, las tendencias y las afinidades de aquellos que a ellas han de someterse., lo cual sería imposible, dada la diversidad de caracteres y tendencias individuales. Cada propiedad tiene sus leyes; tan imposible es que haya una ley única y universal en sociología como en física, so pena de que esa ley sea arbitraria e inaplicable.

En efecto, en nuestras sociedades no hay una ley que no hiera a una parte de los miembros que componen esa sociedad, ya en sus intereses, ya en sus ideas; no hay una ley que cada partido triunfante no pueda volver contra sus adversarios. Conquistado el poder, todo partido ilegal se convierte en legal, puesto que sus hechuras son las que aplican la ley.

Podemos, pues, inferir que no siendo la ley más que la voluntad del más fuerte, no se debe obedecer más que cuando se es demasiado débil para resistirse, que nada la legitima, y que la famosa legalidad no es más que mayor o menor cantidad de fuerza. Así es que cuando ciertos farsantes opongan a los trabajadores su razón suprema, a legalidad, deben éstos echarse a reír, preguntando si se les ha consultado para fabricar esas leyes. Y aunque de momento se hubieran adherido a ellas, esas leyes no pueden tener efecto más que mientras quienes las hayan aceptado sigan creyéndolas útiles y quieran obedecerlas.

Tendría gracia que, so pretexto de que en un momento dado de nuestra vida, hemos aceptado una línea de conducta cualquiera, estuviéramos obligados a seguirla durante toda la vida, sin poderla modificar, porque desagradara eso a cierto número de individuos que por una u otra causa, y encontrándose a gusto con el orden de cosas establecido, quisieran cristalizarse en lo presente.

Más ridículo es todavía querernos someter a las leyes de las generaciones pasadas, la pretensión de hacernos creer que debemos respeto y obediencia a los antojos que algunos caballeros hayan querido codificar y convertir en leyes, hace cincuenta años, ridícula es la osadía de querer esclavizar lo presente a los conceptos de lo pasado.

Por eso recriminamos a todos los fabricantes de leyes, a los que viven de ellas y a los cándidos que las siguen, exclamando que la sociedad no podría subsistir sin leyes, y que los individuos se degollarían mutuamente si les faltara una autoridad tutelar para sostenerlos en el temor y el respeto a las situaciones establecidas.

Más adelante veremos que, a pesar de las leyes y la coacción, siguen cometiéndose crímenes, las leyes son impotentes para reprimirlos y precaverlos, como consecuencia que son de la organización que nos rige y, por lo tanto, que no hay que tratar de sostener o modificar las leyes, sino de cambiar de sistema social.

Lo que más nos indigna es que haya individuos bastante audaces para erigirse en jueces de los demás. Cuando la autoridad se apoyaba en un origen divino, cuando la justicia pasaba por una emanación de Dios, comprendemos que quienes la representaban se creyeran seres aparte, dotados por la voluntad divina, de una partícula de su omnipotencia, de su infalibilidad, y se supusieran aptos para distribuir recompensas y castigos entre el rebaño de los simples mortales.

Pero en nuestro siglo de ciencia y libre crítica, se reconoce que todos los hombres están formados de la misma masa, sujetos a las mismas pasiones, a los mismos errores; hoy que la Divinidad agonizante no anima ya con su soplo la razón, siempre infalible, de las autoridades, nos preguntamos, cómo hay hombres bastante ignaros o atrevidos para asumir con serenidad y propósito deliberado, la terrible responsabilidad de arrebatar a otro hombre la vida o una parte de su independencia.

Cuando diariamente y en las cosas más vulgares de la vida no podemos casi nunca llegar a analizar, no sólo las causas que hacen obrar a nuestros prójimos, sino ni siquiera los verdaderos móviles de nuestros actos, ¿cómo se puede tener la osadía de creer desenredar la verdad en un asunto cuyo principio, actores y móviles son desconocidos, y llega al tribunal aumentado, comentado, desnaturalizado por quienes han tomado parte en él de cualquier modo, o no lo conocen más que por referencia?

Los que os las echáis de jueces severos e infalibles de ese hombre que ha matado o robado, ¿sabéis a qué móviles ha obedecido? ¿Conocéis las circunstancias de medio, herencia, o azar que han influido en su cerebro y lo han llevado a cometer el acto de que se le acusa? Vosotros, hombres implacables, que lanzáis el anatema contra el reo que la fuerza pública lleva al banquillo, ¿os habéis preguntado si colocados en el mismo medio y circunstancias que ese hombre, no hubierais obrado peor? Aunque fuerais los hombres impecables, austeros y sin mancha que parecéis, vosotros que, con una palabra cortáis implacablemente las vidas y libertades humanas, no os atreveríais a pronunciar vuestras sentencias si reflexionarais sobre la fragilidad humana; si tuvierais conciencia de lo que hacéis, retrocederíais espantados.

¿Cómo no han turbar vuestro sueño las pesadillas? ¿Cómo no habéis de soñar con los espectros de las víctimas diarias de vuestra Suprema Justicia? A no ser por el estado de inconsciencia que procede de la estupidez y la costumbre, acabarías por sucumbir bajo el peso del remordimiento y de la persecución de los fantasmas evocados por vuestras sentencias.

Nuestra época de crítica y ciencia positiva, no admite ya el principio de justicia distributiva ni reconoce la legitimidad de una autoridad superior para recompensar al

bueno y castigar al malo. Frente a esa antigua doctrina, a la cual dieron lógica los conceptos del tiempo durante una fase de la Humanidad, propagamos la idea opuesta.

No vemos más que actos que nos parecen buenos o malos, según nos sean agradables o desagradables, aprobamos o nos entusiasmos, defendemos o atacamos, según el beneficio o daño hecho a nuestros intereses, a nuestras pasiones o a nuestro concepto del ideal. La necesidad común de solidaridad que arrastra a los individuos sometidos a los mismos ataques a unirse para defenderse, es para nosotros la futura garantía de un orden social menos perturbado que el nuestro. No juzgamos, obramos y luchamos y creemos que la armonía universal resultará del libre funcionamiento de todos los hombres, cuando la supresión de la propiedad individual no permita que un puñado de individuos pueda esclavizar a sus semejantes.

Por lo tanto, no podemos admitir que seis semanas o seis años después de cometido un acto, un grupo, apoyado en la fuerza armada, se reúna para juzgar en nombre de una entidad cualquiera y recompense o castigue al autor del acto. Eso es hipocresía y cobardía. Reconvenís a un hombre por haber matado, y para demostrarle que ha obrado mal, lo hacéis matar por el verdugo, ese asesino pagado por la sociedad. A él y a vosotros os faltará hasta la disculpa de exponer el pellejo, puesto que obráis apoyados por una fuerza armada que os protege.

Estamos en guerra con la casta dominadora, reconoced, magistrados, que sois quienes la sostenéis, y no nos molestéis con vuestras grandes frases, sostened los privilegios cuya custodia se os ha confiado, usad la fuerza que la ignorancia os concede, y dejad en paz a la justicia, que nada tiene que ver con lo que hacéis.

Para que pudierais conocer mejor la ignominia de vuestro papel de ojeadores, quisiéramos que, siendo inocentes, os tocara caer en las garras de vuestros semejantes para que os juzgaran. En tal situación, podríais apreciar las angustias y terrores que han martirizado a los que han pasado por el banquillo, y a quienes habéis torturado como el gato al ratón.

Oyendo pasar por encima de vuestra cabeza las olas de la elocuencia del fiscal que os censura, veríais pasar por delante de vuestros ojos los espectros de los desdichados inmolados por vosotros en el ara de la vindicta social, y os preguntaríais con terror, si no eran también ellos inocentes.

Sí; anhelaríamos que uno de vosotros, acusado sin razón, pasara los apuros de los que se sientan' en el banquillo; porque si alguna vez se reconociera su inocencia, si volviera a ejercer sus funciones, podríamos presumir que no se sentaría en el tribunal más que para desgarrar la toga y arrepentirse públicamente de su vida criminal de magistrado, juzgador a la ventura y traficante en vidas humanas.

CAPÍTULO NOVENO

El derecho a castigar y los sabios

Admite hoy la ciencia sin discusión que el hombre es juguete de multitud de fuerzas, cuya presión padece, y que no existe el libre albedrío; el medio, la herencia, la educación, las influencias climatológicas y atmosféricas actúan sucesivamente sobre el

hombre, tropezando, combinándose, pero ejerciendo una acción efectiva sobre su cerebro y haciéndolo girar a su impulso, como gira la peonza, obedeciendo a los dedos del jugador.

Según su herencia, su educación y el medio en que vive, más o menos dócil será el individuo a las incitaciones de ciertas fuerzas, más o menos refractario a otras, pero no es menos cierto que su personalidad no es más que el producto de esas fuerzas.

Después de haber hecho constar esto, ciertos sabios, cuyo jefe es César Lombroso, han querido establecer la existencia de un tipo criminal. Se han dedicado a buscar las anomalías que podían caracterizar el tipo susodicho, y después de haber argumentado acerca de ese tipo, deducen la represión enérgica, la cárcel perpetua, etc. Reconocen los sabios que obra el hombre movido por causas exteriores, que no es responsable de sus actos, y de ello infieren... la represión.

Ocasión tendremos de explicar esa contradicción; examinemos, por lo pronto, las principales anomalías señaladas por los criminalistas, como características de criminalidad:

Heridas antiguas.

Anomalías de la piel.

Anomalías de las orejas o la nariz.

Tatuaje.

Otras hay que no nos parecen tener más relación que las expresadas con la mentalidad del individuo, pero nuestra ignorancia en anatomía, no nos permite discutir las a fondo. Contentémonos con las enumeradas.

Heridas: es evidente que un individuo que tiene señales de heridas antiguas tiene que ser un criminal de siete suelas, sobre todo si las ha recibido en un accidente del trabajo o arriesgando la vida para salvar a un semejante. Hasta ahora habíamos creído que la criminalidad consistía más bien en dar golpes que en recibirlos. Parece que la ciencia entiende lo contrario; el criminal es el que se deja herir. ¡Inclinémonos, hermanos!

Respecto a las anomalías de la nariz y las orejas, en balde hemos tratado de consignar la relación que pudieran tener con el cerebro; no hemos dado con ella. Pero hay más; Lombroso declara que muchos casos, que cita como anomalías, se dan en gente honrada, de modo que las anomalías tenderán a convertirse en generalidad. Siempre habíamos creído que la anomalía era un caso que se salía de lo general. La ciencia en Lombroso tiende a demostrar lo contrario. Triste su consecuencia, que prueba sobre todo, que las personas que toman una manía y se confinan en un rincón de la ciencia, acaban por perder la noción exacta del conjunto de las cosas y no tienen más que un objeto: reducirlo todo a la porción de estudios a la cual se han dedicado.

Tener una oreja o la nariz mal formada, sobretodo la nariz, es cosa muy desagradable, especialmente si la conformación defectuosa toca en los límites de lo ridículo. No es nada bonito tener en la cara manchas de color de vino, y suele ser tan desagradable para el que las tiene, como para el que las ve, pero a nosotros nos parecía que bastante desgracia era llevarlas, sin que además le conviertan al paciente en criminal.

Pero ya que Lombroso lo afirma, llevando su teoría hasta las últimas consecuencias, podemos solicitar que los comadrones den muerte a todos los niños que nazcan con la nariz torcida o una oreja mal formada. Indudablemente, toda mancha pigmentaria ha de ser indicio de la más negra perversidad. Por ejemplo yo, que si no recuerdo mal, tengo una mancha de esas no sé dónde, soy anarquista, lo cual consideran algunos como un indicio de criminalidad, de modo que estoy destinado a ser un criminal vulgar. ¡Que me maten! ¡Que me maten! La teoría predice que he de perecer en el patíbulo.

Aplicando la doctrina a todos los que se encuentren en algún caso de esos, pocos supervivientes quedarían, pero resultaría una humanidad física y moralmente. ¡No hay que retroceder nunca ante las consecuencias de una teoría fundada en la observación, como la anterior!

Respecto a los tatuajes, no los hemos considerado nunca como indicio de una estética muy elevada, nada de eso; son un residuo de atavismo, que impele a ciertos hombres a realzar su natural hermosura con adornos grabados en la piel, como lo harían nuestros antepasados en la edad de piedra. El mismo atavismo impulsa a muchas mujeres a mandarse perforar las orejas para colgar de ellas pedazos de metal o guijarros relucientes, exactamente como los botocudos del Brasil, o ciertos pueblos de Australia o Africa se agujerean los labios, los cartílagos de la nariz o los lóbulos de las orejas para colgar argollas de madera o de metal, lo cual, a su parecer, les da singular hermosura.

Considerábamos algo primitivos esos procedimientos, pero no habíamos encontrado en tal práctica síntomas de ferocidad, pero puesto que Lombroso nos da nuevas enseñanzas, esperamos que la humanidad se deshaga, no sólo de los que tengan tatuajes, sino también de las que se mandan perforar las orejas o se tiñen el pelo.

También ha tratado Lombroso de determinar un tipo de criminal político, apoyándose en datos no menos fantásticos, pero nos llevaría muy lejos seguirle por ese camino; contentémonos con la crítica del criminalismo propiamente dicho.

Algunos sabios más ilustrados no han tardado en exponer la crítica de las teorías harto caprichosas de la escuela criminalista y han demostrado victoriosamente la escasa consistencia de los supuestos caracteres criminales que querían declararse dominio exclusivo de aquellos a quienes se quería poner ese rótulo.

El doctor Manouvrier, por ejemplo, en su curso de antropología criminal, ha refutado admirablemente las teorías de Lombroso y de la escuela criminalista acerca de los supuestos criminales natos. Después de haber demostrado la falsedad de las observaciones en las cuales se basaban el sabio italiano y sus imitadores para llegar a crear el tipo criminal, tomando por objeto de observaciones individuos deformados ya por la vida carcelaria o una existencia anormal, evidenciaba Manouvrier que los individuos pueden tener tales o cuales aptitudes que los hagan tender a tales o cuales actos, pero que por la conformación de su cerebro o de su esqueleto no están destinados fatalmente a verificar esos actos y a convertirse en criminales. Semejante género de aptitudes lo mismo puede impeler, según las circunstancias, al individuo a un acto honroso que a un acto criminal.

Por ejemplo: una musculatura fuerte puede hacer, en un momento de furor, de un hombre vigoroso un estrangulador, pero también puede convertirse en el guardia que

detenga al criminal; instintos violentos, el desdén del peligro, la indiferencia para dar o recibir la muerte, son vicios del criminal unas veces, y otras las virtudes que se exigen al soldado; un espíritu inclinado al engaño, insinuante, cauteloso, pueden crear al que sólo piensa en armar hurtos y estafas, pero también son cualidades requeridas para ser un gran polizonte, o un excelente juez de instrucción.

Arrastrado por la verdad de su argumentación, no vacilaría el profesor en reconocer que suele ser muy difícil distinguir el supuesto criminal del supuesto hombre honrado; que muchos individuos que andan sueltos deberían estar en la cárcel, y recíprocamente.

Y después de haber reconocido, con los demás sabios, que el hombre no es más que el juguete de todas las circunstancias según cuya resultante obra a cada momento; después de haber negado el libre albedrío, después de haber reconocido que la justicia no es más que una entidad y en realidad la venganza ejercida por la sociedad que sustituye al individuo perjudicado, el profesor se para en el camino, después de haber enunciado bases que se acercan a lo que anhelan los anarquistas, deduce que la penalidad no es bastante fuerte y aun hay que aumentarla. Verdad es que se atrinchera en la conservación social; los actos llamados criminales, dice, quebrantan la sociedad, y ésta tiene derecho a defenderse, sustituyendo a la venganza individual, hiriendo a quienes la molestan con una pena bastante fuerte para quitarle las ganas de reincidir.

¿De dónde procede esa contradicción flagrante entre miras tan amplias y deducciones tan ruines, puesto que demandan la conservación de aquellas cuyo absurdo demostraron las premisas? ¡Ay! De esas contradicciones no tienen la culpa los autores, depende esencialmente de la imperfección humana.

El hombre no es universal; el sabio que se ha entregado apasionadamente al estudio, llega a prodigios de sagacidad en el surco de la ciencia que ha estudiado. De deducción en deducción llega a resolver los más arduos problemas que forman parte del dominio que se propuso cultivar, pero como no ha podido estudiar a un tiempo todas las ciencias, todos los fenómenos sociales, tiene que quedarse rezagado respecto a los progresos de otras ciencias; así es que cuando quiere aplicar los descubrimientos admirables que ha hecho a los demás conceptos humanos suele aplicarlos indebidamente y saca deducciones erróneas de una verdad que ha demostrado.

En efecto, si los antropólogos que han estudiado al hombre, lo han analizado y han llegado a conocer su verdadera naturaleza, hubieran estudiado con tan buen éxito la sociología, y hubieran pasado por el tamiz del razonamiento todas las instituciones sociales que nos rigen, indudablemente habrían sacado deducciones diferentes.

Puesto que han admitido que el hombre obra movido por impulso de influencias exteriores, deben averiguar cuáles son esas causas; estudiando el hombre llamado criminal y sus actos, el estudio de la naturaleza de esto debe imponerse forzosamente a su espíritu y hacerles investigar por qué son antagónicos con las leyes de la sociedad. Ahí se combinan las influencias del medio, las preocupaciones de la educación, la ignorancia relativa de las cuestiones científicas que no han estudiado, para dictarles (sin que ellos se den cuenta) conclusiones tan favorables al orden de cosas existentes, que, aun reconociendo que es malo, aun solicitando mejorar para los desheredados, no conciben nada mejor que la autoridad. Acostumbrados a no moverse más que con el yugo al pescuezo, y hostigados por el látigo del poder, los más independientes quisieran

verse libres de ellos, pero no quieren comprender que la humanidad adelante sin andadores, sin calabozos y sin cadenas.

Si investigamos cuales son los crímenes más antisociales, los más sancionados en el código y los más frecuentes, no tardaremos en ver que, aparte de algunos crímenes pasionales, muy raros, y respecto a los cuales suelen andar acordes jueces y médicos para más indulgencia, los ataques a la propiedad dan el mayor contingente de crímenes y delitos. Entonces se plantea el problema que sólo pueden resolver quienes hayan estudiado bien la sociedad en su naturaleza y efectos. ¿Es justa la propiedad? ¿Puede defenderse una organización que ocasiona tantos crímenes? Si ese régimen lleva consigo tantos actos que son una reacción ineluctable, tiene que ser bien ilógico, han de lesionar muchos intereses, y el pacto social, lejos de haber sido consentido unánime y libremente, ha de estar bien desnaturalizado por la arbitrariedad y la opresión. Eso nos hemos propuesto demostrar en esta obra, y reconocido el vicio fundamental de la organización social, evidenciamos que para destruir los criminales, hay que destruir el estado social que los engendra.

Haced que en la sociedad cada individuo esté seguro de satisfacer todas sus necesidades; que nada ponga trabas a su libre evolución; que en la organización social no haya instituciones de que pueda servirse para sujetar a sus semejantes, y veréis desaparecer los crímenes; si quedaran algunas naturalezas aisladas bastante corrompidas y bastardeadas para cometer algunos de esos crímenes que no tienen más causa que la locura, esos individuos pertenecerían a la ciencia y no al verdugo, ese asesino pagado por la sociedad capitalista y autoritaria.

¿Decís que hacéis la guerra a los ladrones y asesinos? ¿Y qué son el ladrón y el asesino? Diréis que son individuos que quieren vivir sin hacer nada a costa de la sociedad. Pues echad una ojeada a vuestra sociedad y veréis que hormigean en ella los ladrones y los asesinos, y que en lugar de castigarlos, están hechas las leyes para protegerlos. Lejos de castigar la pereza, presenta como ideal y recompensa el placer de no hacer nada a quienes puedan llegar, por cualesquiera medios, a vivir bien sin producir.

Castigáis como ladrón al desdichado que, careciendo de trabajo se expone al presidio para robar el pan que ha de matarle el hambre, pero os quitáis el sombrero delante del acaparador millonario que, con auxilio de sus capitales, se apodera en el mercado de los objetos necesarios para el consumo general, con objeto de revenderlos con una ganancia del cincuenta por ciento; os agrupáis sumisos y humildes en las antesalas del banquero que con una jugada de bolsa arruina a unos cuantos centenares de familias para enriquecerse con sus despojos.

Castigáis al criminal, que para satisfacer sus aficiones a la holganza y a la crápula, ha asesinado a una víctima cualquiera, pero ¿quién le ha inculcado esas aficiones, más que la misma sociedad? Castigáis al que lo hace en pequeño, pero armáis ejércitos para enviarlos allende los mares a hacerlo en grande contra pueblos incapaces de defenderse. A los explotadores que matan, no a uno ni diez individuos, sino que gastan generaciones enteras, quebrantándolas con el trabajo, mermándoles diariamente el salario, llevándolas a la miseria más sórdida, les reserváis vuestras simpatías, y en caso necesario ponéis en sus manos todas las fuerzas de la sociedad. Y la ley, cuyos celosos guardianes sois, cuando los explotados, hartos de sufrir, levantan la cabeza y reclaman un poco más de

pan, algo menos de trabajo, la convertís en humilde servidora de los privilegiados, contra las reclamaciones intempestivas de los harapientos.

Castigáis al imbécil que se deja coger en vuestras redes, pero al que sea bastante listo para romper las mallas, le dejáis en paz. Encarceláis al que roba una manzana al pasar por un huerto, pero ponéis a las órdenes del propietario todas las ruedas de vuestro procedimiento, para permitirle robar al pobre diablo que le debe cincuenta pesetas los muebles que le habían costado cuatrocientas o quinientas, y representan las economías de una parte de su existencia.

Vuestra justicia tiene sobrados rigores para el ladrón desarrapado, pero protege a los que roban a una clase o nación entera. Todas vuestras instituciones existen para garantizar a los poseedores la libre posesión de lo que han quitado a los desposeídos.

Lo que más nos subleva son las formas hipócritas que se emplean para que consideremos como cosa sagrada todas esas payasadas con que rodean los burgueses sus siniestras comedias, y que no tienen valor para declarar francamente.

Mejor dicho, todavía nos subleva más la actitud de todos esos saltimbanquis que, so color de atacar al régimen existente, lo atacan en los hombres que aplican los textos, en la manera de aplicarlos, pero respetan su esencia propia, de modo que se crea que hay muchas maneras de aplicar la ley y que alguna de ellas puede ser buena; que entre los hombres que pueden escalar el poder podrá haberlos bastante honrados o de miras amplias, hombres que encuentren esa manera buena de aplicar la ley a gusto de todos.

Verdaderamente, no sabemos qué admirar más: si la pillería de los que nos cuentan esas vaciedades, o la candidez de quienes siguen respetando esa representación teatral, cuyo peso soportan. Difícil es comprender como, entre esa muchedumbre innumerable de individuos que han pasado por el tamiz de la justicia, no ha habido uno siquiera, bastante libre de preocupaciones para levantar las faldas de alguno de aquellos que le habrán castigado, para demostrar al público que todos esos trabajos sirven para disfrazar hombres sujetos a las mismas debilidades y errores que el resto de la humanidad, sin contar los crímenes inspirados por sus intereses de casta.

Para nosotros los anarquistas que atacamos a la autoridad, la legalidad es una de esas formas hipócritas que debemos atacar más para arrancarle todos los oropeles con que oculta las vergüenzas y las palinodias de los que nos gobiernan.

Demasiado se han respetado esas bufonadas; demasiado han creído los pueblos que esas instituciones emanaban de una esencia superior que, haciéndolas flotar de una esfera etérea, los dejaba cernerse por encima de las pasiones humanas; demasiado se ha creído en la existencia de hombres especiales, de una pasta particular, encargados de distribuir aquí abajo a cada uno, según su mérito y sus obras, aquella justicia ideal que cada cual mira desde un punto de vista, según el lugar que venga, y que ellos han codificado, inspirándose en las ideas más añejas y atrasadas, para proteger la explotación y esclavizamiento de los débiles por los que han sabido crear e imponer su dominio.

Ya es hora de romper con esos absurdos y de atacar con franqueza las instituciones nocivas cuyo objeto es amenguar la personalidad humana; el hombre libre no admite la

pretensión de que haya individuos que se arroguen el derecho de juzgar y condenar a otros individuos. La idea de justicia, como la practican las instituciones actuales, cayó con la de divinidad; una arrastró a otra. La idea de Dios, inspirando a los magistrados el veredicto que hayan de pronunciar, podría hacer aceptar la infabilidad de la justicia de los hombres cuando las masas estaban atrasadas para creer en una existencia ultra-terrestre, en una entidad cualquiera, existente fuera del mando material, ocupado en cuanto pasa en nuestro planeta y regulador de las acciones de todos los individuos que en él habitan.

Pero destruida la creencia en Dios, desapareciendo la fe en lo sobrenatural, cuando no persiste más que la personalidad humana con todos sus defectos y pasiones, esa inviolabilidad y ese carácter supremo que son la esencia de la Divinidad, con los cuales se había revestido la magistratura para sostenerse por encima de la sociedad, deben desaparecer también para dejar que los ojos abiertos sean lo que realmente ocultaban aquellas caretas: la opresión y la explotación de una clase por otra, el fraude y la violencia elevados a la altura de un principio y transformados en instituciones sociales.

La ciencia nos ha ayudado a levantar el velo, nos ha proporcionado las armas que han contribuido a desnudar al coloso; es tarde ya para que pueda retroceder eficazmente y tratar de reconstituir en nombre de la Entidad Sociedad, lo que destruyó con la Entidad Divinidad. Es necesario que los sabios lleguen a eliminar completamente de sí mismos la educación burguesa recibida, y estudien los fenómenos sociales con la misma ansia y el mismo desinterés que aplicaron a los estudios de un conocimiento especial. Cuando ya no estén influidos por consideraciones o preocupaciones extrañas a la ciencia, no pedirán la condena de los criminales, sino la destrucción de un estado social en cuyo seno, por su organización viciosa, puede haber individuos tenidos por honrados y otros llamados criminales.

CAPÍTULO DÉCIMO

Influencia del medio

Hay una verdad que se empieza a reconocer y que adelanta mucho en el mundo científico; la influencia modificadora del medio en los seres organizados, ya no la combaten más que los viejos rezagados de la ciencia oficial.

Se reconoce que el suelo, el clima, los obstáculos o la facilidad para vivir que encuentran los organismos en un continente, tienen en su desarrollo una influencia quizá mayor que las otras leyes con cuyo auxilio se ha querido exclusivamente explicar su adaptación o sus tendencias a la variabilidad.

Respecto al hombre, que se ha considerado como un ser aparte, ha costado más trabajo admitir esa teoría, tanto más cuanto que también él puede transformar el medio en que evoluciona. Pero se ha acabado por reconocer que, semejante a los demás animales, sufría las mismas influencias, y evolucionaba bajo la presión de las mismas causas originales.

Cuando ha sido necesario explicar su evolución moral según las mismas leyes, ha resultado todavía más difícil, y hasta los que niegan el libre albedrío, y reconocen que el hombre no actúa más que impelido por hechos exteriores, ni aun esos aceptan la ley con

todas sus consecuencias, ni buscan las causas en la criminalidad del hombre en toda la organización social, ni piden su transformación.

Los más osados, y son pocos, admitirán en un principio que la organización social es mala, que necesita reformas, que algunas de sus instituciones engendran delitos, pero para ellos es la mala naturaleza del hombre la que necesita un freno para sus pasiones, y sólo puede ser reprimida en la sociedad, aunque sea ésta muy defectuosa.

Para llegar a atenuar la responsabilidad de la sociedad entera, recortan el medio social en varias fajas que bautizan también con el nombre de medios y a los cuales achacan el mal efecto de la influencia producida.

La sociedad (dicen) tal vez deja algo que desear, pero tal como es protege a los débiles contra los malos, garantiza a los individuos el libre ejercicio de su trabajo, les proporciona una protección más segura, más eficaz y más barata que si tuvieran que defenderse por sí mismos.

En una palabra, la consideran como un contrato de seguros mutuos establecido entre los individuos, y si se cometen delitos, tiene la culpa la mala índole del hombre y no la organización social.

Nos quedaremos muy bien al afirmar que el hombre es un modelo de perfecciones; la verdad es que es un animal bastante antipático que, cuando no aplasta a su semejante con el pie, lame los pies del que le aplasta, pero, en suma, no obra el hombre exclusivamente impulsado por malos instintos, y esos hermosos sentimientos de amor, verdad, fraternidad, abnegación y solidaridad, ensalzados por los poetas, las religiones y los moralistas, nos demuestran que si obra a veces movido por sentimientos malos, tiene un fondo de ideal, una necesidad de perfección, y esa necesidad es la que la sociedad comprime, dificultando su desarrollo.

El hombre no se ha hecho a sí mismo, ni física, ni moralmente. Como los demás animales, es el producto de un concurso de circunstancias, de combinaciones y asociación de materia. Ha luchado para desarrollarse y si ha contribuido en gran parte a transformar el medio en que se ha establecido, éste ha influido en sus costumbres, en su manera de vivir, de pensar y de obrar.

El hombre ha establecido la sociedad bajo el imperio de su carácter, de sus pasiones, y, continúa influyendo en su funcionamiento. Pero no olvidemos que el hombre ha seguido evolucionando desde que se establecieron las sociedades, y éstas desde que se organizaron en numerosas agrupaciones, siguen basándose en la autoridad y la propiedad.

Las revoluciones han transformado algo lo accidental; el poder y la propiedad han cambiado de manos, han pasado de una casta a otra; la sociedad no ha dejado de basarse en el antagonismo de los individuos, en la competencia entre sus intereses, y gravita con gran peso sobre el desarrollo de su cerebro.

En el seno de ella vienen al mundo; en el modio que les ofrece adquieren sus primeras nociones, aprenden una porción de preocupaciones y mentiras cuya falsedad tardan siglos de crítica y discusión en conocer; forzoso es, pues, declarar que la influencia del

medio social en el individuo es inmensa, que gravita sobre él con todo el peso de sus instituciones, de la fuerza colectiva de sus miembros y la adquirida por la duración de su existencia, mientras el individuo no cuenta más que con sus fuerzas propias para reaccionar.

La sociedad, que es una primera tentativa de un ensayo de solidarización, debería tender a mejorar a los individuos, a enseñarles a practicar esa solidaridad para la cual se han asociado, a hacerles quererse como hermanos, a llevarlos a la comunidad de bienes, de alegrías, de placeres, de penas, de dolores, de sufrimientos, de trabajo y de producción.

Pues a la sociedad le ha parecido mejor dividirlos en una multitud de castas, que pueden resumirse en dos principales: a un lado gobernantes y poseedores, al otro gobernados y no poseedores.

Para los primeros, goces y plétora; para los segundos' miseria, privación y anemia; de lo cual resulta que ambas categorías son enemigas, y entre ellas se perpetúa una guerra feroz, que no acabará más que con la irremediable esclavitud de los segundos, o la destrucción completa de los primeros, por lo menos como clase y privilegios.

Pero la organización defectuosa y mal comprendida de la sociedad en dos clases distintas, no limita a eso sus perniciosos efectos. Basada en el antagonismo de los intereses, opone en cada clase individuo a individuo; siembra la guerra entre ellos con su institución de la propiedad individual, que obliga a los individuos a atesorar para asegurar su futura existencia, que no puede garantizar la sociedad.

La concurrencia individual es el gran resorte de la sociedad actual; sean cuales fueren el comercio, la profesión, la clase de trabajo a que se dediquen, han de temer la concurrencia de los que escogen el mismo ramo de actividad. Para aumentar sus beneficios, sus probabilidades de buen éxito, y a veces para no hundirse, se ven obligados a especular con la ruina de sus rivales.

Hasta cuando se coaligan entre sí, lo hacen en detrimento de una parte de los de su clase, que, son tributarios de su género de producción.

Establecida sobre esa lucha de individuos, la sociedad ha hecho de cada ser el enemigo de todos; provoca la guerra, el crimen, el robo y todos los delitos que se atribuyen a la mala índole del hombre; cuando no son más que la concurrencia del orden social; defectos que la sociedad contribuye a perpetuar, cuando deberían desaparecer, gracias al influjo de las nuevas nociones morales adquiridas por el hombre.

De esa lucha entre los individuos, resulta que los poseedores se hacen la guerra unos a otros, se dividen y no comprenden su interés de casta, que consistiría en trabajar para garantizar la explotación, evitando y precaviendo cuanto pueda hacer ver claro a los explotados. Esa guerra también les hace cometer una porción de faltas que contribuyen a su decadencia.

Si todos los burgueses estuvieran unidos, no tuviesen intereses particulares y sólo los impulsase el interés de clase, dado el poderío que procede de la posesión de la fortuna, de la autoridad y de los mecanismos administrativos, ejecutivos y coercitivos que constituyen la sociedad actual, dado su desarrollo intelectual, forzosamente superior al

de los trabajadores (a quienes tasan el alimento cerebral como el corporal), la burguesía podría encadenar definitivamente al explotado con los grillos de miseria y dependencia que hoy lo sujetan.

Afortunadamente, la sed de gozar, brillar y adinerar, hace que los burgueses peleen entre sí no menos cruelmente que contra el trabajador. Deseosos de disfrutar, cometen falta sobre falta, los trabajadores acaban por darse cuenta de ellas, conociendo las causas de su miseria, conscientes de la abyección en que se los conserva.

Pero la misma guerra que hay entre burgueses, existe también entre trabajadores, y si la primera compromete la estabilidad del edificio burgués, la segunda asegura su funcionamiento.

Obligados a luchar entre sí, para disputarse las vacantes que les ofrece la burguesía en sus galeras, los trabajadores se consideran mutuamente como enemigos, inclinándose a mirar como bienhechor al que los explota.

Como la burguesía, en pago de su trabajo, les da lo justito para no perecer de hambre, empiezan por tratar como adversario al que va a su obrador a disputarles el puesto que tanto trabajo les cuesta obtener.

Lo escaso de esos puestos les obliga a acentuar más la concurrencia, haciéndoles ofrecerse a menos precio que sus concurrentes, de manera que esa lucha por el pan de cada día, les hace olvidar que sus peores enemigos son los amos.

Porque la burguesía, verdaderamente fuerte por la fortuna, la supremacía intelectual y la posesión de las fuerzas gubernativas, es al fin y al cabo una ínfima minoría, comparada con la masa de los trabajadores; no tardaría en capitular ante el número, si no hubiera dado con el medio de dividirlos y hacerles contribuir a la defensa de sus privilegios.

Todo eso nos indica que en realidad el hombre no es un ángel ni mucho menos; ha sido una bestia en la más completa decepción de la palabra. Cuando se organizó como sociedad, basó ésta en sus instintos de lucha y dominación y por eso está tan mal construida.

Pero la Sociedad sigue siendo mala; su autoridad permanece en manos de una minoría, ésta la aprovecha y cuanto más se desarrolla la sociedad, más tiende a acrecentarse esa concentración del poder en algunas manos, y a desarrollar los malos efectos de la institución nefasta.

En cambio, el hombre, según se desarrolla su cerebro y crece la facilidad de adquirir medios de existencia, ha sentido nacer en él el sentimiento de solidaridad al cual había obedecido al agruparse; ese sentimiento se ha convertido en necesidad tal, que las religiones lo han llevado al extremo inclinándolo al sacrificio, predicando la caridad y la abnegación encontrando en él nuevo medio de explotar.

¡Cuántos sueños de organización social, de planes de vida para la humanidad ha creado la necesidad de vivir armónicamente con los semejantes! Pero la sociedad ha sofocado con todo su peso los buenos instintos del hombre, reavivando su salvaje egoísmo primitivo, obligándole a considerar a los demás individuos como a otros tantos

enemigos que tenía que derribar para no ser derribado; acostumbrándole a mirar con los ojos secos a los que desaparecían triturados por los monstruosos engranajes del mecanismo social, sin poder ayudarles, so pena de verse también cogido por esas fauces insaciables que devoran principalmente a los buenos, a los cándidos que no saben resistir a sus sentimientos humanitarios, sin dejar de sobrevivir más que a los astutos que empujan a los demás para no caer ellos.

Se declama contra los holgazanes, contra los ladrones y los asesinos, se invoca la maldad fundamental del hombre y no se ve que esos vicios desaparecerían, sino los conservara y desarrollara la organización social.

¿Cómo se quiere que el hombre sea trabajador, cuando en la organización que nos rige el trabajo se considera degradante y reservado a los parias de la sociedad, y por la codicia de los que lo explotan se ha convertido en esclavitud y suplicio?

Cómo no ha de haber perezosos cuando el ideal, el objetivo para todo individuo que quiere elevarse, consiste en juntar por cualquier medio bastante dinero para vivir sin trabajar y haciendo trabajar al prójimo? Cuanto mayor sea el número de esclavos que el individuo llegue a explotar, más elevada es su situación, más respeto se le tributa, y mayor es la cantidad de goces que disfruta.

Se ha establecido una jerarquía en la Sociedad haciendo que lo más alto de la escala social, considerado como recompensa al mérito, a la inteligencia y al trabajo, se reserve justamente a quienes nunca han hecho nada por sí mismos.

Los que por una u otra razón se han encaramado hasta esa cima, comen, beben y gozan sin haber trabajado, ofrecen el espectáculo de su holgazanería y de sus goces a los explotados que, al pie de la escalera, sudan, penan y producen para aquéllos, sin recibir, en cambio, más que lo justo para no morir de hambre, sin esperanza de salir de su situación más que por casualidad. ¡Y asombra que los individuos tengan tendencias a la holganza! Lo que a nosotros nos asombra es que haya gente tan bestia que trabaje.

Ante el ejemplo que les ofrece la Sociedad, el ideal de los individuos no puede ser otro que llegar a hacer trabajar a los demás, explotarlos para no ser explotados. Y cuando faltan los medios para explotar legalmente su trabajo, se buscan otras combinaciones. El Comercio y la banca son medios, también lícitos, aceptados por la ley como muy beneficiosos cuando se especula en grande, pero a los cuales se suman, cuando hay que especular en pequeño, procedimientos que permiten sortear el código. El fraude y el engaño son auxiliares muy útiles que permiten decuplicar las ganancias.

Para los que no pueden actuar en esas condiciones hay otro recurso: la explotación de la credulidad humana, la estafa y otros medios análogos, o el robo brutal y el asesinato. Según los recursos de que se dispone, el medio en que se ha crecido, se emplea uno de los sistemas que acabamos de enumerar, o se combinan, para escapar el mayor tiempo posible de las severidades del código, que se supone que defiende a la Sociedad.

Miseria y padecer: eso les ha tocado a los trabajadores; goces y ociosidad a quienes por fuerza, astucia o derecho de nacimiento se han convertido en parásitos de aquéllos.

¿Y la solidaridad? ¿Cómo no se han de destrozar mutuamente los individuos, cuando no saben si comerán al día siguiente ellos y sus hijos, si su concurrente alcanza en el taller el lugar que ellos codician?

¿Cómo queréis que sean solidarios cuando piensan que el bocado de pan que dan a veces a un mendigo podría hacerles falta alguna vez? ¿Cómo han de pensar en la solidaridad, obligados a luchar para ganar el pan de cada día, si hay una porción de goces que serán siempre inaccesibles para ellos?

Tal vez sea esa necesidad del tacto de codos para la lucha, la que los ha aproximado y poco a poco ha transformado ese sentimiento en necesidad de amar al prójimo; sea de ello lo que fuere, a la sociedad hay que achacar la responsabilidad de la supervivencia de la guerra entre individuos y de las animosidades que de ella se derivan.

¿Cómo queréis que el hombre no desee el mal, Cuando sabe que la desaparición de tal o cual individuo le hará subir un peldaño, y la de otro será una probabilidad de obtener un puesto deseado, a eliminación de un rival peligroso?

¿Cómo ha de resistir el individuo a las excitaciones de su mala índole, cuanto sabe que lo malo para el vecino es lo bueno para él?

Decís que el hombre es malo y nosotros decimos que ha de tener tendencias reales al bien para que la sociedad no ande peor, para que no sean más frecuentes los crímenes y los siniestros.

A pesar de todas esas excitaciones del medio al mal, el hombre ha podido desarrollar aspiraciones de solidaridad, armonía y justicia, y esos buenos sentimientos han sido explotados por los que de él viven. Esos sueños de felicidad, esas tendencias a mejorar han hecho surgir toda una clase de parásitos que han especulado sobre esas aspiraciones de los individuos prometiéndoles realizarlas.

Es más; esos buenos sentimientos han sido castigados como subversivos del orden social, y a pesar de todo, la humanidad tiende a realizarlos. ¡Y aún hay quien habla de la mala índole del hombre!

Los buenos sentimientos humanos, las aspiraciones de libertad, de justicia, han sido perseguidos y castigados, porque los que habían logrado desprenderse del egoísmo feroz y mezquino que contribuye a eternizar la sociedad actual, empezaron a soñar una era de goces y armonía general, preguntándose cómo sería que, constituida la sociedad para ventura de todos, no sirviera más que para garantizar los privilegios de unos pocos.

Hubo que deducir que la sociedad estaba mal organizada, que las instituciones eran viciosas, que debían desaparecer para que surgiera otra organización más racional y equitativa. Pero, como los que gozan no quieren abandonar sus privilegios han prohibido por subversivas esas aspiraciones y de ahí han procedido nuevas luchas, nuevas causas para desarrollar los malos instintos.

Sentada la influencia nefasta de la sociedad en la moralidad del individuo, fácil es suprimir los malos instintos y desarrollar los buenos.

Vuestra sociedad, basada en el antagonismo de los intereses, produjo la lucha entre individuos, procreó la bestia dañina llamada hombre civilizado; buscad una organización contraria, basada en la más estrecha solidaridad.

Haced que los intereses individuales no estén en pugna unos con otros, ni sean contrarios al interés general. Haced que el bienestar particular proceda de la prosperidad general o la produzca. Haced que para vivir y gozar los individuos, no tengan que temer la concurrencia de sus semejantes, sino que, asociando sus fuerzas y aspiraciones, ganen todos, y sus asociaciones no puedan causar detrimento a las agrupaciones vecinas.

Si hay perezosos, haced atractivo el trabajo. En lugar de condenar al trabajo a una escasa minoría de la sociedad, para la cual es un suplicio, suprimid todos los mecanismos y empleos inútiles y organizad vuestra sociedad de modo que cada cual se vea guiado por la fuerza de las cosas, y no por una autoridad cualquiera, a cooperar a la producción general. Haced útil y necesario el trabajo, convirtiéndolo de tortura en ejercicio higiénico.

Con la actual organización social cosecháis guerras, crímenes, robos, fraudes y miseria, que son el resultado de la apropiación individual y de la autoridad; se nota en ello la influencia del medio.

Si queréis una sociedad donde reine la confianza, la solidaridad y el bienestar para todos, fundadla en la Libertad, la Reciprocidad y la Igualdad.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

La patria

La familia, la religión, la propiedad, la autoridad se han ido desprendiendo lentamente de las aspiraciones humanas, y se han definido de un modo gradual, pero según se precisaban sus ideas y determinaban sus aspiraciones, se convertían en el núcleo de una evolución, que al crecer las hacía concentrarse más en sí mismas y las transformaba gradualmente en castas distintas, con sus atribuciones y privilegios cada cual.

No fue la casta militar la última en formarse, en desarrollarse y en adquirir preponderancia en todas partes, porque donde se vio obligada a dejar la delantera a la casta sacerdotal, no le cedió más que una preeminencia honorífica; ella era, en el fondo, la que podía garantizar con su auxilio la estabilidad del poder en las manos que lo manejaban. Ella proporcionaba los jefes nominales o efectivos en quienes se resumía la omnipotencia de las castas.

En todo aquel conflicto de intereses la idea de Patria tenía poca importancia. Se combatía de grupo a grupo, de tribu a tribu, y en los tiempos históricos de ciudad a ciudad; algunos pueblos trataron de sojuzgar a otros; se empezaron a distinguir naciones, pero la idea de Patria era aún indecisa y vaga; hay que llegar a los tiempos modernos para que esa idea se determine, se formule y sobreponga su autoridad a la de los reyes, sacerdotes y guerreros que llegan a ser servidores de la Entidad Patria, sacerdotes de la nueva religión.

En Francia se revivió la idea de Patria con la de Ley, y en todo su poderío, en 1789. Fue la idea genial de la burguesía sustituir la autoridad del Derecho Divino con la de la nación, presentársela a todos los trabajadores como síntesis de todos los derechos, y llevarlos a defender el nuevo orden de cosas dándoles la creencia de que luchaban por la defensa de sus propios derechos.

Bueno es hacer notar que la idea de la Patria, la Nación, como se decía, resumía más bien el conjunto del pueblo, de sus derechos e instituciones que el terreno. Poco a poco, y por influencia de causas ulteriores, se ha empequeñecido la idea de Patria hasta el punto de adquirir el sentido estrecho que hoy se enseña, del amor al terruño, sin referirse a los que lo habitan ni a las instituciones que en él funcionan.

Pero sea cual fuere la idea que se forme cada cual de la Patria, la burguesía estaba demasiado interesada en cultivarla para que no tratase de desarrollarla en el cerebro de los individuos y a convertirla en una religión, con cuya ayuda sostuviera su discutida autoridad. De todos modos, la defensa del suelo era un pretexto excelente para conservar el ejército, garantía de sus privilegios, y el interés colectivo, un invencible argumento para obligar a los trabajadores a contribuir a la defensa de los privilegios susodichos. Afortunadamente, el espíritu de crítica se desarrolla y extiende todos los días, el hombre ya no se contenta con palabras, y quiere saber lo que significan; si no lo consigue al primer vuelo, su memoria sabe almacenar hechos, deducir sus consecuencias y sacar de ellos una conclusión lógica.

¿Qué representa la palabra Patria fuera del afecto natural que se siente por la familia y los deudos y de la afición originada por la costumbre de vivir en el suelo natal? Nada, menos que nada para la mayoría de los que van a perecer en guerra, cuyas causas ignoran y cuyas costas pagan, como trabajadores y como combatientes. Dichosas o desastrosas las guerras, nada cambiarán su situación; vencedores o vencidos, serán siempre el rebaño explotable y sumiso que la burguesía domina.

Si atendemos al sentido que le dan los que más hablan de ella, la patria es el suelo, el territorio perteneciente al Estado del cual se es súbdito. Pero los Estados no tienen más que límites arbitrarios; su deslinde suele depender del resultado de las batallas; los grupos políticos, como existen hoy, no siempre han estado constituidos del mismo modo, y mañana, si quieren los que nos explotan hacer la guerra, la suerte de otra batalla podrá poner una porción del país bajo el yugo de otra nacionalidad. Siempre ha ocurrido lo mismo. A consecuencia de las guerras, las naciones se han apropiado y luego han perdido o recuperado las provincias que separaban sus fronteras, de lo cual se sigue que el patriotismo de esas provincias, tan traídas y llevadas, consistía en batirse ya bajo una bandera, ya bajo otra, en matar a los aliados de la víspera, en luchar a favor de los enemigos del día siguiente. Primera prueba de lo absurdo del patriotismo.

Además, ¿hay algo tan arbitrario cómo las fronteras? ¿Por qué razón los hombres colocados más acá de una línea ficticia, pertenecen más bien a una nación que los colocados más allá? Lo arbitrario de estas distinciones es tan evidente que hoy se apela al espíritu de raza para justificar la división de los pueblos en distintas naciones. Pero tampoco esa distinción no tiene valor alguno, ni reposa en fundamento serio, porque cada nación no es más que una amalgama de razas diferentes unas de otras, y eso dejando aparte las mezclas y cruzamientos que imponen diariamente las relaciones entre naciones, cada vez más desarrolladas y más íntimas.

Por ese sistema, más lógicas eran las antiguas divisiones de Francia en provincias, porque tenían en cuenta las diferencias étnicas de las gentes que las poblaban. Pero hoy, ni siquiera esa consideración tendría valor ninguno, porque la raza humana adelanta hacia su unificación, y la absorción de las variedades que la dividen, para que no subsistan más que las diferencias de medio y clima, son demasiado profundas para modificarse por completo.

Mayor todavía es la inconsecuencia para la mayoría de los que así van a matarse, sin ningún motivo de aborrecimiento, contra el enemigo, cuando ese suelo que van a defender o conquistar no les pertenece ni será suyo nunca. El suelo pertenece a una minoría de gozadores, que libres de todo riesgo, se calientan tranquilamente en su hogar, mientras los trabajadores van a perder la vida neciamente, y cogen como estúpidos las armas, para arrancar a otros el suelo que a sus dueños les servirá para explotarlos más todavía.

Hemos visto que la propiedad no pertenece a los que la poseen; el robo, el pillaje y el asesinato, disfrazados con los pomposos nombres de conquistas, colonización, civilización y patriotismo, no han sido los factores menos importantes para ello. No repetiremos lo que hemos dicho sobre su formación, pero si los trabajadores fueran lógicos, en vez de ir a batirse para defender la patria de los demás, empezarían por deshacerse de quienes los mandan y los explotan, invitarían a todos los trabajadores de cualquier nacionalidad a hacer lo mismo, y se unirían para producir y consumir a su gusto.

La tierra es bastante grande para alimentar a todos los hombres; ni la falta de sitio, ni la escasez de víveres han producido esas guerras sangrientas en que perecen millares de hombres para mayor gloria y provecho de unos cuantos; al contrario, esas guerras inicuas, suscitadas por las necesidades de los gobernantes, las rivalidades de los ambiciosos y la concurrencia comercial de los grandes capitales, son las que han distribuido a los pueblos en naciones distintas, y produjeron en la Edad Media aquellas hambres y pestes que acababan con lo que había quedado de las guerras.

Ahora intervienen los burgueses, y con ellos los patriotas papanatas, exclamando: Pero si nos quedamos sin ejército, las demás naciones vendrán a ponernos la ley, a destruirnos, a imponernos condiciones más duras que las que ahora soportamos. Algunos llegan a decir, creyendo que no defienden el patriotismo: Nosotros no somos patriotas; reconocemos que la propiedad está mal repartida y que hay que transformar la sociedad, pero es necesario conocer que Francia va a la cabeza del Progreso, y que consentir su desmembramiento, sería permitir un retroceso y perder el fruto de pasadas luchas, porque, vencida por una potencia despótica, desaparecerían nuestras libertades.

No pensamos trazar aquí la línea de conducta que deberían seguir en caso de guerra los anarquistas. Dependerá esa conducta de las circunstancias, del estado de los espíritus y de una multitud de cosas que no es posible prever; no queremos tratar este asunto, más que desde el punto de vista lógico, y la lógica nos responde que, como las guerras no se emprenden más que para beneficiar a los explotadores, no debemos tomar parte en ellas.

Hemos visto que, venga de donde venga la autoridad, el que la soporta es siempre esclavo; la historia del proletariado nos demuestra que a los gobiernos nacionales no les

importa fusilar a sus súbditos, cuando éstos reivindican algunas libertades. ¿Qué más podrían hacer los explotadores extranjeros? Nuestro enemigo es nuestro amo, sea cual fuere su nacionalidad.

Sea cual fuere el pretexto con que adorna o disfraza una declaración de guerra, no puede haber en su fondo más que un problema de interés burgués; disputas por preeminencias políticas, tratados comerciales o de anexión de países coloniales, son ventajas para los privilegiados, gobernantes, comerciantes e industriales, que son los que ganan con ello. Los republicanos actuales nos hacen mucha gracia cuando nos felicitan porque las guerras no se hacen hoy por intereses dinásticos, porque la República ha sustituido a los Reyes. El interés de casta ha sustituido al interés dinástico, y nada más. ¡Bastante le importa eso al trabajador!

Vencedores o vencidos, seguiremos pagando la contribución, reventando de hambre en tiempo de paro; el arroyo y el hospital seguirán siendo el refugio de nuestra vejez, y los burgueses querrán que nos intereseamos por sus contiendas. ¿Qué ganamos en ellas?

Temer una situación peor, la interrupción del progreso, en caso que desapareciera una nación, es no darse cuenta de lo que son las relaciones internacionales actualmente, y la difusión de las ideas. Hoy se podría dividir una nación, desmembrarla, arrebatarle su nombre, pero no se conseguirá, a menos de exterminarla completamente, transformar su fondo propio que es la diversidad de caracteres, de temperamentos, la misma naturaleza de las razas componentes. Y si la guerra se declarase, todas esas libertades reales o supuestas que se nos atribuyen, no tardarían en quedar suspendidas, amordazada la propaganda socialista, entregada la autoridad al poder militar, y nada tendríamos que envidiar al más completo absolutismo.

Por lo tanto, la guerra no puede producir nada bueno para el trabajador; ningún interés tenemos en ella, nada que defender más que nuestro pellejo; pues defendámoslo mejor no exponiéndonos neciamente a que lo agujereen, para mayor ganancia. de quienes nos explotan y gobiernan.

Los burgueses están interesados en la guerra, que les permite conservar las armas con que dominan al pueblo y defienden sus instituciones; con ella imponen los productos de su industria, a cañonazos abren nuevas salidas, ellos solos cubren los empréstitos que la guerra necesita y cuyas costas paga el trabajador. Bátanse, pues, los burgueses, si quieren, que a nosotros nada nos importa. Además, rebelémonos de una vez, pongamos en peligro la existencia de los privilegios burgueses, y no tardaremos en verlos (aunque nos predican el patriotismo) acudir al auxilio de los ejércitos de sus congéneres alemanes, rusos o de otra cualquier parte. Son como Voltaire: no creía en Dios, pero la religión le parecía necesaria para el pueblo bajo; ellos tienen fronteras para sus esclavos, pero se burlan de ellas cuando conviene a sus intereses.

No hay patria para el hombre verdaderamente digna de tal nombre, o a lo menos no hay más que una: aquella en que lucha por el derecho, aquella en que vive, donde tiene sus afectos, pero puede extenderse a toda la tierra. La humanidad no es un casillero en que cada pueblo ocupa un lugar, considerando a los otros como enemigos; para el individuo completo todos los hombres son hermanos y tienen el mismo derecho a vivir y evolucionar a su gusto en esta tierra, bastante grande y fecunda para alimentar a todos.

Pero vuestras patrias convencionales, nada les importan a los trabajadores, que nada tienen que defender; por consiguiente, sea cual fuere el lado de la frontera al cual les ha hecho nacer el acaso, no deben tenerse ningún motivo de odio mutuo; en vez de seguir matándose mutuamente, como hasta ahora han hecho, deben tenderse las manos por encima de las fronteras y aunar todos sus esfuerzos para hacer la guerra a sus verdaderos y únicos enemigos: la Autoridad y el Capital.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

El patriotismo de las clases directoras

Hemos demostrado que la patria no es más que una palabra sonora destinada a guiar a los trabajadores a defender un orden de cosas que los oprime; ahora veremos si el amor a la patria, ese sentimiento sagrado, ese cariño al suelo que todo individuo lleva en sí al nacer, está tan profundamente arraigado en los que la proclaman, si depende de causas puramente subjetivas como en los trabajadores, o a causas puramente materiales, a vulgares preocupaciones de interés mercantil. Iremos a buscar en los escritos publicados por ellos y para ellos el fondo de su pensamiento, que es edificante.

Si les oímos, cuando se dirigen a los trabajadores, nada hay tan sagrado como la patria; todo ciudadano ha de sacrificar su existencia y su libertad para defender el territorio; según ellos, la patria representa el interés general en grado superlativo; sacrificarse por ella es sacrificarse por los suyos y por sí mismo.

No tenemos más que estudiar sus tratados de economía política para demostrar que mienten, para ver que todas esas frases retumbantes y esos sentimientos de que alardean, no son más que engaños para los tontos que se dejan alucinar, caretas que se quitan en la intimidad.

Ved lo que dice uno de sus doctores políticos cuya autoridad se reconoce oficialmente.

Lo que sostiene artificialmente el estado de guerra entre los pueblos civilizados, es el interés de las clases gobernantes, es la preponderancia que conservan y que precisamente deben a la continuación del estado de guerra. (G. Molinari, La evolución política en el siglo XIX, Journal des économistes, pág. 71).

Según se ve, la cosa está clara y nuestros buenos burgueses, que tanto declaman contra esos odiosos anarquistas (que tienen la audacia de demostrar a los trabajadores que su interés es antagónico al de la clase burguesa), no dejan de definir ese antagonismo a fin de garantizar su sistema gubernamental.

Frase más típica todavía:

No faltan motivos o pretextos con el nuevo régimen, como no faltaban con el antiguo, pero con uno o con otro, el verdadero móvil de toda guerra es siempre el interés de la clase o partido que posee el gobierno, interés que no debe confundirse con el de la nación, o la masa de consumidores políticos; porque la nación gobernada estará tan interesada en conservar la paz, como la clase o el partido gobernante en que continúe el estado de guerra. (Idem, pág. 70).

El mismo nos dirá lo siguiente, respecto a las ventajas que encuentra la clase gobernante en que continúe el estado de guerra.

«La guerra exterior implica la paz interior, es decir, un período de gobierno fácil durante el cual la oposición está reducida al silencio so pena de ser acusada de complicidad con el enemigo. Nada es más de desear, sobre todo cuando la oposición es molesta y sus fuerzas se equilibran casi con las del gobierno. Verdaderamente, si la guerra es adversa, implica necesariamente la caída del partido que la emprendió. En cambio si es afortunada, y no se la emprende más que cuando hay probabilidades favorables, el partido que la cometió adquiere durante algún tiempo una asombrosa superioridad. Muchos motivos son estos, sin hablar de las ganancias menudas proporcionadas por la guerra, para que no se deje escapar ninguna ocasión favorable para declararla. (Idem, pág. 63).

Veamos ahora la enumeración de las ganancias menudas:

Hasta ahora, las clases inferiores, aquellas, cuya influencia es menor, han solido proporcionar los soldados rasos. Las clases acomodadas se libraban de ello con un sacrificio metálico y ese sacrificio metálico, muy módico generalmente, se compensaba sobradamente por la ventaja que el estado de guerra ofrecía a sus miembros, a los cuales confería el monopolio de los empleos retribuidos del ejército, la obligación de pasar por las escuelas militares, cuya entrada era imposible de hecho para las clases pobres. Por último, si la guerra es cruel para los quintos, que son, según la enérgica expresión popular, carne de cañón, la salida de esos, arrebatados a los trabajos del campo o del taller, disminuyendo la oferta de brazos, eleva los salarios y atenúa así los horrores de la guerra para los que se libran del servicio militar. (Idem, pág. 68).

¿Es categórico lo copiado? Ya se ve que el amor sagrado a la entidad Patria no es más que el amor a la explotación o a las ganancias menudas, pero la confusión es completa; responde victoriosamente a los que pudieran objetar que los gobernantes tienen que contar con la opinión pública, que una guerra puede ser justa y obtener el asentimiento general; que se hace mal en reclamar contra la guerra, porque puede haber casos en que los gobernantes se vean arrastrados a ella contra su voluntad; que además la guerra es un resultado del actual orden social; que se puede deplorar su necesidad, pero hay que tolerarla. Sigamos citando:

Sean cuales fueren el poderío de los hombres que deciden la paz o la guerra, y la influencia de la clase a la cual pertenece el Estado Mayor de la política, administradora o militar, están obligados a contar, como queda dicho, hasta cierto punto, con la masa mucho más numerosa cuyos intereses están empleados en las distintas ramas de producción, para las cuales la guerra es nociva; demuestra, sin embargo, la experiencia, que la fuerza de resistencia de ese elemento pacífico nunca es proporcional a su masa. La inmensa mayoría de los hombres que la componen es completamente ignorante, y lo más fácil del mundo es excitar sus pasiones y extraviarla respecto a sus intereses. La minoría ilustrada es poco numerosa y además no tiene medios para hacer prevalecer su opinión frente a la potente organización del Estado centralizado. (Idem, pág. 68).

Así pues, nuestros burgueses no ocultan que no ven en la guerra más que un medio de seguir explotando a los trabajadores; las matanzas que organizan les sirven para deshacerse de lo que sobra en los mercados; para ellos, los ejércitos no se han

organizado más que con objeto de dar empleos y grados a aquellos que no les dejan parar con solicitudes; para ellos, esas guerras que llaman pomposamente nacionales, haciendo vibrar al oído de los cándidos las grandes frases huecas de patria, patriotismo, honor nacional, etc., no son más que pretextos para ganancias menudas.

Guerras de ganancias menudas son esas que se emprenden en nombre de la patria y de la civilización, porque ahora que el patriotismo empieza a decrecer, esta moda apela a esa palabra nueva para arrojar a los trabajadores contra las poblaciones inofensivas que se quieren explotar y cuyo único delito es haber llegado demasiado tarde al grado de desarrollo de lo que se ha convenido en llamar civilización actual.

Diciendo que es para castigar un grupo de saqueadores imaginarios y afirmar la preponderancia nacional se emprenden guerras como la expedición de Tunez, cuando su objeto verdadero es abrir un país nuevo a sucias operaciones financieras de algunos agiotistas sospechosos. Si para dejar el campo libre a esos piratas de la alta banca se gasta en armamentos el dinero que el impuesto arranca al trabajador; para realizar ganancias menudas con las plazas que se citan en los países conquistados, se abren a cañonazos esas salidas nuevas que permiten a la burguesía colocar a unas cuantas inutilidades, se esteriliza toda una juventud robusta, se envía a una muchedumbre de jóvenes a perecer en un clima mortífero o a combatir con gente que al fin y al cabo están en su casa y defienden lo que les pertenece.

Guerras de ganancias menudas son esas expediciones al Senegal, al Tonkin, al Congo o Madagascar, siempre entendidas en nombre de una civilización que nada tiene que ver con tales expediciones, las cuales no son más que bandolerismo liso y llano. Se ensalza el patriotismo propio y se fusila y degüella, llamándoles bandidos y piratas, a quienes no cometen más delito que defender el terreno en que viven, o rebelarse contra los que se han hecho dueños de un país para explotarlos y esclavizarlos.

Volveremos sobre este punto, cuando tratemos de la colonización; limitémonos por ahora al patriotismo de los directores. Los últimos acontecimientos se han presentado en toda su asquerosa desnudez. Nuestros secretos de armamento y defensa entregados con la complicidad de empleados en las oficinas de guerra; los chanchullos más descarados descubiertos en esa sima de millones, en perjuicio del bolsillo de los contribuyentes y de la seguridad del país. El gobierno, en vez de perseguir a los culpables, tratando de taparlos, y echando tierra encima de tan vergonzosa suciedad. Vemos a los grandes industriales, metalurgistas, -diputados en su mayoría, que dan los mejores empleos de sus casas a exmilitares- convertirse en proveedores de armas, cañones, buques blindados, pólvora y otros explosivos, de las naciones extranjeras, y entregándoles artefactos nuevos, sin que les importe que sirvan algún día contra nuestro ejército y para destruir a nuestros compatriotas, a quienes enviarán a exponer el pellejo en la frontera. La elevada gavilla internacional de banqueros judíos y cristianos es la que posee nuestros ferrocarriles, la llave de nuestros arsenales y el monopolio de los aprovisionamientos. No nos habléis de vuestros patriotismos burgueses. Si pudierais hacer pedazos el país y venderlo por acciones, no tardaríais en hacerlo.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

El militarismo

No se puede hablar de patria y patriotismo, sin tocar la espantosa llaga de la humanidad llamada militarismo.

Estudiando los orígenes de la humanidad y la marcha de su evolución, hemos visto que la casta guerrera fue una de las primeras que se constituyeron, afirmando su autoridad sobre los otros miembros del clan o de la tribu. Algo más adelante, la casta se dividió en jefes y guerreros, como el primer paso había dividido la tribu en guerreros y no guerreros; al principio, todos los miembros del clan debían ser guerreros cuando fuera necesario.

Ignoramos si la humanidad siguió regularmente esa marcha progresiva, es decir, si ha pasado sucesivamente por los tres estados de caza, pesca y agricultura. Es indudable que la recolección de plantas o frutos silvestres, la caza o la pesca fue lo primero a que se dedicó. No es tan fácil averiguar si pasó de aquel estado al pastoral, y luego al agrícola tan seguidamente como se pasa de una asignatura a otra en bachillerato.

Más bien creemos que esas diferentes maneras de buscar el alimento se debieron de combinar según los recursos de la región. Habrá habido pueblos cazadores que continuaran viviendo principalmente de la caza, después de haber encontrado el medio de cultivar cualquier planta alimenticia, antes de tener animales domésticos.

Lo cierto es que la casta guerrera ha sabido conservar su preponderancia y gran parte del poder, hasta cuando ha tenido que compartirlo, y sigue siendo el más firme sostén de los que lo han ocupado.

Mientras fue casta cerrada, que se reclutaba en su propio seno, y hacía la guerra por su cuenta, la población padecía mucho con sus depredaciones, porque el hombre de armas no era corto para quitar al aldeano lo que le parecía. Pero pagado el diezmo, cuando no había tropas ni fortaleza cerca de él, el villano podía descansar algo; de todos modos, no estaba obligado a dedicar los mejores años de su vida a reforzar los batallones de sus explotadores.

Llegó, sin embargo, una época en que los señores empezaron a armar a los villanos de sus tierras, en casos urgentes. Atrajeron luego, con premios o estratagemas, a aquellos a quienes se quería alistar en los ejércitos reales, pero estaba reservado a la burguesía encargar por completo a sus esclavos la misión de defenderla. Ella es la que ha perfeccionado el sistema, obligando a los trabajadores a sacrificar cierta parte de su juventud en defensa de sus amos. Pero como había sido peligroso darles armas y decirles: Defiéndeme mientras disfruto, inventó la burguesía el culto de la patria.

Apoyada en esa mentira ha podido conseguir que los trabajadores sufrieran mucho tiempo sin discutir, esa contribución de sangre; apoyada en ese sofisma ha podido arrebatar a varias generaciones la porción más fuerte y sana de su juventud, enviarla a pudrirse moral y físicamente en los presidios llamados cuarteles, sin que nadie pensara en protestar, sin que se levantara una voz para preguntar con qué derecho se pedía a los

individuos que se convirtieran, durante tres, cinco o siete años en autómatas, máquinas de matar y carne de cañón.

Sin embargo, hubo protestas; la desertión nació con la institución de los ejércitos permanentes, pero aquellos actos no solían ser razonados; el desertor no apelaba al estricto derecho individual, obedecía a repugnancias personales que no se analizaban siquiera.

Las protestas que se elevaban en la literatura contra la guerra y el militarismo, solían no ser más que explosiones de sentimiento, no apoyadas en deducciones lógicas basadas en la naturaleza humana y el derecho individual.

¡El ejército! ¡La patria! La burguesía y los escritores turiferarios suyos habían entonado tantas alabanzas en su honor, habían amontonado tanto sofisma, tanta mentira en su favor, habían conseguido adornarlos con tan bellas cualidades, que nadie se atrevía a poner en duda las cualidades susodichas; se aseguraba que el ejército era el depósito de todas las virtudes cívicas. No había novela donde no se encontrara el tipo del soldado viejo, modelo de lealtad y probidad, adictos a su general, del cual había sido asistente, siguiéndole en todas las peripecias de su vida, ayudándole a vencer los lazos que le tendían enemigos invisibles, y por último, dando su vida para salvar la de sus amos, o salvando al huérfano, ocultándole y criándole para hacer de él un héroe y proporcionarle medios de recuperar la fortuna que le habían robado los enemigos de su familia.

Hay que ver cómo analizaban los poetas la bravura de los valientes soldados; el honor militar la abnegación, la fidelidad, la lealtad, eran sus menores virtudes. Ha sido necesario que la burguesía cometiera la enorme torpeza de obligar a todos los individuos a pasar cierto tiempo en el servicio para que se viera que debajo de los brillantes oropeles con que literatos y poetas habían cubierto el ídolo, no había más que infamia y podredumbre.

Mientras los trabajadores fueron los únicos que sacrificaron su juventud y se embrutecieron en el cuartel, mientras el público no conoció del ejército más que su presentación escénica, el brillo del metal, el redoble de sus tambores, el oro de sus entorchados, el ondear de las banderas, el estrépito de las armas, toda la apoteosis con que se le rodea al mostrarlo al pueblo, literatos y poetas contribuyeron en sus obras a ampliar esa apoteosis, a rendir su tributo de mentiras a la glorificación del monstruo.

Pero en cuanto, establecido el servicio obligatorio, han tenido que estudiar de cerca la institución, cuando han tenido que doblarse a la embrutecedora disciplina, cuando han tenido que soportar las voces y las groserías de los que llevan a galones, desapareció el respeto; han empezado a desenmascarar al infame, han soplado encima de las virtudes con que sus antecesores le habían adornado, y el soldado (sin excluir al oficial) ha empezado a presentarse al público con su verdadero aspecto: el de una bestia alcoholizada, el de una máquina inconsciente.

Hay que haber pasado por aquel infierno para comprender lo que ha de padecer en él un hombre de corazón, hay que haber gastado uniforme para comprender las bajas e idiotismos que tapa.

En cuanto estés alistado, ya no eres un hombre, sino un autómatas obligado a obedecer ciegamente al que manda. Tienes un fusil en la mano, pero has de sufrir sin rechistar las groserías del superior, que desahoga en ti su mal humor o los vapores del alcohol que ha absorbido. Un ademán o una palabra puedes pagarlo con la vida o con muchos años de libertad. Ya cuidarán de leerte la ordenanza, cuyo estribillo: pena de la vida, retumbará en tu cerebro cuantas veces surjan en tu cráneo instintos de rebelión.

Lo que más exaspera son las mil y una minucias del oficio, las nimiedades y chinchorrerías del reglamento. Y el superior que te tenga mala voluntad o que, sin tenértela, sea una bestia inconsciente, tendrá cincuenta ocasiones al día para ponerte faltas, para hacerte sufrir todas las vejaciones con que su brutalidad quiera molestarte. Al pasar revista, si el correa no está muy limpio, o un botón está mal cosido, o no te has puesto los tirantes, te armará un escándalo o te mandará al calabozo; te registrarán hasta más no poder, desabrochándote la ropa para examinar la interior.

Otros disgustos te producirán la manera de hacer la cama, que debe quedar cuadrada como una mesa de billar, según frase que oirás millares de veces en el cuartel; el colmo del arte será hacerte embetunar la suela de los zapatos de repuesto, colgados en la pared encima de la cabecera de la cama, exigiendo que las cabezas de los clavos aparezcan sin una mancha de betún.

¡Y las revistas! Son el cuento de nunca acabar. El sábado, revista de armas con las mismas observaciones y los epítetos de cochino, y otros piropos. Para variar, tendrás los registros, durante los cuales ha de enterarse el capitán de si tienes los pies y las manos limpias. Cada mes tendrás la visita sanitaria, en la cual examinarán los lugares más recónditos de tu persona. En el ejército no se pueden tener ciertas delicadezas; pronto las aplastarán con sus innobles pezuñas los que mandan en ti.

Dicen los secuaces de la burguesía que el ejército es la escuela de la igualdad; de la igualdad en el embrutecimiento, sí, pero no es esa la que deseamos.

Continúan las revistas, no me acuerdo si la del intendente es cada tres o seis meses. Cada año hay una inspección general.

Durante la quincena anterior, hay gran zafarrancho en el cuartel; se limpian los locales y las cocinas. Para distraerte, tendrás un día revista del sargento de semana; al otro día revista de oficial, luego revista de capitán, de comandante, de coronel; aquello no se acaba nunca.

En cada revista hay que colocar encima de la cama lo siguiente: primero un pañuelo, religiosamente conservado para esas ocasiones, que se extiende con gran esmero sobre la cama; encima hay que poner los cepillos, las alpargatas, el calzoncillo que tampoco suele usarse hasta ese día, una camisa arrollada de cierta manera y con sujeción a cierta longitud; la gorra de cuartel; la caja de grasa, la tiza, sus alfileros con agujas, hilo y tijeras.

Para que todo se instale con regularidad, hay unos carteles en el dormitorio, que hay que consultar a cada momento para enterarse bien de la colocación de cada uno de esos objetos importantísimos, porque si se pone uno en el lugar que deba ocupar otro, te dirigirá terrible sarta de imprecaciones el jefe que se entere de la irregularidad; ¡qué

horror! ¡qué abominación! poner la tiza en el sitio que corresponde a la grasa, ocasionaría la ruina de la patria si el general se enterase.

Esas revistas presididas por un general, sirven para poner de manifiesto el servilismo de los oficiales subalternos y algunos superiores. En cuanto llega el general, esos oficiales, tan arrogantes con el pobre pistolo, se achican y se colocan humildemente detrás del general que se yergue orgulloso, cuando no está hecho un carcamal. Furibundas miradas aterran al desdichado que da ocasión a una observación del jefe. A un soldado le falta una aguja; a otro se le ha olvidado que, habiendo acabado la quincena la víspera, se había de abrochar el capote a la izquierda y no a la derecha. El coronel tartamudea de furor, el comandante está rabiando, el capitán palidece espantado; el cabo es el único que no dice nada, porque demasiado sabe que todos sus superiores, de sargento para arriba, le echarán a él la culpa. Ya sabe lo que le espera; menos mal que también él podrá vengarse del delincuente.

Mientras no hay revista en perspectiva, no faltan otras distracciones; el sábado por la tarde, te pasearás por el patio del cuartel amontonando las piedras y guijarros que allí haya. Después de emplear una hora en tan agradable pasatiempo, vuelves a las cuadras. Durante toda la semana, las idas y venidas de los transeúntes dispersan otra vez las piedrecillas y el sábado se recogen otra vez. El oficio militar está plagado de esas ingeniosas diversiones.

Cuando llega la noche, y después de un día tan bien empleado, deseas conversar con tus colegas de presidio, verás que sus conversaciones son muy a propósito para ilustrarte y sugerirte grandes pensamientos. Allí en un grupo se desternillan de risa; te acercas, creyendo que se derrocha el ingenio y oyes a un imbécil que suelta indecencias antiguas y sin gracia. Te separas de ellos asqueado y te acercas a otro grupo de animales que gozan recordando la última borrachera, o pensando en la primera que pillen cuando su familia les mande unos cuartos.

No les habléis más que de borracheras y crápula, porque no te entenderán. Nada existe para ellos más que esos goces. No nos asombremos de que después de tres años de cuartel, salgan de allí tantos individuos capaces de ser gendarmes o polizontes. El ejército es una escuela de desmoralización; no puede producir más que polizontes, holgazanes o borrachines. Pocos resisten a esos tres años de embrutecimiento, y aun esos pocos, conservan mucho tiempo vestigios de aquello.

La disciplina brutal y abyecta quebranta al hombre, le tritura el cerebro, le deforma el carácter, le destruye la voluntad. Es una horrible máquina de embrutecer a la cual se entrega un joven que podría experimentar el sentimiento de lo bello y lo verdadero, cuya energía podría desarrollarse en la lucha cotidiana, cuya inteligencia podría ensancharse bajo la presión del saber adquirido y la necesidad de saber más, pero la disciplina le echa encima una capa de plomo que le comprime el cerebro todos los días, y retrasa el ritmo de los latidos de su corazón. Después de haberlo molido tres años con los múltiples engranajes de su jerarquía, devuelve un harapo informe, cuando no lo devora completamente.

Hemos visto, burgueses feroces, que esa patria que queríais que defendiéramos no es más que la organización de vuestros privilegios; ese militarismo, al cual llamáis deber que todos tenemos que cumplir, se ha instituido para defenderos a vosotros todos, y

cuyo peso dejáis caer sobre aquellos contra quienes se dirige y que además proporciona grados, honores y sueldos sobre aquellos de vosotros incapaces de desempeñar funciones más elevadas, grados y sueldos que sirven de cebo a las ambiciones malsanas de los que abandonan la clase de la cual salieron para convertirse en cómitres vuestros.

¿Qué nos importan esa patria, esas fronteras y esos deslindes arbitrarios de pueblos? Vuestra patria nos explota, vuestras fronteras nos ahogan, vuestras nacionalidades no nos interesan. Somos hombres, ciudadanos del universo; todos los hombres son hermanos nuestros; nuestros únicos enemigos son nuestros amos, los que nos explotan, nos impiden evolucionar libremente y desarrollarnos en la plenitud de nuestras fuerzas. No queremos servir de juguetes, no queremos defender vuestros privilegios, no queremos dejarnos imponer la librea degradante de vuestro militarismo, el yugo embrutecedor de vuestra disciplina. No queremos inclinar la cerviz, queremos ser libres.

Y vosotros, infelices destinados a padecer la ley militar, que leéis en los periódicos la relación de las injusticias cometidas diariamente en nombre de la disciplina, que oís contar de cuando en cuando las infamias que sufren los que han sido bastante necios para dejarse alistar, ¿no haréis alguna reflexión sobre la vida que os espera en el cuartel? Vosotros, los que no habéis entrevisto hasta ahora la vida militar más que a trabes del humo del incienso que queman los poetas, ¿no comprenderéis toda la doblez de esos escritores burgueses que han cantado en todos los tonos las virtudes militares? ¡Ah! ¡El honor del soldado! ¡Oh! ¡La dignidad guerrera! Infelices que por el brillo de la palabra Patria, ó por miedo al consejo de guerra, marchitáis los mejores años de vuestra juventud en esas escuelas de corrupción llamadas cuarteles, ya sabéis lo que os espera.

Si queréis pasar sin graves disgustos todo el tiempo de vuestro servicio, dejad dentro de la ropa de paisano todo instinto de dignidad personal; guardaos donde os quepa todo sentimiento de independencia; exigen las virtudes y el honor militar que no seáis más que máquinas de matar, bestias pasivas, porque si cometierais la torpeza de conservar en el fondo del corazón, debajo de la librea, el menor germen de altivez, eso sería funesto.

Si un soldado borracho quiere insultaros y lleva galones en la manga, ocultad bien las crispaciones que a pesar vuestro, tuerzan los músculos; llevad militarmente a la visera la mano que queríais levantar para dar con ella en la cara al insolente: si abríis la boca para contestar al insulto o a la amenaza; no digáis más que Tiene usted razón, y mejor será callar; porque el ademán, la palabra, la menor señal de emoción pueden ser interpretados como una broma y valeros un castigo, por falta de respeto al superior. Sea cual fuere el insulto o el ultraje, tenéis que dominar la cólera: tenéis que permanecer insensibles, tranquilos, inertes, con los brazos tiesos y las piernas juntas. Así, así; ¿resistís impasibles la injuria? ¿No os movéis? así está bien; sois buenos soldados; eso es lo que exige la patria de sus defensores.

Preguntaréis:

¿Y si nos fuera imposible conservar la tranquilidad? ¿Si, a pesar nuestro, se nos sube la sangre a la cabeza?

Entonces no os queda más que un remedio: no pongáis los pies en ese presidio del cual saldríais envilecidos, embrutecidos y corrompidos. Si queréis seguir siendo hombres, no seáis soldados; si no sabéis digerir las humillaciones, no os pongáis el uniforme. Pero si

habéis cometido la imprudencia de vestirlo y un día os veis en el caso de no poder contener la indignación... no insultéis ni peguéis a un superior... matadlo; que el castigo no será mayor.

¿Qué hicisteis el año 1871 en la guerra franco-alemana que nos costó, como es sabido, 5.000.000.000 de francos? ¿Quién tenía interés en pagar aquella contribución más que la burguesía para seguir explotando ella sola al país? Y para pagar aquella contribución, ¿contra quienes se giró? Contra los trabajadores. Se hizo un empréstito cuyo reembolso se garantizó con los impuestos que se habían de establecer y que los trabajadores son los únicos que pagan, puesto que son los únicos que trabajan, y sólo el trabajo produce riqueza.

Admiremos la jugada; como la burguesía tenía que pagar el rescate de guerra para separar del poder a los prusianos y embolsarse los impuestos, tuvo que pedir el dinero para pagar el rescate, pero como no había tal dinero en el bolsillo del trabajador famélico, los burgueses se suscribieron al empréstito, prestándose a sí mismos el dinero que les hacía falta. Pero ahora los trabajadores solos tendrán que penar 99 años para rembolsar el capital e intereses de ese empréstito que jamás entró en sus bolsillos. Ese es el patriotismo burgués en todo su esplendor. ¡Niéguese ahora que la virtud encuentra siempre su recompensa!

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

El militarismo

No se puede hablar de patria y patriotismo, sin tocar la espantosa llaga de la humanidad llamada militarismo.

Estudiando los orígenes de la humanidad y la marcha de su evolución, hemos visto que la casta guerrera fue una de las primeras que se constituyeron, afirmando su autoridad sobre los otros miembros del clan o de la tribu. Algo más adelante, la casta se dividió en jefes y guerreros, como el primer paso había dividido la tribu en guerreros y no guerreros; al principio, todos los miembros del clan debían ser guerreros cuando fuera necesario.

Ignoramos si la humanidad siguió regularmente esa marcha progresiva, es decir, si ha pasado sucesivamente por los tres estados de caza, pesca y agricultura. Es indudable que la recolección de plantas o frutos silvestres, la caza o la pesca fue lo primero a que se dedicó. No es tan fácil averiguar si pasó de aquel estado al pastoral, y luego al agrícola tan seguidamente como se pasa de una asignatura a otra en bachillerato.

Más bien creemos que esas diferentes maneras de buscar el alimento se debieron de combinar según los recursos de la región. Habrá habido pueblos cazadores que continuaran viviendo principalmente de la caza, después de haber encontrado el medio de cultivar cualquier planta alimenticia, antes de tener animales domésticos.

Lo cierto es que la casta guerrera ha sabido conservar su preponderancia y gran parte del poder, hasta cuando ha tenido que compartirlo, y sigue siendo el más firme sostén de los que lo han ocupado.

Mientras fue casta cerrada, que se reclutaba en su propio seno, y hacía la guerra por su cuenta, la población padecía mucho con sus depredaciones, porque el hombre de armas no era corto para quitar al aldeano lo que le parecía. Pero pagado el diezmo, cuando no había tropas ni fortaleza cerca de él, el villano podía descansar algo; de todos modos, no estaba obligado a dedicar los mejores años de su vida a reforzar los batallones de sus explotadores.

Llegó, sin embargo, una época en que los señores empezaron a armar a los villanos de sus tierras, en casos urgentes. Atrajeron luego, con premios o estratagemas, a aquellos a quienes se quería alistar en los ejércitos reales, pero estaba reservado a la burguesía encargarse por completo a sus esclavos la misión de defenderla. Ella es la que ha perfeccionado el sistema, obligando a los trabajadores a sacrificar cierta parte de su juventud en defensa de sus amos. Pero como había sido peligroso darles armas y decirles: Defiéndeme mientras disfruto, inventó la burguesía el culto de la patria.

Apoyada en esa mentira ha podido conseguir que los trabajadores sufrieran mucho tiempo sin discutir, esa contribución de sangre; apoyada en ese sofisma ha podido arrebatar a varias generaciones la porción más fuerte y sana de su juventud, enviarla a pudrirse moral y físicamente en los presidios llamados cuarteles, sin que nadie pensara en protestar, sin que se levantara una voz para preguntar con qué derecho se pedía a los individuos que se convirtieran, durante tres, cinco o siete años en autómatas, máquinas de matar y carne de cañón.

Sin embargo, hubo protestas; la desertión nació con la institución de los ejércitos permanentes, pero aquellos actos no solían ser razonados; el desertor no apelaba al estricto derecho individual, obedecía a repugnancias personales que no se analizaban siquiera.

Las protestas que se elevaban en la literatura contra la guerra y el militarismo, solían no ser más que explosiones de sentimiento, no apoyadas en deducciones lógicas basadas en la naturaleza humana y el derecho individual.

¡El ejército! ¡La patria! La burguesía y los escritores turiferarios suyos habían entonado tantas alabanzas en su honor, habían amontonado tanto sofisma, tanta mentira en su favor, habían conseguido adornarlos con tan bellas cualidades, que nadie se atrevía a poner en duda las cualidades susodichas; se aseguraba que el ejército era el depósito de todas las virtudes cívicas. No había novela donde no se encontrara el tipo del soldado viejo, modelo de lealtad y probidad, adictos a su general, del cual había sido asistente, siguiéndole en todas las peripecias de su vida, ayudándole a vencer los lazos que le tendían enemigos invisibles, y por último, dando su vida para salvar la de sus amos, o salvando al huérfano, ocultándole y criándole para hacer de él un héroe y proporcionarle medios de recuperar la fortuna que le habían robado los enemigos de su familia.

Hay que ver cómo analizaban los poetas la bravura de los valientes soldados; el honor militar la abnegación, la fidelidad, la lealtad, eran sus menores virtudes. Ha sido necesario que la burguesía cometiera la enorme torpeza de obligar a todos los individuos a pasar cierto tiempo en el servicio para que se viera que debajo de los brillantes oropeles con que literatos y poetas habían cubierto el ídolo, no había más que infamia y podredumbre.

Mientras los trabajadores fueron los únicos que sacrificaron su juventud y se embrutecieron en el cuartel, mientras el público no conoció del ejército más que su presentación escénica, el brillo del metal, el redoble de sus tambores, el oro de sus entorchados, el ondear de las banderas, el estrépito de las armas, toda la apoteosis con que se le rodea al mostrarlo al pueblo, literatos y poetas contribuyeron en sus obras a ampliar esa apoteosis, a rendir su tributo de mentiras a la glorificación del monstruo.

Pero en cuanto, establecido el servicio obligatorio, han tenido que estudiar de cerca la institución, cuando han tenido que doblegarse a la embrutecedora disciplina, cuando han tenido que soportar las voces y las groserías de los que llevan a galones, desapareció el respeto; han empezado a desenmascarar al infame, han soplado encima de las virtudes con que sus antecesores le habían adornado, y el soldado (sin excluir al oficial) ha empezado a presentarse al público con su verdadero aspecto: el de una bestia alcoholizada, el de una máquina inconsciente.

Hay que haber pasado por aquel infierno para comprender lo que ha de padecer en él un hombre de corazón, hay que haber gastado uniforme para comprender las bajezas e idiotismos que tapa.

En cuanto estés alistado, ya no eres un hombre, sino un autómatas obligado a obedecer ciegamente al que manda. Tienes un fusil en la mano, pero has de sufrir sin rechistar las groserías del superior, que desahoga en ti su mal humor o los vapores del alcohol que ha absorbido. Un ademán o una palabra puedes pagarlo con la vida o con muchos años de libertad. Ya cuidarán de leerte la ordenanza, cuyo estribillo: pena de la vida, retumbará en tu cerebro cuantas veces surjan en tu cráneo instintos de rebelión.

Lo que más exaspera son las mil y una minucias del oficio, las nimiedades y chinchorrerías del reglamento. Y el superior que te tenga mala voluntad o que, sin tenértela, sea una bestia inconsciente, tendrá cincuenta ocasiones al día para ponerte faltas, para hacerte sufrir todas las vejaciones con que su brutalidad quiera molestarte. Al pasar revista, si el correa no está muy limpio, o un botón está mal cosido, o no te has puesto los tirantes, te armará un escándalo o te mandará al calabozo; te registrarán hasta más no poder, desabrochándote la ropa para examinar la interior.

Otros disgustos te producirán la manera de hacer la cama, que debe quedar cuadrada como una mesa de billar, según frase que oirás millares de veces en el cuartel; el colmo del arte será hacerte embetunar la suela de los zapatos de repuesto, colgados en la pared encima de la cabecera de la cama, exigiendo que las cabezas de los clavos aparezcan sin una mancha de betún.

¡Y las revistas! Son el cuento de nunca acabar. El sábado, revista de armas con las mismas observaciones y los epítetos de cochino, y otros piropos. Para variar, tendrás los registros, durante los cuales ha de enterarse el capitán de si tienes los pies y las manos limpias. Cada mes tendrás la visita sanitaria, en la cual examinarán los lugares más recónditos de tu persona. En el ejército no se pueden tener ciertas delicadezas; pronto las aplastarán con sus innobles pezuñas los que mandan en ti.

Dicen los secuaces de la burguesía que el ejército es la escuela de la igualdad; de la igualdad en el embrutecimiento, sí, pero no es esa la que deseamos.

Continúan las revistas, no me acuerdo si la del intendente es cada tres o seis meses. Cada año hay una inspección general.

Durante la quincena anterior, hay gran zafarrancho en el cuartel; se limpian los locales y las cocinas. Para distraerte, tendrás un día revista del sargento de semana; al otro día revista de oficial, luego revista de capitán, de comandante, de coronel; aquello no se acaba nunca.

En cada revista hay que colocar encima de la cama lo siguiente: primero un pañuelo, religiosamente conservado para esas ocasiones, que se extiende con gran esmero sobre la cama; encima hay que poner los cepillos, las alpargatas, el calzoncillo que tampoco suele usarse hasta ese día, una camisa arrollada de cierta manera y con sujeción a cierta longitud; la gorra de cuartel; la caja de grasa, la tiza, sus alfileros con agujas, hilo y tijeras.

Para que todo se instale con regularidad, hay unos carteles en el dormitorio, que hay que consultar a cada momento para enterarse bien de la colocación de cada uno de esos objetos importantísimos, porque si se pone uno en el lugar que deba ocupar otro, te dirigirá terrible sarta de imprecaciones el jefe que se entere de la irregularidad; ¡qué horror! ¡qué abominación! poner la tiza en el sitio que corresponde a la grasa, ocasionaría la ruina de la patria si el general se enterase.

Esas revistas presididas por un general, sirven para poner de manifiesto el servilismo de los oficiales subalternos y algunos superiores. En cuanto llega el general, esos oficiales, tan arrogantes con el pobre pistolo, se achican y se colocan humildemente detrás del general que se yergue orgulloso, cuando no está hecho un carcamal. Furibundas miradas aterran al desdichado que da ocasión a una observación del jefe. A un soldado le falta una aguja; a otro se le ha olvidado que, habiendo acabado la quincena la víspera, se había de abrochar el capote a la izquierda y no a la derecha. El coronel tartamudea de furor, el comandante está rabiando, el capitán palidece espantado; el cabo es el único que no dice nada, porque demasiado sabe que todos sus superiores, de sargento para arriba, le echarán a él la culpa. Ya sabe lo que le espera; menos mal que también él podrá vengarse del delincuente.

Mientras no hay revista en perspectiva, no faltan otras distracciones; el sábado por la tarde, te pasearás por el patio del cuartel amontonando las piedras y guijarros que allí haya. Después de emplear una hora en tan agradable pasatiempo, vuelves a las cuerdas. Durante toda la semana, las idas y venidas de los transeúntes dispersan otra vez las piedrecillas y el sábado se recogen otra vez. El oficio militar está plagado de esas ingeniosas diversiones.

Cuando llega la noche, y después de un día tan bien empleado, deseas conversar con tus colegas de presidio, verás que sus conversaciones son muy a propósito para ilustrarte y sugerirte grandes pensamientos. Allí en un grupo se desternillan de risa; te acercas, creyendo que se derrocha el ingenio y oyes a un imbécil que suelta indecencias antiguas y sin gracia. Te separas de ellos asqueado y te acercas a otro grupo de animales que gozan recordando la última borrachera, o pensando en la primera que pillen cuando su familia les mande unos cuartos.

No les habléis más que de borracheras y crápula, porque no te entenderán. Nada existe para ellos más que esos goces. No nos asombremos de que después de tres años de cuartel, salgan de allí tantos individuos capaces de ser gendarmes o polizontes. El ejército es una escuela de desmoralización; no puede producir más que polizontes, holgazanes o borrachines. Pocos resisten a esos tres años de embrutecimiento, y aun esos pocos, conservan mucho tiempo vestigios de aquello.

La disciplina brutal y abyecta quebranta al hombre, le tritura el cerebro, le deforma el carácter, le destruye la voluntad. Es una horrible máquina de embrutecer a la cual se entrega un joven que podría experimentar el sentimiento de lo bello y lo verdadero, cuya energía podría desarrollarse en la lucha cotidiana, cuya inteligencia podría ensancharse bajo la presión del saber adquirido y la necesidad de saber más, pero la disciplina le echa encima una capa de plomo que le comprime el cerebro todos los días, y retrasa el ritmo de los latidos de su corazón. Después de haberlo molido tres años con los múltiples engranajes de su jerarquía, devuelve un harapo informe, cuando no lo devora completamente.

Hemos visto, burgueses feroces, que esa patria que queráis que defendiéramos no es más que la organización de vuestros privilegios; ese militarismo, al cual llamáis deber que todos tenemos que cumplir, se ha instituido para defenderos a vosotros todos, y cuyo peso dejáis caer sobre aquellos contra quienes se dirige y que además proporciona grados, honores y sueldos sobre aquellos de vosotros incapaces de desempeñar funciones más elevadas, grados y sueldos que sirven de cebo a las ambiciones malsanas de los que abandonan la clase de la cual salieron para convertirse en cómitres vuestros.

¿Qué nos importan esa patria, esas fronteras y esos deslindes arbitrarios de pueblos? Vuestra patria nos explota, vuestras fronteras nos ahogan, vuestras nacionalidades no nos interesan. Somos hombres, ciudadanos del universo; todos los hombres son hermanos nuestros; nuestros únicos enemigos son nuestros amos, los que nos explotan, nos impiden evolucionar libremente y desarrollarnos en la plenitud de nuestras fuerzas. No queremos serviros de juguetes, no queremos defender vuestros privilegios, no queremos dejarnos imponer la librea degradante de vuestro militarismo, el yugo embrutecedor de vuestra disciplina. No queremos inclinar la cerviz, queremos ser libres.

Y vosotros, infelices destinados a padecer la ley militar, que leéis en los periódicos la relación de las injusticias cometidas diariamente en nombre de la disciplina, que oís contar de cuando en cuando las infamias que sufren los que han sido bastante necios para dejarse alistar, ¿no haréis alguna reflexión sobre la vida que os espera en el cuartel? Vosotros, los que no habéis entrevisto hasta ahora la vida militar más que a través del humo del incienso que queman los poetas, ¿no comprenderéis toda la doblez de esos escritores burgueses que han cantado en todos los tonos las virtudes militares? ¡Ah! ¡El honor del soldado! ¡Oh! ¡La dignidad guerrera! Infelices que por el brillo de la palabra Patria, ó por miedo al consejo de guerra, marchitáis los mejores años de vuestra juventud en esas escuelas de corrupción llamadas cuarteles, ya sabéis lo que os espera.

Si queréis pasar sin graves disgustos todo el tiempo de vuestro servicio, dejad dentro de la ropa de paisano todo instinto de dignidad personal; guardaos donde os quepa todo sentimiento de independencia; exigen las virtudes y el honor militar que no seáis más que máquinas de matar, bestias pasivas, porque si cometierais la torpeza de conservar en el fondo del corazón, debajo de la librea, el menor germen de altivez, eso sería funesto.

Si un soldado borracho quiere insultaros y lleva galones en la manga, ocultad bien las crispaciones que a pesar vuestro, tuerzan los músculos; llevad militarmente a la visera la mano que queríais levantar para dar con ella en la cara al insolente: si abrís la boca para contestar al insulto o a la amenaza; no digáis más que Tiene usted razón, y mejor será callar; porque el ademán, la palabra, la menor señal de emoción pueden ser interpretados como una broma y valeros un castigo, por falta de respeto al superior. Sea cual fuere el insulto o el ultraje, tenéis que dominar la cólera: tenéis que permanecer insensibles, tranquilos, inertes, con los brazos tiesos y las piernas juntas. Así, así; ¿resistís impasibles la injuria? ¿No os movéis? así está bien; sois buenos soldados; eso es lo que exige la patria de sus defensores.

Preguntaréis:

¿Y si nos fuera imposible conservar la tranquilidad? ¿Si, a pesar nuestro, se nos sube la sangre a la cabeza?

Entonces no os queda más que un remedio: no pongáis los pies en ese presidio del cual saldríais envilecidos, embrutecidos y corrompidos. Si queréis seguir siendo hombres, no seáis soldados; si no sabéis digerir las humillaciones, no os pongáis el uniforme. Pero si habéis cometido la imprudencia de vestirlo y un día os veis en el caso de no poder contener la indignación... no insultéis ni peguéis a un superior... matadlo; que el castigo no será mayor.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO

La colonización

La colonización se extiende demasiado, en nuestra época, para que no tratemos aparte en este libro ese producto híbrido del patriotismo y el mercantilismo combinados, bandolerismo, robo a mano armada para uso de las clases directoras.

Entra un individuo en casa de un vecino, rompe todo lo que encuentra a mano, se apodera de lo que le parece, y ese es un criminal. La sociedad le sentencia. Pero si un gobierno se encuentra apurado por una situación interior que necesita un derivativo exterior, y le molestan una porción de brazos inactivos con los cuales no sabe qué hacer, o de productos sin salida, si ese gobierno declara la guerra a poblaciones lejanas, demasiado débiles para oponerle resistencia, si se apodera del país, lo somete a todo un sistema de explotación, le impone sus productos y lleva a cabo una matanza como quieran sustraerse a la explotación que las amenaza, entonces sí que es moral el hecho. Cuando se mata y roba en grande, aprueba la gente honrada y no llama al hecho robo ni asesinato; se ha inventado una palabra cómoda para cohonestar las villanías que comete la sociedad; eso se llama civilizar las poblaciones atrasadas.

Y no se diga que esto es una exageración; no merece un pueblo el nombre de colonizador como no haya sacado en una comarca el máximo de los productos que puede dar. Inglaterra es un país colonizador que sabe hacer producir a sus colonias el bienestar para aquellos a quienes envía allá, y sabe recoger en sus arcas los impuestos que les saca. En las Indias, por ejemplo, hacen fortunas colosales los que allí son enviados por la metrópoli; verdad es que de cuando en cuando asolan el país hombres

espantosos que diezman centenares de millares de habitantes; pero poco importan las pequeñeces si John Bull puede dar salida a sus productos fabriles y sacar de allí para su bienestar lo que el terreno de la Gran Bretaña puede producir. Son beneficios de la civilización.

En Francia ya es otra cosa; no somos colonizadores. No vayáis a creer que somos menos bandidos y que se explotan menos las poblaciones conquistadas, no; pero somos menos prácticos; en vez de estudiar las poblaciones, son entregadas a los antojos del sable, se las somete al régimen de la Madre Patria; si las poblaciones no se pueden doblegar a ello, peor para ellas, que desaparecerán poco a poco, bajo la acción debilitante de una administración a la cual no estaban acostumbradas, pero no importa. Si se rebelan, se las cazará como a bestias feroces y el pillaje será no sólo tolerado, sino cómodo. Eso se llama una *razzia*.

A la bestia feroz educada y conservada con el nombre de soldado, se la suelta sobre las poblaciones inofensivas; se las ve entregadas a todos los excesos que pueden imaginar esas fieras desencadenadas, se violan las mujeres, se degüellan los chiquillos, se incendian pueblos, se arroja a la llanura a poblaciones enteras, que perecerán fatalmente de miseria. Eso no es nada, es una nación culta que civiliza a los salvajes.

Examinando bien lo que ocurre a nuestro alrededor todos los días, nada de eso es digno ni anormal; así procede la organización actual; no es asombroso que esas hazañas obtengan el asentimiento y los aplausos del mundo burgués. La burguesía está interesada en esos actos de bandidaje, que les sirven de pretexto para conservar ejércitos permanentes; así se ocupan los pretorianos que en tales matanzas aprenden para dedicarse luego a trabajos más serios. Esos mismos ejércitos se utilizan para almacenar en ellos a una multitud de imbéciles y de inútiles que estorbarían a la burguesía y que ésta convierte en celosos defensores con unos cuantos metros de galón de oro. Esas conquistas le facilitan toda clase de chanchullos, con los cuales se chupará los ahorros de los primos que andan buscando gangas, monopolizará los terrenos robados a los vencidos; esas guerras ocasionan matanzas de trabajadores cuyo excesivo número le molesta. Como los países conquistados necesitan una administración en ésta se coloca otro ejército de presupuestívoros y ambiciosos que la burguesía engancha, a su carro, cuando sin empleo podrían ser un estorbo para ella.

Hay más; explotará esas poblaciones, las anulará con el trabajo, les impondrá sus productos y podrá diezmarlas sin dar cuenta a nadie. De modo que con todas esas ventajas, la burguesía no puede vacilar y lo ha comprendido tan bien, que se lanza a todo vapor en empresas coloniales.

Lo que nos asombra y nos da asco es que haya trabajadores que aprueben esas infamias, no sientan remordimiento por auxiliar semejantes canalladas, y no comprendan la flagrante injusticia de destruir poblaciones en su propia casa para imponerles un género de vida que no es el suyo. Ya conocemos las contestaciones que se suelen emplear cuando le sublevan a uno ciertos hechos: se han rebelado... han matado a los nuestros... eso no se puede tolerar... Son salvajes y hay que civilizarlos ... las necesidades del comercio lo exigen ... habremos hecho mal en ir allá, pero no podemos abandonar colonias que nos han costado muchos hombres y dinero, etc. etc.

Bueno. ¿Y qué? ¿Qué íbamos a buscar allí? ¿Por qué no los dejábamos en paz? ¿Han venido a pedirnos algo? Se les han querido imponer leyes que no quieren aceptar, se sublevan y hacen bien, peor para los que perezcan en la lucha; que no hubieran contribuido a esas infamias.

Son salvajes y hay que civilizarlos. Véase la historia de las conquistas y dígasenos después cuáles son los salvajes; si los que así se califican, o los civilizados. ¿Quiénes necesitarían ser civilizados, los conquistadores o las poblaciones inofensivas que generalmente han acogido a los invasores con los brazos abiertos y a las cuales se ha premiado torturándolas o diezmándolas? Ved la historia de la conquista de América por los españoles, de las Indias por los ingleses, de Africa, Tonkin Y Cochinchina por los franceses y venidnos luego con convenios de la civilización. Y en esas historias no encontraréis más que los grandes hechos, que por su importancia han dejado huella en la historia; pero si se pudiera presentar el cuadro de todos los hechos pequeños de que se componen y que pasan inadvertidos, si hubiera que poner en claro todas las torpezas que desaparecen entre la masa imponente de los hechos principales ¿qué sería entonces? Retrocederíamos espantados ante tales monstruosidades.

Nosotros, que hemos pasado algún tiempo en 1a infantería de marina, hemos oído contar muchas historias que demuestran que el soldado, llegado a un país conquistado, se considera como dueño absoluto de él; los habitantes se le figuran bestias de carga que puede arrear a su gusto. Tiene derecho a aprovecharse de cuanto le convenga, y desdichado del indígena que quiera oponerse; no tardará en aprender que allí no hay más ley que la del sable; la institución que depende de la propiedad en Europa no la reconoce en otra latitud. Al soldado le alientan los oficiales que predicán con el ejemplo; la administración aun le pone el garrote en la mano para vigilar a los indígenas empleados en sus trabajos.

¡Cuántos hechos repugnantes me han contado con la mayor ingenuidad, como cosas naturales, y cuando por casualidad el indígena se ha sublevado y matado a quien le oprimía, y decía yo que había hecho bien, gritaban con estupor al oírme: ¡Cómo! Pues si somos los amos tenemos que exigir obediencia; si los dejáramos, se rebelarían todos y nos expulsarían. ¿Y después de gastado tanto dinero y tantos hombres, se quedaría Francia sin la colonia?

Así atrofian la disciplina y el embrutecimiento militar el espíritu del trabajador; sufre las mismas injusticias, las mismas infamias que contribuyen a hacer padecer a los demás, y no nota lo ignominioso de su conducta, acaba por servir inconscientemente de instrumento al despotismo y a alardear de ese oficio, sin comprender su bajeza y su infamia.

El verdadero motivo está en las necesidades del comercio; como al burgués le sobran productos y no sabe cómo darles salidas, le parece lo mejor ir a declarar la guerra a unos desdichados que no pueden defenderse, para imponerles sus productos. Sería fácil entenderse con ellos, traficando por el sistema del cambio, aunque no conocieran mucho el valor de los objetos, y como éstos valen más cuanto más reluzcan, sería fácil engañarles para sacar buena ganancia. Así se hacía antes de penetrar en el continente negro, porque los pueblos de la costa servían de mediadores para entenderse con los del interior.

Posible sería realmente todo eso, pero es una diablura que para comerciar así se necesita paciencia y tiempo; no se pueden acometer grandes negocios, hay que luchar con la concurrencia; y como el comercio necesita protección, zarpan dos o tres acorazados y media docena de cañoneros con un cuerpo de desembarque, y la civilización va a hacer su oficio. ¡Saludad! Hemos dominado a una población fuerte, robusta y sana; dentro de cuarenta o cincuenta años os devolveremos un rebaño embrutecido, miserable, diezmado, corrompido, que tardará poco en desaparecer de la superficie del globo; y habremos completado la obra civilizadora.

El que dude de lo que afirmamos, estudie los relatos de los viajeros y lea la descripción de los países en que se han instalado los europeos por derecho de conquista; en todos ellos mengua y desaparece la población, porque la embriaguez, la sífilis y otras importaciones europeas las destruyen, y dejan atrofiados y anémicos a los supervivientes. Y no puede ser de otro modo, dados los medios que se emplean. Son poblaciones que tenían género de vida, aptitudes y necesidades diferentes de las nuestras; en vez de estudiar esas necesidades y aptitudes, y tratar de adaptarlas gradual e insensiblemente a nuestra civilización, contentándonos con que tomen de ésta lo que se puedan asimilar, se ha doblado y roto todo; no sólo son refractarios a ello los habitantes, sino que el experimento les ha sido funesto.

Hermosa habría sido la misión del hombre civilizado si hubiera sabido comprenderla y no le hubiesen afligido las dos pestes de gobierno y mercantilismo, dos úlceras horribles que debería tratar de curarse antes de meterse a civilizar a los demás.

La cultura de las poblaciones atrasadas podría perseguirse pacíficamente, llevando a la civilización elementos nuevos, capaces de darles nueva vida. No nos vengan hablando de la doblez y ferocidad de los bárbaros. Leamos los relatos de aquellos hombres verdaderamente animosos, que se metieron entre poblaciones desconocidas, impulsados por el ideal puro de la ciencia y el deseo de saber. Estos han sabido ganar amigos y pasar por allí sin temer nada: la doblez y la ferocidad proceden de esos miserables traficantes que se disfrazan con el título de viajeros, sin ver en sus expediciones más que un buen negocio comercial o político; han excitado contra el blanco la animosidad de aquellas poblaciones, engañándolas en sus cambios, no cumpliendo lo tratado, matándolos cuando podían hacerlo impunemente. Vamos, vamos, filántropos del comercio, civilizadores de chafarote, absteneos de cantar los beneficios de la civilización. Lo que llamáis así, lo que disfrazáis con el nombre de civilización, tiene otro perfectamente definido en vuestro código, cuando lo cometen individualidades oscuras; se llama robo y asesinato en cuadrilla, pero la civilización nada tiene que ver con vuestras costumbres de salteadores.

Lo que necesita la clase directora, son salidas nuevas para sus productos, y pueblos nuevos que explotar; por eso envía a los Soleillet, los Brazza, los Crampels, los Trivier, etc., a buscar territorios desconocidos para abrir factorías que entreguen esos países a ilimitada explotación; empezará por explotarlos comercialmente y acabará por explotarlos de todos modos, cuando consiga tener aquellas poblaciones bajo su protectorado; lo que necesita son terrenos inmensos que se anexionará poco a poco, después de haberlos despoblado; necesita mucho espacio para ocuparlo con el exceso de población que la molesta.

¿Qué habéis de ser vosotros civilizadores? ¿Qué habéis hecho con aquellos pueblos que habitaban América y desaparecían diariamente diezmados por las traiciones y a los cuales arrancabais, faltando a la fe jurada, los territorios de caza que se les habían dejado? ¿Qué habéis hecho de aquellos pueblos de Polinesia que, según todos los viajeros, eran poblaciones fuertes y vigorosas y que ahora desaparecen bajo vuestro dominio?

¿Civilizadores, vosotros? Pues al paso que va vuestra civilización, si sucumbieran los trabajadores en la batalla que contra vosotros dan, no tardaríais tampoco en sucumbir al peso de vuestra indolencia y pereza, como cayeron la civilización griega y la romana, que, llegadas al pináculo del lujo y de la explotación, perdidas las facultades todas de lucha, sin conservar más que las de goce, sucumbieron más bien al peso de su flojedad que ante los golpes de los bárbaros, que, luchando en la plenitud de sus fuerzas, no tuvieron que esforzarse mucho para derribar aquella civilización completamente descompuesta.

Como os empeñasteis en destruir las razas -no inferiores, como pronto demostraremos- sino atrasadas, también tendéis a destruir la clase trabajadora, a la cual calificáis asimismo de inferior. Tratáis diariamente de eliminar al trabajador del taller, sustituyéndole con la máquina. Vuestro triunfo sería el fin de la humanidad, porque, perdiendo poco á poco las facultades que habéis adquirido por la necesidad de la lucha, volveríais a las formas más rudimentarias de los antepasados y pronto no tendría la humanidad más ideal que el de una asociación de sacos digestivos, directora de un pueblo de máquinas, servidas por autómatas, sin tener de humano más que el nombre.

CAPÍTULO DECIMOQUINTO

No hay razas inferiores

El problema de la colonización está enlazado con el de las razas llamadas inferiores. Argumentando sobre esa supuesta inferioridad, se han querido justificar las hazañas de los blancos, que originan la desaparición de los pueblos conquistados.

El mismo argumento se emplea contra el trabajador para justificar la explotación de que es víctima, llamándola clase inferior. Para el capitalista y hasta para ciertos sabios, el trabajador es una bestia de carga, cuya única misión consiste en crear comodidades para los elegidos y en reproducir otras bestias de carga que a su vez elaborarán los goces para los descendientes de los elegidos y así sucesivamente. Sin embargo, los trabajadores no nos creemos inferiores a los demás; creemos a nuestro cerebro tan apto para desarrollarse como el de nuestros explotadores, si tuviéramos medios y tiempo para ello. ¿Por qué no ha de ocurrir lo mismo con las razas llamadas inferiores?

Si fueran los políticos los únicos que afirmaran la inferioridad de las razas, sería inútil tratar de refutar su aserción, porque al fin y al cabo poco les importa que se acepte o se invalide, puesto que no es más que un pretexto, y demostrada la falsedad de éste, no dejarían de encontrar otro. Pero algunos sabios han querido dar el análisis de la ciencia a esa teoría, y demostrar que la raza blanca era superior a las demás. Hubo un tiempo en que el hombre se creyó centro del universo; no sólo se figuraba que el sol y las estrellas giraban en derredor de la tierra, sino que afirmaba que todo había sido creado para él. Llamabase aquello antropocéntrica.

Muchos siglos de estudio han hecho falta para arrancarle al hombre sus orgullosas ilusiones y hacerle comprender su verdadero papel en la naturaleza. Pero esas ideas de dominación son tan fuertes y tenaces, y tan difícil es renunciar a ellas, que después de haber perdido el cetro que pretendía arrojarse sobre los astros, se ha agarrado a la afirmación de que el globo terráqueo, con todos sus productos, no tenía más objeto que servirlo de cuna a él, rey de la creación.

Desposeído también de esa monarquía ficticia por la ciencia, que le demuestra que no es más que el producto de una evolución, el resultado de una reunión de circunstancias fortuitas, que no hubo premeditación para su nacimiento y que por consiguiente nada se creó para su aparición, que no se esperaba, el espíritu de dominación del hombre no pudo resolverse a aceptar los hechos como son y a considerarse como un intruso; se ha empeñado en sostener la idea de las razas superiores, y cada raza, como es natural, se ha figurado ser la más hermosa, más inteligente y más perfecta. En virtud de esa afirmación, la raza blanca absorbe a las demás; en esa eliminación tratan de basar los sabios su afirmación.

Los sabios pueden justificar además su opinión basándose en los tres puntos siguientes:

- 1° La antigüedad de las razas inferiores está reconocida implícitamente por todo el mundo sabio como igual a la de la raza blanca; luego, el estado estacionario de aquéllas, cuando la otra ha progresado, prueba su inferioridad absoluta.
- 2° Los pueblos atrasados suelen habitar bajo los climas más favorables, lo cual debiera haber contribuido a apresurar su desarrollo.
- 3° Los niños salvajes que se han querido educar a la europea, no han respondido a las esperanzas de sus educadores. Se presentan también como ejemplo las aglomeraciones de salvajes colocadas en aldeas y que siguen siendo lo que eran hace dos años, así como la República negra de Haiti y sus revoluciones sin objeto.

No hay que remontarse demasiado en la historia para reconocer que el consenso universal no es garantía de acierto. Hasta que Galileo demostró que la tierra giraba alrededor del sol, se admitía universalmente que el sol daba vueltas en torno de la tierra. Nada prueba, por lo tanto, el consentimiento universal si no se apoya en hechos, y todavía en el caso que acabamos de citar, parecía que hechos aparentes apoyaban la opinión errónea. Sería necesario averiguar si corroboran los hechos la opinión de la antigüedad igual de las razas.

En los monumentos egipcios se han encontrado reproducciones de ciertos tipos africanos existentes todavía, lo cual, en efecto, probaría una antigüedad relativa y también está comprobado que aquellos pueblos, sometidos en otro tiempo a los egipcios, no han progresado; al principio parece que eso confirma la teoría de la inferioridad de las razas, pero un examen concienzudo demuestra que esa deducción sería muy ligera.

En efecto, la antigüedad reconocida a los monumentos egipcios debe de ser de unos 8.000 años, o de 10.000. De modo que parece que en todo ese tiempo no han progresado aquellos pueblos, y la raza blanca ha recorrido mucho camino.

Pero es que en la época en que se erigieron aquellos monumentos representaba ya Egipto una civilización muy avanzada; era enorme la diferencia entre aquellos pueblos

atrasados y los constructores de los templos de Karnak y de Menfis; los egipcios habían atravesado el período prehistórico que se calcula en cientos de miles de años.

Muy lentos debieron de ser los primeros progresos del hombre cuaternario, y el período de educación todavía resultará más largo si se admite la existencia del hombre en la época terciaria.

Los 10.000 años de estancamiento de aquellos pueblos representan, por lo tanto, muy poca cosa en la historia del desarrollo de la humanidad, y es probable que 10.000 años después de haber aprendido a labrar la primera piedra, no presentara el egipcio primitivo ninguna mejora sensible para el observador, y pareciera también de una raza inferior.

Por otra parte, los egipcios, que hicieron los grandes progresos atestiguados por sus ciencias y sus monumentos, ni siquiera son blancos, y ese mismo pueblo, al cual se clasifica entre las razas superiores de la antigüedad, está clasificado ahora entre las razas inferiores. Los dominadores ingleses se lo enseñan así. ¡Qué conjunto de contradicciones! Para las necesidades de la discusión, los egipcios son alternativamente superiores e inferiores.

Los cráneos y las mandíbulas de Cros-Magnon, de Néanderthal, de la Naulette que pertenecen a una época lejana, representan caracteres tan símicos, que los antropólogos al estudiarlos han dudado entre clasificar a sus poseedores como antecesores del hombre o como grandes monos antropoides. ¿Nos autoriza principio tan modesto para proclamarlos los fénix de la humanidad?

¿Con qué derecho se habla de la inferioridad de otras razas, cuando su estado actual proviene de nuestras bárbaras persecuciones? Nada prueba la inferioridad actual de la raza de piel roja, porque es sabido que las civilizaciones autóctonas, que florecían cuando la conquista europea, fueron destruidas por los invasores, y sus descendientes, perseguidos, despojados y diezmados, han tenido que retroceder poco a poco y anularse ante el vencedor. Las civilizaciones en pleno florecimiento han desaparecido sin que se sepa lo que habrían podido dar de sí: no se las puede juzgar más que por los indígenas embrutecidos y degenerados que los yanquis van haciendo desaparecer.

No citaré el ejemplo del imperio de México ni el de los incas; al llegar allá los españoles, aquellos imperios estaban en completa decadencia. Por eso no pudieron resistirse. Los hurones e iroqueses se defendieron mucho más enérgicamente que los aztecas y peruanos.

Podría creerse que para demostrar la antigüedad igual de las razas queda otro medio, el de practicar excavaciones en los terrenos que quedan por explorar y comparar la edad de los esqueletos que allí debe de haber, pero el medio es ilusorio; no existe forma posible de establecer la concordancia exacta de la formación de los terrenos en las diversas partes del mundo. ¿Cómo se podría establecer, por lo tanto, la concordancia perfecta entre los restos descubiertos en las distintas regiones?

En resumen, ese problema de la antigüedad igual de las razas es insoluble y no tiene valor para resolver el problema de la igualdad virtual. ¿Tiene alguna importancia para aquellos que hacen derivar todo progreso de la influencia, variable sin cesar, de los medios?

Los pueblos atrasados suelen habitar en los países más favorecidos, afirmaba en uno de sus cursos de antropología zoológica, el profesor G. Hervé, uno de los partidarios de la inferioridad de las razas. Esa afirmación necesita pruebas. ¿Puede aplicarse a los esquimales, a los habitantes de la Tierra de Fuego, o a los pieles rojas, privados de animales capaces de domesticación, o a los negros que viven en la región de los pantanos del Nilo o los enormes bosques del Congo, o a los tunguses de las estepas de Siberia, o a los bushmen de los desiertos secos de Kalahari? No hay que falsear de esa manera la verdad. Queda además por resolver el grave problema de saber cuáles son los países más favorecidos. ¿Son los que solicitan el trabajo o los que no lo solicitan?

Esa afirmación, por otra parte, también puede volverse contra la opinión que quiere defender. Precisamente, esa facilidad de la existencia es lo que ha dejado estacionarios a muchos pueblos. Teniendo que satisfacer, sin trabajar, sus primeras necesidades, los hombres pueden no haber visto nacer en ellos facultades que han seguido durmiendo, mientras otros pueblos, obligados a arrancar al terreno y al clima la subsistencia diaria, tenían que desarrollar instintos y facultades que despertaban otras, y los llevaban por el camino del progreso. A los favorecidos les bastaba con dejarles vivir.

Vienen luego los argumentos sacados de tentativas de cultura hechas con tribus africanas y colonias salvajes, que se pretende haber dejado desarrollarse en pueblos que se le habían concedido.

Puede que haya ejemplos de tentativas infructuosas de cultura, pero eso no probaría nada en general, porque habría que saber en qué condiciones se han hecho esas tentativas, en qué situación se encontraban los grupos interesados, y averiguar si se han dejado subsistir causas de degeneración. Esos ejemplos prueban menos, porque hay ejemplos contrarios. Los iroqueses del Canadá son perfectamente iguales a los blancos que los rodean. El primer geógrafo de México es un azteca. Y tenemos la satisfacción de reconocer que los primeros soldados del mundo fueron arrojados de México por los descendientes de razas inferiores. Se necesitan muchas edades de hombres para fijar toda nueva adquisición; el cerebro de un individuo, sea cual fuere su poder de desarrollo, no puede hacer en el transcurso de su existencia, la evolución que su raza tardará generaciones enteras en recorrer. Los resultados negativos sobre individuos, nada absolutamente prueban, aun admitiendo que el ensayo se haya hecho en condiciones prácticas, porque se les pueden oponer muchos resultados positivos, así como a los progresos de los blancos se pueden oponer muchos retrocesos.

¿No citan precisamente las obras de etnografía casos de pieles rojas, negros y otros salvajes que se ha logrado instruir, y que habían llegado a gran desarrollo de conocimientos, pero que, despreciando lo que les habían enseñado, llenos de nostalgia de su antigua vida libre, ahorcaron los hábitos de civilizados, para volver a la existencia nómada? Nadie niega que sea a veces el atavismo más poderoso que la facultad de perfectibilidad, pero esos ejemplos no demuestran la imperfectibilidad de la raza, porque los individuos sometidos a la educación europea, han progresado durante un período de su existencia en el camino trazado por los educadores.

El mismo Hervé (al cual volvemos a citar porque es a quien hemos visto defender mejor la inferioridad de las razas), cita el hecho de que el salvaje es más apto en su infancia para comprender que en la edad adulta. ¿Y qué prueba eso? Cuando menos

desarrolladas están las razas, más deben aprender los pequeños y más sagacidad han de necesitar de sus más tiernos años. Si el desarrollo cerebral de los adultos se detiene pronto, depende eso de un hecho físico, de la obliteración de las suturas del cráneo. Al revés que en los salvajes blancos, la consolidación empieza en las partes anteriores, de modo que el desarrollo cerebral se para justamente en las partes más activas de la inteligencia.

Prueba sería esa de inferioridad si estuviese demostrado que las razas blancas no pasaron por ese estado, pero se ha reconocido en los cráneos prehistóricos que las suturas se operaban de adelante a atrás, lo mismo que en las razas blancas inferiores. Cítanse en nuestros días casos atávicos del mismo proceso. ¿Qué queda, pues, de ese argumento?

Se cita para ridiculizarla, la República de Haiti con sus revoluciones militares, pero no habría que remontarse mucho en nuestra historia, para hallar ejemplos semejantes y menos disculpables, ya que alardeamos de raza superior. De todos modos, los haitianos han reconquistado su libertad sobre los franceses. ¿Quiénes han sido los superiores? ¿Los que han reconquistado su libertad, o los que querían seguir esclavizando a otros pueblos? Además, es necesario ignorar completamente la historia para no confesar que han progresado los haitianos, a pesar de su Suluque, tan semejante a nuestro Napoleón III. Cuando se reflexiona que la mayor parte de nuestros llamados civilizados trabaja y perece de miseria para enriquecer a una minoría de holgazanes y parásitos; cuando se recapacita que los explotados constituyen la fuerza encargada de defender a los explotadores, ¿podemos creer que tenemos el derecho a estar orgullosos y a jactarnos de nuestra superioridad?

¿Y a las aglomeraciones de salvajes que se han dejado subsistir, se les han dado las condiciones necesarias para su completo desarrollo?

No queremos decir realmente que las razas sean absolutamente idénticas, pero estamos convencidos de que todas tienen ciertas aptitudes, ciertas cualidades morales, intelectuales o físicas que, si les fuese dado evolucionar libremente, les habrían permitido dar su tributo a la obra colectiva de la civilización humana.

Por ejemplo, esos australianos tan ruines, colocados en peldaño tan bajo en la escala humana, ¿no han inventado el boomerang, arma arrojadiza de efectos retrógrados, tan curiosos, que los europeos a pesar de todo su talento, no han sabido imitar, y que toda su ciencia balística no acierta a explicar?

Poco da a la historia de la humanidad el descubrimiento del boomerang, pero puesto que el ingenio de sus inventores ha podido desarrollarse sobre un objeto que les es particular en absoluto, mientras la lanza, el rompecabezas, las flechas, han sido conocidas por todas las demás razas, ¿quién no dice que, en otras condiciones, no habría evolucionado esa facultad en mejor dirección?

Pero no, la raza blanca, ayudada por la raza judía, que se ha convertido en blanca para las necesidades de la causa, ha querido invadirlo y explotarlo todo. Dondequiera que se ha impuesto, las razas atrasadas han tenido que desaparecer. Frente a las ruinas amontonadas por su furia conquistadora, en presencia de las matanzas originadas por

sus explotaciones, podemos preguntar si su misión no ha sido más nefasta que beneficiosa.

Hemos necesitado 150.000 años para salir de la animalidad, y en 10.000 se han extinguido las civilizaciones egipcia, caldea, griega, romana, india y árabe, mientras se desarrollaba paralelamente la raza amarilla. Asistimos hoy a un principio de decadencia de las razas latinas, que no tardará en ser agonía si no se verifica a tiempo una transformación social para detener la decadencia física y moral que entraña el sistema capitalista.

Si los pueblos siguen atrincherándose detrás de sus fronteras, quizá recogerán nuestra herencia las razas eslavas, que nos parecen más jóvenes porque llegaron más tarde a la corriente de la civilización europea. ¿Pero cuánto durará ese período? ¿Qué sucederá luego? ¿Cuál será la corriente regeneradora que vivifique nuestra raza anémica, agotada por los excesos de una civilización mal entendida y mal dirigida?

Cada civilización tiene su crepúsculo, ha visto surgir una raza nueva que, sabiendo asimilar los conocimientos de la raza a la cual sustituía, hará, en cambio, un cerebro nuevo, nuevas aptitudes, una sangre joven y vigorosa, y esa desaparición de las civilizaciones, demuestra que las razas no tienen más que cierta dosis de energía y aptitudes, y después de soltarla desaparecen o permanecen estacionarias.

Algunos amigos objetarán a lo que antecede que hoy ya no hay razas, que el mundo civilizado se divide en Estados, restos de un pasado que está en desacuerdo con la realidad, pero que constituye un todo indisoluble. La civilización, desde Francia a Rusia y desde América hasta Australia, es la misma. No hay razas, sino clases en presencia unas de otras.

Estamos convencidos de que, dadas las facilidades de locomoción entre los países, la enorme extensión de las relaciones internacionales, están llamadas las razas a desaparecer fundiéndose, mezclándose por los cruzamientos, y por eso nos ahoga la indignación al ver desaparecer pueblos enteros, antes de que hayan podido dar a nuestra civilización la nota original que podían poseer virtualmente. Cuando recordamos las matanzas de pueblos inofensivos, en las razas desaparecidas, o a punto de desaparecer, nuestro pensamiento se llena de melancolía y de tristeza, porque nos preguntamos si esos hermanos inferiores, poseerán algunas de las cualidades que nos faltan.

La raza blanca no ha podido comprender las razas atrasadas, las ha destruido. Si hubiera querido guiarlas a una fase superior de desarrollo, no hubiera alcanzado su objeto hasta recorrer una larga evolución, pero nunca ha deseado educar, ha querido explotar y la explotación se convierte a la larga en exterminio.

Resumiendo; en presencia de nuestro furor de dominación, preguntaremos si la civilización de los iroqueses, por ejemplo, es muy inferior a la nuestra. No tenemos derecho a proclamarnos superiores a aquellos incas, que a lo menos habían sabido asegurar la comida a todos los miembros de su sociedad, mientras la miseria roe nuestras civilizaciones modernas.

Nada justifica la teoría llamada de las razas inferiores; no sirve más que para cohonestar los crímenes de las razas llamadas superiores.

CAPÍTULO DECIMOSEXTO

¿Por qué somos revolucionarios?

Creemos haber demostrado el derecho de los individuos, sin excepción, a evolucionar libremente, y sin coacción, el derecho de todos a satisfacer completamente sus necesidades, lo mismo que la ilegitimidad de la autoridad, la propiedad y todas las instituciones que la clase de explotadores ha erigido para defender los privilegios que no ha podido garantizar más que despojando a la masa. Nos falta examinar los medios de derribar el estado de cosas que atacamos, de instaurar la sociedad, cuyo advenimiento reclamamos, y demostrar la legitimidad de esos medios, porque muchas personas que admiten nuestras críticas del presente estado social, aplauden nuestra visión de un mundo armónico, se asustan ante la idea de la violencia; preferirían trabajar poco a poco por la persuasión, tratando de mejorar gradualmente la sociedad actual.

En la naturaleza (dicen) todo se transforma por evolución, ¿por qué hemos de acudir a la violencia en sociología y no proceder como aquélla? Queriendo transformar a la fuerza la sociedad, os exponéis a trastornarlo todo sin producir nada bueno y os exponéis, sobre todo, a que acaben con vosotros, a traer una reacción tan violenta como el ataque, y hacer que retroceda el progreso muchos siglos.

Ese razonamiento que emplean hombres de buena fe, que discuten deseosos de ilustrarse, descansa en una apariencia de verdad y merece ser estudiado.

Verdad es que en la naturaleza todo se transforma por una evolución lenta, por una serie no interrumpida de progresos adquiridos poco a poco, imperceptibles si se los sigue en su evolución y que no se ven más que si se pasa bruscamente de un período a otro. Así ha progresado la vida en nuestro globo, así ha salido el hombre de la animalidad, por eso no se parece el hombre del siglo XIX al de la edad de piedra.

Se olvida una cosa; que para que esa evolución se verifique sin sacudida, es necesario que no encuentre ningún obstáculo en el camino; si el impulso adquirido es más fuerte que los obstáculos, los rompe o aborta. Cada vez que hay choque entre una cosa existente y un progreso, hay revolución, lo mismo cuando se sumerge un continente, que cuando desaparece del organismo una molécula; sea cual fuere la intensidad de lo que ocurra, hay revolución.

Por eso se reconoce hoy que las grandes revoluciones geológicas, lejos de haber sido provocadas por convulsiones espantosas y cambios bruscos procedentes de violentos impulsos interiores de nuestro globo, no son más que el producto de causas lentas, de cambios imperceptibles que han actuado durante millares de siglos. Ya se sabe que en nuestros días esas mismas causas que han puesto la tierra como la vemos hoy, siguen obrando y preparan una transformación nueva.

Las lluvias corroen en todas partes las montañas, se infiltran y disgregan los granitos más duros, nada revela el lento trabajo de la disgregación que se verifica. Pasan generaciones, sin que se noten modificaciones apreciables; sin embargo, se viene abajo un día la montaña, arrastrando bosques y pueblos, cegando el cauce de los ríos, torciendo su curso, sembrando ruinas y desolación con aquel cataclismo. Pero pasada la

emoción, la vida recupera sus derechos y surge por todos los poros, más fuerte y vivaz que nunca, de toda aquella materia trastornada.

La evolución se hace muy lentamente, pero llega un instante en que no puede continuar sin poner en peligro el orden de cosas existente; ha continuado su obra, y la montaña, socavada por la base, se derrumba, trastornándolo todo en su superficie.

Otro ejemplo. Sabido es que el mar se va retirando de ciertas costas e invadiendo otras. Sus olas, al estrellarse en ciertas llanuras, le arrancan materiales que le permiten invadir las tierras, mientras esos mismos materiales, transportados a otros lugares, ayudan a ganar terreno al mar. Ese trabajo es tan lento, que apenas se nota. A pesar de eso, llega (al cabo de 10.000 o de 100.000 años, es lo mismo) un momento en que la barrera que resistía al oleaje no es bastante compacta para contener sus ataques; se quiebra al último choque, y el mar, adquiriendo nuevas fuerzas en la resistencia que encuentra en su marcha, invade la llanura, todo lo destruye, hasta que se para al pie de una nueva barrera que servirá de dique a las olas durante un período más o menos largo, según la resistencia que posea.

Lo mismo ocurre en las sociedades. La organización social, las instituciones creadas para defender esa organización representan las barreras que se oponen al progreso. Todo tiende en la Sociedad a derribar esas barreras. Modificanse las ideas, transfórmense las costumbres, minando poco a poco el respeto a las instituciones antiguas que se conservan y quieren continuar dirigiendo la sociedad y a los individuos. El trabajo lento de disociación es a veces imperceptible para una generación. Se ven desaparecer costumbres, hundirse preocupaciones, pero esas desapariciones son tan inesperadas, se verifican con tanta lentitud, que nadie se entera; únicamente los ancianos, comparando las costumbres de su juventud, con las de la juventud que ha sustituido a la suya, se dan cuenta del cambio. Pero si se han transformado las costumbres, las instituciones y la organización social, siguen siendo las mismas; siguen oponiendo sus diques a las olas que las atacan y se estrellan a sus pies, contentándose con arrancar alguna que otra piedra. Las olas enfurecidas las pueden arrancar a millares. ¿Qué es una piedra, comparada con la masa imponente? Nada; pero esa piedra, las olas la arrastran consigo y en un nuevo ataque la arrojan contra el muro de que la han arrancado y les sirve de ariete para arrancar otras que también se transformarán en medios de ataque. Puede durar la lucha millares de años y el acantilado parece que no mengua hasta que, socavado por la base, se derrumba ante un nuevo ataque, dejando paso libre a las olas triunfantes.

¡Qué más quisiéramos nosotros, sino que la evolución de nuestra sociedad se verificara de una manera lenta, pero continua! Desearíamos que se verificara sin sacudidas, pero eso no depende de nosotros. Llevamos a cabo una obra de propaganda, sembramos nuestras ideas de renovación; es la gota de agua que se infiltra, disuelve los minerales, socava y llega al pie de la montaña. No podemos evitar que la montaña se derrumbe, destrozando los puntales con que la habéis consolidado.

Los burgueses son los únicos que están interesados en que la transformación se verifique sin sacudida. Por lo tanto, en vez de tratar de que la montaña siga como está, apuntalándola con ese objeto, deberían ayudarnos a nivelarla, haciendo que el agua corra lentamente hacia la llanura, llevándose los materiales inútiles o perjudiciales, donde levantarán el suelo hasta que quede igualada la superficie.

¡Insensatos! No quieren desprenderse de ningún privilegio; como el acantilado, se creen invulnerables. ¿Qué les importan las pocas concesiones que se les ha arrancado en un siglo? Sus prerrogativas son tan inmensas que no sienten demasiado lo que les falta, pero el oleaje ha abierto brecha; con los mismos materiales arrancados a sus explotadores, se lanza de nuevo al ataque, haciéndose de ello un arma para acabarlos de destruir. Hemos contribuido a la evolución; ellos y su resistencia insensata tendrán la culpa de que se transforme en revolución.

Basta estudiar desapasionadamente el funcionamiento del mecanismo social para ver que los anarquistas son llevados a la revolución sólo por la fuerza de las cosas. Han conocido que las causas de los males que padece la sociedad residen en su misma organización; que todos los paliativos propuestos por los políticos y los socialistas, nada pueden mejorar, porque atacan los efectos en vez de suprimir las causas.

El que está ahído, y ha satisfecho más o menos sus necesidades, puede aguardar con calma. Pero los que tienen hambre física e intelectualmente, conocido ya el mal, no se satisfacen con entrever mejor porvenir y quieren pasar del dominio de la especulación al de la acción.

Es muy natural que los individuos plenamente convencidos de una idea traten de propagarla y traducirla en actos. El hombre muy prendado de una verdad no puede dejar de hacer que la acepten otros, y que se realice sobre todo, contribuyendo a ello con sus actos. En la sociedad actual, tratar de poner ideas nuevas en práctica, ¿no es obra revolucionaria? ¿Pues cómo queréis que quienes lo han hecho todo para propagar las ideas nuevas, para dar a comprender los males que se padecen, y explicar sus causas y demostrar su remedio, y evidenciar las venturas de una sociedad mejor, vayan a suscitar dificultades a los hombres que tratan de realizar esas ideas que les han explicado? ¿Cómo queréis que les digan: seguid padeciendo; contentaos con esperanzas; tened paciencia, que tal vez consientan algún día nuestros explotadores en concederos algo? Eso sería una mofa.

Muy bien nos parecería que los burgueses comprendieran espontáneamente lo odioso de su situación, renunciaran a la explotación del trabajador, entregaran sus fábricas, sus casas, sus tierras y sus minas a la colectividad (que se organizaría para trabajarlas en provecho de todos), y sustituyeran el reinado de la concurrencia con el de la solidaridad. Pero no podemos suponer que los capitalistas y explotadores lleguen a ese ideal desinteresado, cuando hoy les parece poco el ejército, la policía y la magistratura para reprimir las reclamaciones más inocentes.

Hermosas son las teorías, admirables son las especulaciones sobre un porvenir mejor, pero si al reconocer las ignominias de la sociedad actual, se limitara a una filosofía de salón, discutida después de cenar opíparamente, si todo se limitase a baldías recriminaciones contra el actual orden de cosas, a estériles aspiraciones hacia el porvenir mejor, haríamos como el filósofo que, con la barriga bien llena y el bolsillo bien provisto, le dijera al desdichado hambriento: Hijo mío, te compadezco de todo corazón, me intereso mucho por tu suerte, y pido a Dios que la mejore; entre tanto, sé sobrio, y ahorra lo que puedas. Así tendrá la burguesía grandes probabilidades de que dure mucho la explotación, y los trabajadores estarían bien alejados del fin de sus padecimientos y miserias.

Afortunadamente, hemos visto que de las aspiraciones a la necesidad de realizarlas, no hay más que un paso, y ese paso están dispuestos a darlo muchos temperamentos; tanto más, cuanto que siendo esencialmente de acción la teoría anarquista, hay entre sus adeptos muchos de esos temperamentos revolucionarios. Por eso abundan los actos de rebelión, deplorados por los espíritus timoratos, pero, a nuestro parecer, pruebas del progreso de las ideas.

Ayudar a los explotadores es predicar la resignación a los explotados; eso que lo haga el cristianismo. Resignándose y aguardando, no se transforma la situación, hay que obrar, y la mejor manera de obrar es suprimir los obstáculos que se encuentren en el camino.

Bastante se han prosternado los hombres ante el poder, bastante han aguardado su redención de salvadores providenciales, demasiado han creído en los cambios políticos y en la eficacia de las leyes. La práctica de nuestras ideas exige hombres conscientes de sí mismos y de su fuerza, que sepan hacer respetar su libertad, sin convertirse en tiranos de los demás; que no esperen nada de nadie más que de sí mismos, de su actividad y de su energía; esos hombres no se encontrarán más que predicando la rebeldía y no la resignación.

Además, la idea anarquista no rechaza el concurso de los que, poco aficionados a la lucha activa, se limitan exclusivamente a sembrar ideas, a preparar la evolución futura. Todo cuanto ataque una preocupación, todo lo que destruya un error, todo lo que proclame una verdad cae bajo su dominio. Los anarquistas no desdeñan ningún auxilio, no rechazan ninguna buena voluntad, y no quieren más que tender la mano a cuantos puedan aportar algo nuevo. Se contentan con coordinar los esfuerzos, con sintetizar las aspiraciones, para que los individuos puedan leer en su propia voluntad.

Les es imposible a los anarquistas ser pacíficos, aunque quisieran; la fuerza misma de las cosas los impele a la acción. No se pueden soportar las molestias del polizone, cuando se ha comprendido lo innoble del papel que representa; no se pueden tolerar las insolencias de un golilla, cuando la reflexión le ha despojado de la aureola sagrada que le rodeaba; no se puede respetar al ricachón que se recrea en su lujo, cuando se sabe que ese lujo se forma con la miseria de centenares de familias.

No se puede consentir en ir al cuartel a servir de juguete a los cómitres de los explotadores, cuando se ha reconocido que la idea de Patria no es más que un pretexto y que el verdadero papel que reserva al trabajador es el de degollar a sus hermanos en miseria.

Cuando se ve que la miseria es el resultado de la mala organización social, y que la gente se muere de hambre porque otros se atracan y adineran para sus descendientes, no se acepta la muerte en el arroyo. Llega un momento, por pacífico que uno sea, en que a la fuerza se responde con la fuerza, y a la explotación con la rebeldía.

Es necesario que los que quisieran ver a la sociedad transformarse sin sacudidas, renuncien a esa esperanza, porque es imposible. Las ideas, al evolucionar, nos llevan a la revolución; podrá sentirse y deplorarse, pero el hecho es ese y hay que aceptarlo. Con lamentaciones nada se adelanta, y ya que la revolución es inevitable, no hay más que un

medio de impedir que se vuelva contra el progreso, y es tomar parte en ella, utilizándola para realizar el ideal entrevisto.

No somos de aquellos que predicán los actos de violencia, ni de los patronófobos (como antes eran clerófobos los burgueses), ni de los que excitan a los individuos a hacer tal o cual cosa, a verificar tal o cual acto. Estamos convencidos de que los individuos no hacen más que aquello que están decididos a hacer; creemos que los actos se predicán con el ejemplo y no con el escrito o el consejo; por eso nos limitamos a sacar las consecuencias de cada cosa, para que los individuos elijan lo que quieran hacer. Pero también estamos convencidos de que las ideas bien comprendidas deben multiplicar, en una marcha ascendente, los actos de rebelión.

Cuanto más penetren las ideas en la masa, más se despertará la conciencia de ésta, más intenso será el sentimiento de su dignidad, y por consiguiente, menos se podrán sufrir las molestias de un poder autoritario y la explotación de capitalistas ladrones, y más abundantes y multiplicados serán los actos de independencia. Ese resultado no nos disgusta, al contrario, porque cada acto de rebelión individual es un hachazo dado a los puntales del viejo edificio social que nos aplasta; y ya que se ha dicho que el progreso no puede llevarse a cabo sin sacudidas ni víctimas, saludemos a los que desaparecen en la terrible tormenta, esperando que su ejemplo haga surgir campeones más numerosos y mejor armados, para que los golpes sean de más efecto.

Sea cual fuere el número de los que perecen en la lucha, es muy chico si se compara con las víctimas innumerables devoradas diariamente por el Minotauro social. Cuanto más intensa sea la lucha, más breve será, y por consiguiente preservará más existencias consagradas a la miseria, a la enfermedad, a la consunción y a la degeneración.

CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO

Los medios se derivan de los principios

Ciertos hombres de buena intención, al menos así lo creemos, parecen estupefactos al ver a los anarquistas rechazar ciertos medios de lucha, por contrarios a sus ideas, y dicen: ¿Por qué no tratáis de apoderaros del gobierno, para obligar a los individuos a practicar vuestras ideas? Otros preguntan: ¿Por qué no enviáis diputados vuestros a la Cámara, y concejales vuestros a los municipios, donde podrían servir de mucho, y tendrían más autoridad para propagar vuestras ideas?

Por otra parte, algunos anarquistas, creyéndose lógicos, llevan el razonamiento hasta lo absurdo, y so color de anarquía, aceptan una porción de ideas que nada tienen que ver con ella. Por ejemplo, bajo pretexto de atacar a la propiedad, se han convertido algunos en defensores del robo, otros a propósito del amor libre, han llegado a sostener las fantasías y antojos más absurdos, que no vacilarían en llamar crápula y vicio si las vieran en los burgueses; los más atrevidos son los que declaran la guerra a los principios, que les parecen otra preocupación, y exclaman: Nada se me da de los principios; para llegar a la revolución, todos los medios son buenos, no nos debemos parar en remilgos extemporáneos.

Los que hablan así, yerran, a nuestro parecer, y si quieren recapacitar un poco, no tardarán en comprender que no todos los medios son buenos para llegar a la anarquía;

algunos hay contraproducentes. Pueden ofrecer una apariencia de buen éxito, pero en el fondo retrasarán la idea, harán triunfar a un individuo en detrimento del hecho, y por consiguiente, de las ideas que se profesan se deriva un principio director que debe guiar la dirección de los medios a propósito para garantizar la práctica de las ideas o facilitar su comprensión; principio tan ineluctable como una ley natural, que no se puede infringir sin ser castigado por la infracción misma, porque aleja al trasgresor del objeto deseado, dándole resultado contrario.

Tomemos como ejemplo el sufragio universal, del cual hemos hablado al principio de este capítulo; fácil es decir, como ciertos contradictores, que tratamos de enviar diputados a las Cámaras para imponer los cambios solicitados, o agrupar fuerzas más fácilmente para organizar la revolución.

Con una oposición bien entendida y bien guiada podrían realmente traer una revolución los votos, lo mismo que cualquier otro medio, pero como el voto es un perfecto instrumento de autoridad, no podría producir más que una revolución política y autoritaria; por eso lo rechazan los anarquistas, como rechazan toda autoridad.

Si nuestro ideal no fuera más que verificar una transformación de la sociedad por medio de un poder fuerte que pesara sobre la multitud bajo una fórmula dada, podríamos tratar de utilizar el sufragio universal y procurar que la masa confiase a algunos de los nuestros la misión de cuidar de sus destinos, aplicando nuestras teorías, aunque hayamos visto en el capítulo de la autoridad que el sufragio universal no sirve más que para dar relieve a las medianías y que exige bajezas y flojedad en los que aspiran a la elección, para que un hombre sincero y algo inteligente consienta en presentar su candidatura.

Precisamente, lo que constituye la debilidad del partido colectivista en sus luchas electorales, es que hombres de mayor inteligencia relativa, han sido derrotados por posibilistas que no son más que papagayos de tribuna, sin fondo alguno; es que han querido conservar intacto (aunque no en todas partes) su programa revolucionario y presentarse al mismo tiempo con un programa de reformas. El elector, aunque suela ser bastante sandio, ha dicho para su capote: Si a pesar de todo he de hacer la revolución, ¿para qué tengo que pedir reformas? Si esas reformas no han de evitar el acudir a las armas, ¿para qué he de votar diputados para la Cámara? Si no ha razonado en esa forma concreta, lo cual sería superior a la inteligencia media de los electores, eso es lo que resulta de los debates de las reuniones electorales, eso es lo que percibe instivamente su cerebro; y ha votado el elector por los radicales que ensalzaban la eficacia de las reformas que prometían, y a un escaso número de posibilistas, que también han predicado las virtudes de las panaceas parlamentarias, adornándolas (para lisonjear a los trabajadores) con algunos ataques contra la burguesía, pero guardándose muy bien de hablar de revolución, encontrando más beneficioso intrigar con los partidos políticos para asegurar la elección de los candidatos, por el sistema del toma y daca.

El sufragio universal es un medio de ahogar la iniciativa individual que proclamamos, y que hemos de procurar desarrollar con todas nuestras fuerzas. Es un instrumento de autoridad, y perseguimos la emancipación integral de la individualidad humana; es un instrumento de compresión y nosotros queremos inspirar la rebelión. Lejos de podernos servir, el sufragio universal ha de estorbarnos; debemos de combatirlo.

Diciendo a los individuos que no se entreguen a amo ninguno, que obren según su inspiración propia, que no soporten coacción que los obliguen a hacer lo que les parezca mal, no podemos pedirles que se dobleguen a las intrigas de bastidores de un comité central, que elijan hombres que se encargarán de fabricar leyes para que las acaten todos, y entre cuyas manos habrán de abdicar toda voluntad y toda iniciativa.

Sería esa una contradicción flagrante, que verían hasta los menos clarividentes, porque esa contradicción inutilizaría nuestras armas, demostrando lo que realmente seríamos si nos rebajáramos hasta esos medios de farsantes vulgares.

Sabemos además lo imperfecto de la naturaleza humana y nos arriesgaríamos a elegir ambiciosos e intrigantes que, colocados en un medio burgués, lo aprovecharían para crearse una posición, abandonando las ideas. A los sinceros los enviaríamos a un ambiente corrompido en que su buena fe no haría más que demostrar su impotencia y tendrían que retirarse o doblegarse a las costumbres parlamentarias, acabando por emburguerizarse.

Los que tratamos de precaver a las masas contra la afición a las individualidades, y tratamos de hacerles comprender que nada pueden esperar de ellas, no habríamos trabajado más que para ensalzar a unos cuantos individuos. La traición de estos sería desfavorable para las ideas. Serían más los que dijeran: los anarquistas son lo mismo que los demás, que los que supieran distinguir entre ideas e individuos, y no culpar a aquellos de la debilidad o indignidad de estos.

Después de haber perdido un tiempo precioso y gastado fuerzas inútilmente para hacer triunfar a tales individuos, necesitaríamos perder otro tiempo, no menos precioso, y gastar fuerzas no menos inútilmente, para demostrar que semejantes individuos son traidores, que su traición no invalida lo justo de las ideas preconizadas, ¿para qué? ¿para presentar otros candidatos? Esta comparación de la manzana podrida que hecha a perder todo un cesto de manzanas sanas es muy conocida, pero muy verdadera, y más verdadera cuando se trata de colocar una sola manzana sana en un carro de manzanas podridas. Por consiguiente, no podemos servirnos del sufragio universal, no sólo porque nada puede producir, sino por ser contrario al objeto que nos proponemos y a los principios que defendemos.

Otros contradictores, y algunos anarquistas con ellos, dicen que en tiempo de revolución hará falta -no la autoridad de un jefe, no llegan a tanto- sino reconocer la supremacía de algunos y subordinarse a las aptitudes que se le reconozcan.

¡Extraña anomalía, residuo de las preocupaciones que nos imbuyeron, retroceso atávico de nuestra educación, que hace que proclamando la libertad a grandes gritos, retrocedamos asustados ante sus consecuencias, lleguemos a negar su propia eficacia y reclamemos la autoridad para conquistar ... la libertad! ¡Qué inconsecuencia!

¿El mejor medio de emanciparse, no es usar la libertad, obrando según inspiración propia, y rechazando toda tutela? ¿Se ha visto nunca que se empiece por atar las piernas del niño a quien se quiere enseñar a andar?

Dícese que hay cosas que conocen mejor unos individuos que otros, y antes de obrar sería bueno consultar a esos individuos y subordinar nuestros actos a lo que nos enseñaran.

Siempre hemos sostenido que la acción individual no excluye la inteligencia común para una acción colectiva, que de esa inteligencia se derivaría una organización, una especie de división del trabajo, que hiciera a cada individuo solidario de otro, que le impulsara a adaptar su acción a la de sus compañeros de lucha o de producción, pero de eso a reconocer que cada individuo tenga que abdicar su voluntad en las manos de aquel a quien reconociera más aptitud para cosas determinadas, hay mucha distancia.

Por ejemplo, cuando vamos de campo con muchos amigos y nos fiamos de los conocimientos de uno de ellos para que elija el sitio, ¿se sigue de eso que le convirtamos en nuestro amo, y que nos comprometemos a seguirle ciegamente, llévenos adonde nos lleve? ¿Le damos autoridad para obligarnos, si nos negáramos a seguirle? No. Si alguno de nosotros conoce el camino, le seguiremos los demás por donde nos lleve, porque le suponemos capaz de llevarnos adonde queremos ir, y sabemos que allá va él, pero no hemos abdicado nuestra iniciativa ni nuestra voluntad.

Si durante el trayecto, se percata alguno de nosotros de que el guía se engaña o quiere extraviarnos, usaremos de nuestra iniciativa para enterarnos bien y para tomar, en caso necesario, el camino que nos parezca más directo o agradable.

Lo mismo debe ocurrir en tiempos de lucha. Por lo pronto, los anarquistas. han de renunciar a la guerra de ejército contra ejército, a las batallas campales, a las luchas de estrategias y tácticas que hacen evolucionar a los cuerpos de ejército, como los jugadores de ajedrez a los peones en el tablero. La lucha deberá aplicarse principalmente a destruir las instituciones, a quemar los títulos de propiedad, los libros catastrales, los papelotes de notarios y procuradores y los registros, a derribar los mojones, a destrozar el registro civil, etc. Expropiación de los capitalistas, toma de posesión en nombre de todos, almacenamiento de los objetos de consumo para que todos dispongan libremente de ellos, todo eso deben hacerlo grupos pequeños y dispersos, escaramuceando y no batallando. Esa guerra es la que procurarán desarrollar en todas partes los anarquistas, para hostigar a los gobiernos, para obligarlos a dispersar sus fuerzas, para diezmarlos al por menor.

Para eso no se necesitan jefes. En cuanto alguien se entere de que algo se puede intentar, predique con el ejemplo para arrastrar a los demás, que le seguirán si son partidarios de la empresa, pero que, al adherirse a ella, no abdicarán su iniciativa siguiendo al que les parezca más apto para dirigirlos, tanto más, cuanto que si de camino alguno ve la posibilidad de otra maniobra, no pedirá al primero permiso para intentarla, sino que se lo comunicará a sus compañeros de lucha. Estos contribuirán a ella o la rechazarán.

En la anarquía, el que sabe enseña a los que ignoran; el primero en concebir una idea la lleva a la práctica, explicándosela a los que quiere arrastrar, pero no hay abdicación temporal, no hay autoridad, no hay más que iguales que se ayudan mutuamente según sus facultades respectivas, sin abandonar ni un átomo de sus derechos y autonomía. El mejor medio de que la anarquía triunfe, es obrar como anarquistas.

Lo mismo veríamos al pasar revista a todos los medios de lucha que nos proponen. Por odio a la propiedad hay anarquistas que han llegado a querer justificar el robo, y llevando la teoría hasta el absurdo, no censuran el robo entre compañeros.

No es nuestro propósito formar causa al ladrón; dejamos esa labor a la Sociedad burguesa de la cual es producto, pero al combatir por la destrucción de la propiedad individual, lo que principalmente queremos destruir es la apropiación de los medios de existencia por unos pocos, en detrimento de todos. Y para nosotros, cuantos tratan por cualquier medio de crearse una posición que les permita vivir como parásitos a costa de la Sociedad, son burgueses y explotadores aunque no vivan directamente del trabajo de los demás, y el ladrón no es más que un burgués sin capital que no pudiendo explotarnos legalmente, trata de hacerlo ilegalmente, sin perjuicio de convertirse, cuando sea propietario, en ferviente admirador del juez y la guardia civil.

¿Qué predicamos los partidarios de la revolución para conseguirla con más seguridad? El vigor de la dignidad humana, la valentía de los caracteres, la independencia de la voluntad, que no permite tolerar una orden, provoca la insurrección contra el despotismo y rechazar cuanto parece falso y absurdo.

Todos los medios torcidos, todos los recursos que implican bajezas, ruindades y pequeñeces para librarse de la ley, nos parecen perjudiciales para la propaganda y contrarios al objeto perseguido, porque exigen servilismos que rechazamos en otros casos, y en lugar de elevar los caracteres, los rebajan y deprimen, acostumbrándolos a gastar su voluntad con medios ruines: por ejemplo, aprobamos y queríamos ver diariamente aquellos actos del individuo que, irritado por la mala organización social, se apodera a viva fuerza y a la luz del día de aquello que necesita, reivindicando altivamente el derecho a la existencia, pero no aprobamos los hechos incluidos en la serie de los robos ordinarios, porque no llevan consigo el carácter de reivindicación que quisiéramos ver unido a todo acto de propaganda.

También se ha hablado mucho de la propaganda por el hecho y se han dicho mil desatinos a este propósito, tanto por quienes la preconizan como por los que la atacan.

La propaganda por el hecho no es más que el pensamiento puesto en acción, y en el capítulo precedente hemos visto que, sentir profundamente una cosa, es quererla realizar. Con esto basta para contestar a los detractores; en cambio, ciertos anarquistas, más entusiastas que ilustrados, todo lo quieren arreglar con la propaganda por el hecho; no se les ocurre más que matar burgueses, asesinar patronos, incendiar fábricas y monumentos; el que no hable de incendios o muertes, no es anarquista. Defendemos la acción; ya hemos dicho que es el florecimiento de la idea, pero es necesario que esa acción tenga un objeto, sea consciente de lo que hace, traiga el resultado buscado y no sea contraproducente.

Tomemos como ejemplo el incendio de una fábrica en actividad que ocupe 50, 100, 200 o 300 obreros. El director de la fábrica es un hombre como la mayoría de ellos, ni muy bueno ni muy malo; si se prende fuego a la fábrica nada más que porque sí, no se conseguirá más que dejar a los obreros en la calle; enfurecidos éstos por la miseria momentánea a que se ven reducidos, no irán a averiguar las razones que impulsan a los autores del acto, sino que desahogarán su ira en los incendiarios, y contra las ideas que les pusiera la tea en la mano. Esas son las consecuencias de un acto irracional.

Pero supongamos, en cambio, un estado de luchas entre patronos y obreros, o una huelga cualquiera. En esa huelga habrá, seguramente, patronos más feroces que otros, que con sus exacciones hayan ocasionado la huelga o la hagan durar con sus intrigas, inclinando a sus compañeros a resistir las demandas de los huelguistas. Supongamos que a uno de esos patronos se le mata en la revuelta de un camino, poniéndole un letrado que explique que se le ha matado por explotador, o se incendia su fábrica por los mismos motivos. No hay medio de engañarse acerca de las razones que hayan hecho obrar a los autores de esos actos, y podemos estar seguros de que los aplaudiría todo el mundo trabajador. Ese es el acto razonado, lo cual demuestra que siempre deben derivarse de un principio directivo.

El fin justifica los medios es una divisa jesuítica que ciertos camaradas creen oportuno aplicar a la anarquía, pero que no se debe aplicar en realidad más que al que busca la satisfacción egoísta de necesidades puramente personales, sin que le importe hacer daño a los demás; pero cuando se busca la satisfacción en la solidaridad y la justicia, los medios empleados siempre deben ser apropiados al fin, so pena de que resulte lo contrario de lo que se desea.

CAPÍTULO DECIMOCTAVO

Revolución y anarquía

Si hay entre los anarquistas esa divergencia en el modo de apreciar los medios de acción, procede eso de que algunos, más arrebatados por el temperamento que impulsados por las ideas, creyendo combatir por la anarquía, no tienden más que a la revolución, creyendo que en ésta está, por su esencia, todo el ideal anarquista, lo mismo que los republicanos antiguos creían que se abriría una era de grandeza y prosperidad para todos en cuanto se proclamase la República. Inútil es hacerles notar las decepciones que se han sucedido en la masa obrera desde que se instauró el régimen republicano; Prevengámonos contra aquellas no menos terribles que sufriríamos, si nos acostumbásemos a esperar todo de la revolución, convirtiéndola en fin, cuando no es más que un medio.

Esos amigos parten del principio, laudable desuso, de que están penetrados: que se pueden agrupar elementos, para llevar a cabo la revolución; que se puede juntar bastante gente para intentar levantamiento; crear situaciones para que estalle la revolución y que las agrupaciones revolucionarias organizadas podrán hacer evolucionar en la dirección que convenga darles. Por eso aceptan ciertos medios que les parecen convenientes para apresurar el momento revolucionario; por eso se esfuerzan en tratar de reunir cuanto les parece revolucionario, con un programa mixto, dejando aparte ciertos pormenores, ciertos matices que impedirían el acuerdo, y los obligarían a eliminar a ciertos individuos que les parecen temperamentos revolucionarios.

Nosotros estamos persuadidos de que la revolución vendrá sin nuestra ayuda, antes que seamos bastante numerosos para provocarla; pensamos que la organización viciosa de la sociedad nos lleva fatalmente a ella, y que complicándose la crisis económica con un hecho político cualquiera, bastará para inflamar la pólvora y hacer que estalle ese movimiento que quieren provocar nuestros amigos.

Para cuantos no se pagan de palabras y no se tapan la cabeza para no ver los hechos, es evidente que esta situación no puede prolongarse mucho. El descontento es general, y dio mucha fuerza al movimiento boulangierista que sólo fracasó por la estupidez y cobardía de sus jefes. Pero lo que éstos no lograron otros pueden conseguirlo.

Si no es tan agudo como cuando aquel movimiento, el descontento no deja de existir, y no es menos profundo ni extenso. Lejos de apaciguarse, aumenta la crisis comercial, cada vez es más difícil contratar trabajadores, los que están parados ven crecer sus descansos forzosos, el ejército de gente sin trabajo aumenta diariamente. En invierno volveremos a ver las largas procesiones de pordioseros mordidos por el frío y el hambre, aguardando con ansia a la puerta de los cuarteles, de los hospitales, de las fondas y de ciertos filántropos, la hora de distribuir las sobras o un pedazo de pan.

Y como esa situación no puede prolongarse, como los individuos acabarán por cansarse de perecer de hambre, se rebelarán.

Creemos que en esa revolución, tanto más fuerte será la acción anarquista, cuanto más se hayan propagado las ideas y hayan sido mejor comprendidas y dilucidadas, y queden completamente libres del farrago de preocupaciones que nos dejaron la costumbre, la herencia y la educación. Lo que buscamos principalmente es precisar las ideas, esparcirlas, agrupar compañeros conscientes, evitando toda concesión, que pudieran velar un rincón de nuestro ideal; no queremos, bajo pretexto de acrecentar nuestro número, aceptar ninguna alianza, ningún compromiso que, en un momento dado, pudiera constituir una traba o poner en duda algo de lo que queremos.

Digamos otra vez que la revolución no es un fin, es un medio, inevitable ciertamente, al cual habrá que recurrir, pero que no tiene más valor que respecto al fin a que se dirige. Dejemos a la Sociedad, por sus escandalosas injusticias, el trabajo de crear revolucionarios, creando descontentos y rebeldes; tratemos de crear individuos conscientes, que sepan lo que quieran; en una palabra, anarquistas perfectos, revolucionarios de verdad, pero que no tiendan sólo a la violencia, sino a que ésta sirva para algo.

Ya sabemos lo que nos contestarán algunos contrincantes. Nos dirán: ¿Qué han producido hasta ahora vuestras hermosas teorías sobre la iniciativa, sobre la espontaneidad de los individuos? ¿Qué hacen vuestros grupos diseminados y sin relaciones? ¿No tenéis que combatir vosotros mismos actos y teorías, que se trata de hacer pasar como anarquistas, que os negáis a admitir?

Es evidente que la propaganda anarquista no ha dado todos los resultados que exige su extensión, que no la han comprendido todos aquellos que la defienden, pero eso prueba justamente la necesidad de elaborarlas más, de no temer las repeticiones, para concentrar la atención en los puntos que se quieren dilucidar.

Además, si los esfuerzos de los anarquistas están faltos de una coordinación consciente, de organización real y tangible, esos esfuerzos no debían de ser considerables. A lo menos tienen la coordinación que da la visión común del mismo objeto perseguido y claramente definido. Sea en Francia, en España, en Inglaterra, en América o en Australia, los anarquistas quieren la supresión de la propiedad individual, la destrucción

de la autoridad, la autonomía completa del individuo sin restricción alguna. Ese es el fondo común de la idea.

Puede haber divergencias en el empleo de los medios necesarios; aún no hemos alcanzado el ideal, pero vamos a él insensiblemente, y cuando hayamos llegado a no tener miedo a ciertas palabras, bajo las cuales se confunden cosas desemejantes, no tardaremos en ver establecidas una inteligencia y una organización verdaderamente serias y completamente libertarias entre los distintos grupos internacionales, inteligencia y organización tanto más duraderas, cuanto más se deriven de los hechos y no de una inteligencia ficticia, compuesta de concesiones.

Cuanto a saber si hay actos y teorías que no han de aceptarse, es evidente que existe un género de propaganda, que se ha deslizado entre nosotros y que ha contribuido a extender entre nosotros la exageración de temperamento de ciertos camaradas, contra el cual debemos precavernos con todas nuestras fuerzas.

Pero no llegaremos a guardarnos de los hermanos falsos, de los principios e ideas falsos, declamando contra los principios y empujando hacia la revolución. No hay más que un medio de separar las ideas anarquistas de las ideas emitidas para aliviar el movimiento, y es trabajar más toda vía para dilucidarlas, expurgar más nuestro procedimiento de todos los restos de preocupaciones autoritarias, hacer que aquellos a quienes nos dirigimos nos comprendan y puedan discernir si tal o cual acto es anarquista, y tal o cual otro contrario; más eficaz será eso que provocar exclusiones en grande.

A los que ansían impacientes la realización de nuestro sueño de ventura y armonía, lo que ahora ocurre en nuestras filas puede desalentarlos, y desesperarán de que salga alguna vez la buena inteligencia del caos de ideas que, con el nombre de anarquía, guerreen más o menos contra los burgueses. Pero es propio de toda idea nueva que viene a destruir el orden de cosas existente crear, por lo pronto, el caos y el desorden.

Dejemos que chillen los impacientes, precisemos las teorías y las ideas, hagamos que sean más reflexivas, más conscientes, que se coordinen tanto mejor cuanto menos obedezcan a imposiciones, y no se dificulte la libre evolución del espíritu. Repitémoslo hasta la saciedad; desarrollando la idea anarquista es como se crean hombres conscientes y acrecentamos las probabilidades de buen éxito de la revolución.

Lo que ha contribuido a inculcar a muchos compañeros el error de que los principios eran una traba, un estorbo para la lucha, es que, al ver esa cacofonía de ideas y esfuerzos, desesperando de ver agrupada una fuerza suficiente para dar una revolución, llaman metafísica a la discusión profunda de las ideas, y no encontrando entre nosotros esa fuerza que creen poder adquirir por otros medios, vuelven al sistema autoritario que creen cándidamente haber despojado de toda autoridad, porque le han dado otro nombre. Impacientes por luchar, no ven que, aunque parecen aislados, los esfuerzos de los combatientes convergen hacia el mismo objeto, y que no les falta a esta coordinación más que ser razonada, para disponer de toda la fuerza que quieren darle, lo cual no se logrará más que difundiendo las ideas cada vez más.

Esos compañeros dicen: Queremos que cuando un camarada nos prometa su auxilio, podamos contar con él, y que no venga, so pretexto de libertad, de autonomía individual, a faltar a su palabra el día de la batalla.

Somos de la misma opinión, pero entendemos que la propaganda es la llamada a demostrar a los individuos que no deben comprometerse más que a lo que puedan cumplir, y que cuando se hayan comprometido faltarán a la honradez si no hacen lo que prometieron, nuestra propaganda demostrará los buenos efectos de la inteligencia y confianza completas entre compañeros. ¿De qué servirían, si no, todos los compromisos previos? Aunque se inscribiera con caracteres colosales en los programas preparados anticipadamente, que los individuos deben cumplir los compromisos adquiridos, ¿qué harán los que no dispongan de fuerza coercitiva, para constreñir a los que violen sus promesas? Hagamos menos caso de la impaciencia, y más de la razón, y veremos que la metafísica no reside en lo que se supone.

CAPÍTULO DECIMONONO

Ineficacia de las reformas

Al explicar por qué somos revolucionarios, hemos procurado demostrar que la miseria y el descontento engendrados por la mala organización social nos llevan derechamente a la revolución y que, obligados por la fuerza de las cosas a tomar parte en ella, nos interesa prepararnos. Otra razón hay de la cual no hemos hablado más que incidentalmente, y que también es muy importante, puesto que explica por qué no se ocupan los anarquistas en luchar por tener ciertas reformas, presentadas a los trabajadores como panaceas p medios evolutivos de alcanzar gradualmente su emancipación.

Hemos de demostrar que, dada la organización capitalista, la separación de la Sociedad en dos clases, una de las cuales vive a expensas de la otra, en nada se puede mejorar la clase explotada sin aminorar los privilegios de la explotadora y que, por lo tanto, la reforma es ilusoria, un cebo para adormecer al trabajador y hacerle gastar las fuerzas en conquistar pompas de jabón que se le rompen en las manos cada vez que quiere cogerlas; y si la reforma pudiera transformar la situación, los privilegiados que detentan el poder se esforzarán en impedir su aplicación o en aprovecharla ellos, y siempre habrá que acabar por recurrir a la violencia.

No hemos de pasar revista a todas las reformas inventadas por políticos apurados, ni criticar todos los camelos electorales expuestos por los candidatos; tendríamos que escribir centenares de tomos.

Creemos que hemos demostrado que la miseria procede de la mala organización económica; el lector comprenderá que prescindamos de todas las que se refieran a cambios políticos. Las reformas económicas que merecen ser discutidas son pocas y fáciles de enumerar:

El impuesto sobre la venta.

La reducción de las horas de trabajo y determinación de un salario mínimo.

La elevación del impuesto sobre las herencias y la abolición de éstas para los colaterales.

Hablemos, para no olvidarla, de la formación de sindicatos y su transformación en sociedades cooperativas de producción, y habremos enumerado todo el programa

reformista de los que quieren transformar la sociedad por la evolución. Su cantidad es poca, veamos la calidad.

Bastará con estudiar el mecanismo de la Sociedad, con investigar los orígenes de la riqueza, para darse cuenta de que la supuesta reforma no reformaría nada, que no es más que un grosero señuelo destinado a extraviar a los trabajadores, haciéndoles esperar mejoras que no llegarán nunca, impidiéndoles buscar los verdaderos medios para emanciparse.

Muchos burgueses debe de haber que se asusten sólo con ver anunciar la reforma, y se vean ya de8pojado8 por la vil muchedumbre; abundan en la burguesía esos cobardes que se espantan de cualquier ruido, se esconden a la menor alarma, y chillan desesperadamente en cuanto creen que se va a poner mano en cualquiera de sus privilegios.

Puede, que también haya (entre quienes proponen esa reforma) algunos que crean de buena fe en su eficacia. Los chillidos de unos y la candidez de otros, contribuyen admirablemente a engañar a los trabajadores, a hacerles tomar por lo serio la diversión que les impide escuchar, cuando se les demuestra que nada tienen que esperar de sus explotadores, que su emancipación no será real hasta que no haya privilegios.

En la época del diezmo, sabían los trabajadores a qué atenerse sobre lo que pagaban a dueños y tiranos: tanto para el señor, tanto para el cura, etc. Al fin y al cabo, se enteraron de que a ellos les quedaba muy poco. Hicieron la revolución. La burguesía se apoderó del gobierno, y como el pueblo se había batido para abolir el diezmo, y no hubiera sido político restablecerlo, la burguesía inventó el impuesto y las contribuciones indirectas. Así se sigue cobrando el diezmo, pero como los capitalistas, traficantes y otros mediadores, son los que adelantan el diezmo al Estado, reintegrándose con exceso a costa del productor y el consumidor, y como éstos no tratan directamente con el fisco, no pueden darse cuenta de lo que ellos pagan, y todo va muy bien en el mejor de los mundos burgueses posibles.

Parece que se pagan de 130 a 140 francos de impuesto al año por cabeza en Francia; poco es eso. ¿Por qué nos hemos de privar del placer de tener un gobierno que asegure nuestra dicha por tan poco dinero? Es baratísimo, y sería tontería renunciar a ello. Muy barato es, en efecto, y el trabajador no se entera de que, siendo el único que produce, es el único que paga, no sólo abona su parte alícuota, sino también la de todos los parásitos que viven a costa de su trabajo.

Y es que, sean cuales fueren los sofismas con que los economistas burgueses han querido apuntalar la existencia de los capitalistas, lo cierto es, que el Capital no se reproduce por sí mismo, y no puede, ser más que el producto del trabajo; y como los capitalistas no trabajan, su capital es el producto del trabajo ajeno; todo ese comercio de individuo a individuo, de pueblo a pueblo, esos cambios, ese tránsito, son efectos del trabajo, la ganancia recogida por los intermediarios, es el diezmo arrancado por los poseedores del Capital, al trabajo de los productores.

¿Es el dinero gastado el que hace producir a la tierra el trigo, las legumbres y los frutos que han de alimentarnos, o el cáñamo y el lino con que nos vestimos, o los pastos que comen los animales que nos alimentan? ¿Dan las minas los metales que sirven para la

industria y para fabricar las herramientas y utensilios que nos son necesarios, por la fuerza sola del capital? ¿Es el Capital el que transforma la primera materia y la convierte en objetos de uso? ¿Quién se atrevería a sostenerlo? La misma economía política que todo lo hace depender del Capital, no llega hasta ese punto. Trata únicamente de demostrar que, siendo indispensable el Capital para llevar a la práctica cualquiera explotación, tiene derecho a la mayor parte del producto, por el riesgo y ventura que corre en la empresa.

Para demostrar la inutilidad del capital, bástenos reproducir la repetida hipótesis de imaginar la desaparición de todos los valores monetarios: oro, plata, billetes de Banco, efectos comerciales, libranzas, talones y otros valores de cambio, ¿se dejaría de producir entonces? ¿Dejaría el aldeano de labrar sus terrones, y el minero de arrancar su subsistencia a la mina, y el obrero de fabricar objetos de uso? ¿No encontrarían los trabajadores medios de prescindir del numerario para el cambio de sus productos y para continuar viviendo y produciendo sin dinero? La respuesta afirmativa a esas preguntas nos lleva a afirmar que el capital no es, para los parásitos, más que un medio de disfrazar su inutilidad, de justificar su mediación, que imponen a los productores para cobrar el diezmo del trabajo ajeno. Sea cual fuere el medio que emplee el Estado para atacarlos en sus rentas, esos ataques acabarán por caer sobre los productores, puesto que ya las rentas salen del trabajo.

Cuanto mayor sea la carga con que se les abrume, más pesadamente recaerá sobre los trabajadores, puesto que la acrecentarán los intermediarios, y al fin y al cabo la cacareada reforma se transformará, por la mala organización social, en medio mayor de explotación y robo.

Después del impuesto sobre la renta, que tuvo su período de auge, la reforma más ponderada a estas horas es la reducción de las horas de trabajo con la determinación de un *mínimum* de salario.

Reglamentar, en favor de los obreros, las relaciones entre el trabajo y el capital, conseguir no trabajar más que ocho horas en vez de doce, parece a primera vista enorme progreso, y no es de asombrar que muchos lo crean así y empleen todas sus fuerzas en lograr ese paliativo, creyendo que trabajan por la emancipación de la clase proletaria.

Pero en el capítulo de la autoridad hemos visto que ésta no tenía más que una misión, defender el actual orden de cosas; por consiguiente, pedir que el Estado intervenga en las relaciones sociales entre el capital y el trabajo, es demostrar gran falta de lógica, pues su intervención ha de aprovechar únicamente a sus defendidos.

Estudiando la reforma del impuesto hemos visto que el papel del capitalista era vivir a costa del productor; es burlarse abominablemente de los trabajadores aconsejarles que pidan a los burgueses que acorten sus beneficios cuando agotan todos los medios para acrecentarlos. Se han hecho revoluciones para alcanzar cambios políticos, que estaban lejos de tener tanta importancia.

Si la jornada de trabajo se redujera a ocho horas, dicen los defensores de esa reforma, disminuirían los paros que proceden de la producción excesiva, trabajaría todo el mundo, y eso permitiría a los obreros un sucesivo aumento de salario.

Parece lógico ese razonamiento a primera vista, pero es muy falso para el que se da cuenta de los fenómenos engendrados por la organización viciosa de lo que se llama la sociedad actual.

Hemos demostrado en el capítulo de la Propiedad que si los almacenes están llenos de productos, no es por exceso de producción, sino porque la mayoría de los productores está en la miseria y no puede consumir según sus necesidades: el medio más lógico de que el obrero no carezca de trabajo, sería que se apoderara de los productos fabricados (de los cuales se le despoja) y los consumiera; no nos entenderemos más sobre esto; lo único que nos queda por demostrar es que la aplicación de la reforma no reportaría al trabajador ninguna ventaja pecuniaria.

Cuando un burgués emplea su capital en una industria, es porque espera que esa industria hará fructificar aquellos capitales. En el estado actual, el patrono juzga que necesita diez, once o doce horas para sacar de un obrero la ganancia que se ha propuesto. Reducida la jornada de trabajo a ocho horas, resultará perjudicado el patrono, y fracasan sus cálculos, pero como necesita que sus capitales le produzcan determinado tanto por ciento, y su trabajo como capitalista consiste en sacar esa ganancia, en comprar lo más barato y en vender lo más caro posible, o sea en robar a todos aquellos con quienes efectúa transacciones, ya buscará una combinación nueva para sacar lo que se le quiere arrebatar.

Tres medios podrá emplear: o aumentar el precio de los productos, o disminuir el salario de los obreros, o hacer producir a estos en ocho horas la misma cantidad de trabajo que producían en doce.

Los promovedores de la reforma han precavido uno de esos medios pidiendo la fijación de un *mínimum* de jornal; es probable que los patronos no pensarán en aumentar sus productos, porque se lo impediría la competencia; de todos modos, la carestía de los víveres, que acompaña a la progresión de los salarios nos demuestra que el trabajador no tardaría en soportar todo el peso de la reforma, y si conservara el salario actual por ocho horas de trabajo, sería más desdichado que ahora, porque la subida de los artículos de consumo haría inferior aquel salario.

La América del Norte, y la del Sur demuestran que, donde quiera que el trabajador ha conseguido buenos jornales, han subido en proporción los artículos de consumo, y si ha conseguido que le paguen cuatro duros diarios, necesita cinco para vivir, como puede vivir un obrero que se gana bien la vida, de modo que siempre sale perdiendo.

Pero en estos tiempos de vapor y electricidad, la concurrencia no consiente retrasos; hay que producir de prisa y barato, de modo que los explotadores no tratarán de desquitarse aumentando el precio de los productos. El último medio, el de hacer producir en ocho horas tanto como se producía en doce, es el indicado para los explotadores interesados en conservar sus ganancias.

El obrero tendrá que producir más de prisa; por consiguiente, el exceso de productos que se quería evitar, el paro que se intentaba suprimir, sobrevendrán lo mismo que antes, puesto que la producción será la misma y el trabajador no estará en condiciones de consumir más.

Y los inconvenientes de la reforma no se limitarán a eso; tiene otros más serios: primeramente, la reducción de la jornada de trabajo originará el perfeccionamiento de las máquinas y acrecentará la sustitución del trabajador de carne por el trabajador de hierro, lo cual sería un progreso en una sociedad bien organizada, pero en la actual agrava la miseria del trabajador.

Además, obligado el obrero a trabajar más rápidamente, se verá obligado también a activar sus movimientos, y a concentrar más su atención en el trabajo; todos los resortes de su ser estarán en tensión continua, más perjudicial para su salud que la prolongación del trabajo.

La duración será menos larga, pero, gastando más fuerza en mucho menos tiempo, se cansará más pronto el trabajador.

En Inglaterra, que se nos presenta como ejemplo por los partidarios de ese proyecto, y donde está en vigor la jornada de nueve horas, ésta, en vez de ser una mejora, es una agravación para los trabajadores. Karl Marx, oráculo de los que preconizaban el hermoso proyecto, nos dará las pruebas que necesitamos.

Abramos, por ejemplo, *El Capital*, de dicho autor, y veremos en la página 105 este fragmento de una memoria de un inspector de fábrica:

Para conservar nuestra cantidad de productos, dice la casa Cochrane de la Brittain Pottery Glasgow, hemos recurrido a emplear por mayor máquinas que hacen superfluos a los obreros hábiles, y cada día nos demuestra que podemos producir mucho más que con el método antiguo... La ley de fábrica (ley de las nueve horas) ha dado por resultado la mayor introducción de máquinas.

En la página 180 del mismo libro, dice:

Aunque los inspectores no se cansan de hacer resaltar los resultados favorables de la legislación de 1844 y 1850, su ven obligados a confesar que el decrecimiento de la jornada ha provocado ya una condensación de trabajo que ataca a la salud del obrero y por consiguiente su fuerza productiva. En la mayor parte de las fábricas de algodón, de seda, etc., el estado de sobreexcitación que exige el trabajo en las máquinas, cuyo movimiento se ha acelerado mucho durante los últimos años, parece que es una de las causas de mortalidad excesiva por afecciones pulmonares señaladas por el doctor Grennhown en su última y admirable memoria. No hay duda ninguna de que la tendencia del capital a desquitarse por la intensificación sistemática del trabajo (desde que la ley le prohibió prolongar las jornadas) y en transformar cada perfeccionamiento del sistema mecánico en nuevo medio de explotación, ha de llegar a un punto, en que sea inevitable una nueva disminución de las horas de trabajo.

Sustitución del trabajador por máquinas, aumento de probabilidades de enfermedad para los que permanecen en el taller, anulación de la reforma hasta el punto de volver al punto de partida (sin contar las demás agravaciones) son las ventajas de la dichosa reforma. ¿Son bastante concluyentes?

Al llegar aquí, nos dicen los partidarios de la jornada de ocho horas: Sí, pero ese progreso del maquinismo se dará también aunque se trabaje doce horas, y puesto que la

limitación de la jornada debe producir una mejoría temporal, permitiéndonos no estar más que ocho horas en el taller en vez de doce, es un progreso moral con el cual nos contentamos por lo pronto. Demuestra esto que los partidarios de la susodicha reforma no son descontentadizos, pero nosotros los anarquistas, que somos más exigentes, creemos que es perder el tiempo perseguir reformas que no reforman nada. ¿Para qué hemos de preconizar una cosa que no es buena más que mientras no se aplica, y que al aplicarse resulta contraproducente? El progreso del maquinismo es verdad que persiste, pero ahora lo detiene algo la santa rutina.

Ya se ve cuántos esfuerzos se necesitan para que se adopte una nueva invención; teniendo que escoger los explotadores entre perder ganancias o romper con la rutina, se precipitarán los acontecimientos y se adelantará la Revolución Social que nos parece próxima. Y como esa revolución es inevitable, no queremos que nos sorprenda, queremos estar dispuestos a aprovecharla en beneficio de nuestras ideas. Tratamos de hacer comprender a los trabajadores que nada ganarán con esos paños calientes y que la Sociedad no ha de transformarse como no se destruyan las instituciones que la rigen.

¡Ah! Está muy bien combinada la organización de esa Sociedad explotadora que nos abruma; no basta con modificar su mecanismo, con mejorar sus procedimientos, para que sus efectos varíen. Hemos visto que toda mejora nueva, todo perfeccionamiento de sus máquinas se vuelve inmediatamente contra los que trabajan, convirtiéndose en medio de explotación para los que se han apoderado de la riqueza social. Si queréis que el progreso sea provechoso para todos, si queréis que el trabajador consiga emanciparse, empezad por destruir la causa de los efectos que queréis suprimir.

La miseria de los trabajadores procede de que se ven obligados a producir para una muchedumbre de parásitos que han sabido detentar la mayor parte de las substancias. Si sois sinceros, no perdáis el tiempo en querer conciliar intereses antagónicos, no tratéis de mejorar una situación que no puede dar de sí nada bueno; destruid el parasitismo. Pero como no puede esperarse eso de individuos que son parásitos, ni puede ser obra de una ley, por eso hay que destruir el sistema de la explotación en vez de mejorarlo.

Hay además otra reforma que algunos espíritus (aunque ilustrados) consideran eficaz, y es la subida del impuesto sobre la herencia respecto a los colaterales.

Aumentad ese impuesto, y veréis los mismos resultados que hemos comprobado al hablar del impuesto progresivo. Además, la medida sólo sería aplicable a la propiedad territorial, pero la inutilizarían el desarrollo que inmediatamente se daría a las sociedades anónimas y al sistema de acciones al portador. Los burgueses renunciarían a los dominios de familia, para contentarse con sus palacios, quintas y tierras de caza, como inquilinos, mientras se organizaran sociedades anónimas para el alquiler de dichos inmuebles, burlando al Estado.

Bien se comprende que con ese sistema, la parte de las herencias en que pudiera intervenir el Estado sería muy reducida, e inutilizaría la ley. Por lo tanto, su supresión entre colaterales, quedaría también reducidísima, puesto que una multitud de disposiciones anteriores entre el que quiere legar y los favorecidos pueden conceder a éstos derechos sobre la fortuna del primero, en forma distinta de la herencia.

Para evitar eso, se necesitarían centenares de leyes que intervinieran en todos los actos y todas las relaciones de los individuos, quitándoles el libre disfrute de la fortuna, y con un sistema tan inquisitorial, todavía no había seguridad de lograrlo. Haría falta una revolución o un golpe de Estado para que se establecieran medidas tan vejatorias. ¿No vale más llevar a cabo una revolución para progresar que para emplear vejaciones?

Y admitiendo que esas leyes tuviesen alguna influencia en el régimen de la propiedad, ¿en qué modificaría la situación del trabajador? La propiedad cambiaría de poseedores, pero no iría a parar a manos del trabajador. El Estado se convertiría en propietario. El Estado se transformaría en sindicato de explotación, y al tratar de la autoridad hemos visto que nada se podía esperar de él en favor de los trabajadores.

Mientras sea el dinero el nervio de la organización social, los que lo poseen sabrán aprovecharse de él. Ya explote directamente el Estado las propiedades que vayan a parar a sus manos, ya las subarriende a particulares, siempre será en beneficio de los actuales poseedores. Aunque beneficiara a una nueva casta, siempre sería en detrimento de la generalidad.

Para admitir la posibilidad de que se aplique esa reforma, ha habido que aceptar otra hipótesis; la burguesía que ha erigido en dogma la inviolabilidad de la propiedad individual, la burguesía cuyo código penal está basado en la legitimidad de esa propiedad y en su defensa, tendría que consentir ese ataque a una organización propietaria que le parece inmutable.

¿Queréis decirme cuánto tiempo se necesitaría para que la burguesía llegara a admitir lo que considera como un ataque a sus derechos, y cuánto tiempo haría falta luego para reconocer, después de aplicarla, que la reforma no servía para maldita la cosa? ¿No sería más largo el tiempo perdido que el que se necesita para realizar nuestras utopías?

Es inútil hacer la crítica de las sociedades de producción y de consumo; hemos demostrado que perseguimos la emancipación general, y la emancipación completa, integral del individuo, no puede llevarse a cabo más que con la emancipación integral de todos; nada nos importan los medios pequeños de emancipaciones particulares. Además, la concentración de los capitales, el desarrollo continuo de las máquinas, necesitan cada vez más el empleo de capitales enormes, por lo cual, esos mismos medios de emancipación de grupos pequeños de individuos, se quiebran entre sus manos sin haber producido nada.

Otros reformistas tratan de contribuir a la obra de emancipación humana, trabajando por el desarrollo del ramo de conocimientos que han adoptado, pero arrastrados por el calor de la lucha, y las dificultades que hay que resolver, acaban por convertir su idea fija en manía, fuera de la cual nada les parece aceptable, y que se les figura una panacea curadora de todos los males que padece nuestra enclenque sociedad.

Muchos de esos fanáticos de una idea preconcebida, son sinceros, y entre ese fárrago de ideas hay alguna nueva que podría dar excelentes resultados en favor de la humanidad si se aplicara en una sociedad bien constituida, pero aplicada aisladamente a una sociedad corrompida, da resultados contrarios a los que se desean, cuando no se las ahoga en germen antes de haberse aplicado. Podemos citar como tipo de esos soldados convencidos de una idea, a G. Ville, con su sistema de abonos químicos.

No hemos de entrar ahora en la explicación completa de ese sistema. Bástenos decir, que habiendo analizado Ville las plantas, ha visto que se componían invariablemente de catorce elementos, que eran los mismos en cada planta, pero variaban de cantidad en cada familia. Analizando en seguida el aire y la tierra, ha visto que la planta podía encontrar en ellos diez de los elementos de que se compone y que no había que proporcionarle en forma de abono más que los otros cuatro elementos, que son: la cal, la potasa, el fósforo y el ázoe, y establecer un sistema de abonos químicos, basados en los terrenos cultivables y en la planta que se había de producir.

Citando cifras, mostrando resultados, se evidencia que en el estado actual de los conocimientos, con un gasto menor de abonos relativamente al estiércol, se puede hacer cuatro o cinco veces mayor el rendimiento del terreno, criar mucho más ganado, empleando menos pastos, y bajar el precio de la carne. De ahí se infiere que la resolución del problema social está en la mejora de la agricultura.

Dice que abundando los productos alimenticios, todos encontrarán ventajas: los propietarios, haciendo recolecciones, cuya abundancia les permita vender barato; los trabajadores, pagando a poco precio, podrán vivir desahogadamente y ahorrar parte del jornal para convertirse también en capitalistas, y todo estará muy bien, en la mejor sociedad posible.

No dudamos de la sinceridad de Ville; según podemos juzgar por lo poco que entendemos de eso, su sistema nos parece muy racional, y no negamos los efectos benéficos que reportaría a la situación de los trabajadores la aplicación general de este método, si en esta sociedad pudieran ganar algo los obreros. Los guarismos que presenta Ville, apoyan la teoría anarquista, cuando ésta afirma que con los datos de la ciencia actual se podría, trabajando mucho menos, dar tanta abundancia a los productos, que no habría necesidad de poner a ración, que todos podrían sacar lo que necesitaran o les conviniera, sin tener que temer la escasez, como temen ciertos espíritus descontentadizos que se creen los únicos equilibrados de la humanidad y declaran que ellos se pasarían muy bien sin autoridades, pero que éstas son necesarias para reprimir los malos instintos que animan al resto de los mortales.

En un folletito llamado Los productos de la tierra, ha demostrado un amigo nuestro, con guarismos oficiales, que en el estado de infancia en que se encuentra hoy la agricultura, la producción universal tiene un formidable excedente de kilogramos sobre el consumo. Prueba Ville, que con el empleo razonado de los productos químicos, y sin trabajar más, se puede hacer producir a la tierra cuatro o cinco veces más que ahora. ¿No confirma eso cuanto hemos dicho?

Se engaña, cuando ve en su sistema la solución del problema social y cree que, dada la abundancia de los productos, estarán éstos tan baratos, que los trabajadores podrán vivir gastando poco y ahorrando mucho. Si Ville hubiera leído a los economistas burgueses, Cómo a M. de Molinari, habría aprendido que la superabundancia de los productos en el mercado daba por resultado tal baja en el precio de los productos, que, no remunerando bastante su producción al capitalista, se alejaban los capitales de esa producción hasta que se restableciera el equilibrio y volvieran las cosas a su punto de partida.

Si Ville, absorbiéndose menos en sus cálculos de sabio, se hubiera dado alguna cuenta del funcionamiento de la sociedad, habría visto que aunque en la actualidad haya un exceso enorme de producción sobre el consumo, muchos padecen de hambre, y que los mejores cálculos teóricos se separan de su objeto, al practicarlos la sociedad actual. Auxiliada la naturaleza por el trabajo y la inteligencia del hombre puede producir por poco precio lo necesario para alimentar a la humanidad: el comercio y el agio, el propietario y el capitalista ya saben cobrarse su diezmo, enrareciendo los productos para venderlos caros y dificultando su producción para subir más los precios ficticios y sostenerlos a la altura fijada por su rapacidad y su necesidad de lucro y parasitismo.

Tomemos como ejemplo el carbón de piedra, producto completamente fabricado; no hay más que sacarlo de la tierra, y sus yacimientos son tan abundantes que se encuentran por todas las regiones del globo, y puedan satisfacer una necesidad ilimitada de consumo. Sin embargo, su precio sigue siendo relativamente elevado, y como su abundancia no lo ha hecho más asequible a los trabajadores, no pueden calentarse todos según las necesidades de la temperatura.

Consiste eso en que las minas han sido monopolizadas por compañías poderosas que limitan su producción y para evitar la concurrencia, han arruinado o comprado las concesiones pequeñas, prefiriendo dejarlas sin explotar, a llenar el mercado y abaratar los precios, lo cual reduciría sus ganancias.

Lo que sucede con el carbón sucederá pronto con la tierra. Los pequeños propietarios, roídos y estrujados por la usura, son expropiados en beneficio del capitalista. La gran propiedad se va reconstituyendo diariamente. El empleo en grande de la maquinaria agrícola crea los sindicatos agrícolas, y esas poderosas compañías anónimas que dominan las fábricas ya, como son regla invariable en el mundo de las minas.

Si se consigue que la tierra produzca cuatro o cinco veces más, se reducirán otro tanto los terrenos productivos, y lo demás se transformará en cotos de caza, y en jardines de recreo para nuestros explotadores. Así empieza a ocurrir en Francia y lo han hecho los lores ingleses en Escocia y en Irlanda, cuyas poblaciones son diezgadas en beneficio de los ciervos y zorros, cuya agitada agonía servirá de pasatiempo a un público selecto semejante al que aplaudía las conferencias en que Ville soltaba las declamaciones filantrópicas de que hemos hecho mención.

Es que la sociedad está constituida de tal manera que el que posee es el amo del mundo. Como los productos no circulan más que con ayuda de los capitales, el dinero es su único dispensador.

Todos cuantos progresos y mejoras crearon el trabajo, la industria o la ciencia, se van acumulando entre las manos de quienes poseen, se convierten en medio de explotación más dura, y hacen más espantosa la miseria de los que no poseen nada.

Los perfeccionamientos de la producción hacen a los trabajadores cada vez menos necesarios para el capitalista, acrecientan la concurrencia entre ellos y les obligan a ofrecer más baratos sus servicios. De modo que, aunque se piense favorecer al trabajador, la organización social acrecienta su explotación, y remacha cada vez más la cadena con que están aherrojados.

Hermoso sueño el de usted, señor Ville: multiplicar los productos para que todo el mundo pueda saciar el hambre, hacer que el trabajador pueda ahorrar algún cuarto para hacer frente a las futuras incertidumbres, no son cosas que constituyen todo el ideal humano, pero no se puede pedir más a quien, por su posición, no padece las privaciones físicas y morales que abruman al desheredado. Hermoso es eso, pero es un sueño y lo será mientras no se destruya el sistema de explotación que hace engañosas e ilusorias todas esas promesas. El capitalismo tiene muchos recursos, y suponiendo que la multiplicidad de los productos los rebajara hasta un precio tan módico que el obrero pudiera ahorrar algo de su jornal, intervendría otro factor citado por usted: el aumento de la población.

A estas horas, el mercado industrial está lleno de productos, el desarrollo de las máquinas acrecienta el número de desocupados; éstos, para buscar trabajo, tienen que trabajar muy barato, y como el progreso no se detiene, como cada hombre puede ahora producir como diez, cuando se haya duplicado la población, la producción será veinte veces mayor, y el bienestar que se ha querido crear para los trabajadores irá a aumentar las ganancias del fabricante, que pagará tanto menos a sus esclavos, cuanto más abunden en el mercado.

Dice usted que las reclamaciones de los trabajadores están justificadas hasta cierto punto, mientras no revisten forma violenta. ¿Ha reflexionado usted que luchan hace millares de años; que sus reivindicaciones, siempre estériles, empezaron con el período histórico? Si revisten forma violenta, es porque no se les niega toda satisfacción. ¿Han de seguir postergándose y dando las gracias, cuando nunca han logrado alcanzar nada más que derribando a sus amos, y tomándose la libertad que necesitaban? Nuestros amos pueden decirnos con desdén, creyendo que hablan con siervos: Formulad cortésmente vuestras peticiones; ya veré si me conviene atenderlas. Los que ven en la emancipación del trabajador un acto de justicia y no una concesión, dirán: ¡Queremos! Peor para aquellos a quienes ofenda este lenguaje.

Todo se encadena en el sistema que nos abruma; no basta con buenas intenciones para alcanzar el resultado apetecido; no puede haber mejoras sin destruir el sistema establecido por la explotación y la opresión. No queremos mejorar la opresión y la explotación, sino destruirlas. A esta conclusión tendrán que llegar cuantos, sabiendo sobreponerse al punto de vista mezquino en que se han colocado, aprecien el problema en su conjunto y comprendan que las revoluciones no son obra de hombres, sino de las instituciones que se oponen al progreso, y por consiguiente, las revoluciones son fatales y necesarias.

Cuantos anhelan sinceramente trabajar por el porvenir de la humanidad, comprendan de una vez, que para lograr sus conceptos particulares, no deben maldecir de la revolución, ni tratar de dificultarla; ésta es la única que puede ayudarlos a conseguir su fin, impidiendo al parasitismo que ahogue al progreso en germen o se aproveche de él.

¡Reformas! ¡Reformas! ¿Cuándo se comprenderá que los pueblos han gastado con ellas lo mejor de sus fuerzas, sin alcanzar nada; que están cansados de luchar por utopías más perniciosas que las de su emancipación integral, puesto que el único ataque que a ésta se dirige es llamarla irrealizable? Y esa es una afirmación gratuita; no habiéndose intentado jamás tal emancipación, cuando basta con realizar una reforma para evidenciar su inutilidad.

Se ha dicho que los anarquistas son una traba para la emancipación pacífica de los trabajadores, porque se oponen a las reformas. Ese es un error doble; los anarquistas no son enemigos de las reformas ni las combaten; combaten las mentiras de aquellos que las presentan como fin a los trabajadores, sabiendo que son malos arreglos, cuando no embustes.

No nos parece mal que trabajen por realizar las reformas los que en ellas creen; cuantas más pruebe la burguesía, más se convencerán los trabajadores de que no sirven para nada. Pero nos subleva que nos las presenten como panaceas, y se diga a los trabajadores: Sed buenos y pacientes, y ya veremos si podemos hacer algo por vosotros.

Los que hemos comprendido que las reformas son ilusorias, y que los explotadores ocupan un lugar usurpado, decimos: Trabajadores, eso es una burla, las reformas prometidas son engaños, y además tenéis que pedir las como una limosna, cuando tenéis derecho a exigir mucho más. Probad, si queréis, los medios que os ofrecen, pero sabed anticipadamente que no servirán para vuestra emancipación. No os entretengáis con el círculo vicioso al cual se os quiere llevar, organizaos para apoderaros de lo que se os debe, dejad que se diviertan con esos embustes los rezagados; la revolución se acerca, formidable, engendrada por la mala organización social, que os arrastrará, a pesar vuestro, a empuñar las armas para defender vuestro derecho a la vida. Cuando tengáis las armas en la mano, no os contentéis con reformas que dejarán subsistente la causa de vuestros males. No hagáis caso de charlatanes, y dad el golpe que ha de echar abajo ese edificio ruinoso que cruje por todas partes, y que aún hay quien se atreve a llamar Sociedad. No lo apuntaléis, revocándolo como se os pide. Arrasadlo para no dificultar la reconstitución de una sociedad mejor.

CAPÍTULO VIGÉSIMO

¿Y después?

- ¿Y después?

Eso preguntan muchos contradictores, cuando hemos demostrado el mal resultado de la organización social viciosa que nos rige, cuando les hemos hecho comprender que no hay reforma posible con el régimen actual, que las mejores son contraproducentes y agravan la miseria de los explotados; que las que podrían cambiar eficazmente la suerte del trabajador, tendrían que atacar la institución, pero como las rechazan los directores, se necesitará una revolución para realizarlas.

Esa revolución es la que asusta a mucha gente; los trastornos que ha de originar, hacen retroceder a muchos ante el remedio, después de haber conocido el mal.

- Sí, dicen, puede que tengáis razón; mal constituida está la sociedad, habrá que transformarla... Pero la Revolución ... sí, tal vez ... pero, ¿y después?

Después (contestamos) reinará la libertad más completa para los individuos, a todos les será posible satisfacer sus necesidades físicas, intelectuales y morales. Abolidas la autoridad y la propiedad, no basándose la Sociedad, como ahora, en el antagonismo de los intereses, sino en la solidaridad más estrecha, no necesitando atesorar los individuos

en previsión de lo porvenir, no se mirarán como enemigos dispuestos a devorarse para disputarse un bocado de pan, o un puesto en el taller del explotador. Destruídas las causas de lucha y animosidad; se establecerá la armonía social.

Existirá entre las diversas agrupaciones una concurrencia, una emulación hacia lo mejor, hacia un objeto ideal que se ensanchará según la facilidad que encuentren los individuos, pero esa concurrencia, esa emulación, serán corteses, puesto que el interés mercantil, propietario o gubernamental, no las dificultarán y a los concurrentes retrasados les será fácil asimilarse los progresos adquiridos por sus concurrentes más afortunados.

Hoy, lo que produce la miseria es el exceso de los productos que, llenando los almacenes, ocasionan paros y hambre a quienes no encuentran trabajo mientras dichos productos no encuentran salida. Eso demuestra el estado anormal de la sociedad presente.

En la sociedad que queremos, cuanto más abunden los productos más fácil será la armonía entre los individuos, puesto que no tendrán necesidad de medir los medios de existencia; cuanto más de prisa se produzca, cuanto más se aceleren los perfeccionamientos de la maquinaria, cuanto más se reduzca la parte de trabajo productivo que corresponda al individuo, más pronto será lo que debe ser en realidad, una gimnasia necesaria para ejercitar los músculos de los individuos.

En una sociedad constituida normalmente, el trabajo debe perder el carácter de pena y padecimiento que adquiere por su intensidad en nuestras sociedades de explotación, no debe ser más que una distracción en medio de los demás trabajos que hagan los individuos por su gusto para sus estudios, para las necesidades de su temperamento, sin lo cual se transformarían en simples sacos digestivos, como llegaría a serlo la burguesía si pudiera asegurar su dominio; como ha llegado a serlo una especie de hormiga que es incapaz de alimentarse a sí misma, y se muere de hambre cuando deja de tener esclavos que la alimenten.

Sí; replican los contradictores, todo está muy bien, sería el ideal más hermoso que podría lograr la humanidad, pero ¿quién nos asegura que las cosas andarán tan bien como dicen ustedes, que los más fuertes no tratarán de imponer su voluntad a los débiles, que no habrá holgazanes que quieran vivir a expensas de los trabajadores?

Si no hay diques para contener a las masas, ¿quién asegura que en vez de ser un paso hacia adelante, no será un retroceso? ¿Y ese fracaso, no será un retroceso de 20, 30, 50 años o más?

¿Si vencen ustedes, podrán evitar las venganzas individuales? ¿no serán ustedes arrollados por las turbas? ¿Se desencadenarán por ambas partes las pasiones bestiales, la violencia, el salvajismo y todos los horrores del hombre transformado en animal?

Replicamos a eso que, al acentuarse la crisis económica, al aumentar la frecuencia de los paros, siendo mayor la dificultad de vivir, y agravándose progresivamente las dificultades políticas, con lo cual enloquecerán los que llevan las riendas del Estado, vamos seguramente a esa revolución que será traída por la fuerza de las cosas, y como nadie puede evitarla, lo que debemos hacer es tomar parte en ella para aprovecharla en beneficio de las ideas que defendemos.

Pero ese temor a lo desconocido es tan grande, tan tenaz, que después de haber reconocido lo lógico de todas nuestras objeciones, después de declarar que es verdad cuanto inferimos, el contradictor replica: Sí, todo eso será verdad, pero quizá sería mejor proceder con prudencia. El progreso anda despacio; se debe evitar la acción brutal; tal vez acabáramos por lograr concesiones de los burgueses.

Si discutiéramos con gente necia y de mala fe, que no quisiera convencerse, sería cosa de volverle la espalda, contestándole una insolencia. Desgraciadamente, es gente de buena fe, que, sujeta por el medio ambiente, por la educación, acostumbrada a la autoridad, lo cree todo perdido cuando la ve desaparecer del horizonte, lo que vuelve, sin caer en ello, a su primera argumentación, porque no puede imaginar una sociedad sin leyes, ni jueces, ni guardia civil, en que los individuos pudieran vivir juntos y auxiliándose mutuamente en vez de pelearse.

¿Qué hemos de contestarle?

¡Quieren pruebas de que la sociedad andaré como suponemos!

Podemos deducirlas de la lógica de los hechos, de su comparación, de los argumentos que podemos sacar de su análisis, pero pruebas palpables no podemos esperarlas más que de la experiencia, y esa experiencia no puede llegar más que cuando esté destruida la sociedad actual.

No nos queda que decirles más que lo siguiente:

Hemos demostrado que la sociedad actual engendra la miseria, crea el hambre, conserva la ignorancia de la clase más numerosa de individuos, impide el desarrollo de las generaciones, y les deja como herencia mentiras y preocupaciones.

Hemos demostrado que su organización tiende a confirmar la explotación de la masa en beneficio de una minoría de privilegiados.

Hemos demostrado que su mala manera de funcionar, así como el desarrollo de aspiraciones nuevas en los trabajadores, nos lleva a una revolución. ¿Qué más hemos de decir?

Si hemos de batirnos, que sea para realizar lo que nos parece hermoso y justo.

¿Seremos vencedores o vencidos? ¿Quién puede preverlo? Si aguardamos para reclamar nuestros derechos a estar seguros de la victoria, esperaremos siglos enteros nuestra emancipación. Además, nadie dispone de las circunstancias; éstas son las que suelen arrastrarnos; la cuestión es preverlas para que no nos ahoguen. Empezada la pelea, los anarquistas tendrán que desplegar toda la energía de que sean capaces para arrastrar a la masa con ellos por medio del ejemplo.

Muy probable es que en la revolución que se avecina haya venganzas individuales, actos de salvajismo y matanzas; ¿qué le vamos a hacer?

No sólo no podrá impedirlo nadie sino que nadie deberá impedirlo. Si las turbas avanzan más que los propagandistas, mejor. ¡Que fusilen a todos los que alardean de sensiblería! Si toleraran que se sacudiera a la reacción para arrebatarse alguna víctima, también se podría acudir a la reacción para detener el arranque revolucionario, para impedirle tocar las instituciones que han de desaparecer, para hacerlos perdonar lo que deben destruir. Entablada la lucha, la sensiblería debe desaparecer, la muchedumbre deberá desconfiar de los fraseólogos y triturar implacablemente todo lo que se le oponga.

Lo que podemos declarar desde ahora, es lo siguiente: que la desaparición de los individuos debe importar poco a los trabajadores; que lo que han de atacar son las instituciones, esas son las que deben socavar y destruir, sin que quede de ellas ni un vestigio, para que no se reconstituyan con otro nombre.

La burguesía no es fuerte más que por sus instituciones, porque ha sabido hacer creer a los explotados que les interesa su conservación; porque ha sabido convertirlos en defensores suyos. Reducidos a sus propias fuerzas, no podrían resistir a la revolución los burgueses, de modo que los individuos no son peligrosos por sí mismos.

Pero si el día de la revolución hay algunos que sean obstáculos, arrebatelos] tormenta; si hay venganzas individuales, peor para quienes las hayan suscitado. Mucho daño deberán de haber hecho para que el odio a sus personas no sea inferior a la destrucción de su casta y a la abolición de sus privilegios; peor para quienes se entretengan en defenderlos. Las muchedumbres nunca van demasiado lejos; únicamente los que las dirigen lo temen así, porque tienen miedo a las responsabilidades morales y efectivas.

Nada de necio sentimentalismo, aunque el furor de la masa amenazara cabezas más ó menos inocentes. Para acallar nuestra piedad, no tendremos más que pensar en los millares de víctimas que devora diariamente el actual Minotauro social en beneficio de la barriguda burguesía. Si algún burgués acaba colgado de un farol, asesinado en una esquina, ahogado en un río, recogerá lo que su clase haya sembrado. ¡Peor para ellos! El que no está con la masa está contra ella.

Para nosotros, los trabajadores, la situación está bien definida: a un lado lo presente, la sociedad actual con su cohorte de miserias, inseguridades del mañana, privaciones y padecimientos, sin esperanza de mejora; una sociedad que nos ahoga, que marchita nuestro cerebro, que nos hace ocultar hasta en lo más profundo de nuestro ser los sentimientos de lo bueno y lo bello, de justicia y amor; al otro, el porvenir, ideal de libertad, ventura, goces intelectuales y físicos, florecimiento completo de la individualidad. Hemos escogido. Sea lo que sea la revolución futura, suceda lo que suceda, no será peor para nosotros que la sociedad actual, nada hemos de perder en el cambio y podemos ganarlo todo. La sociedad nos estorba. Echémosla abajo. Peor para aquellos a quienes aplaste su caída. Será porque hayan querido resguardarse con sus paredes, o agarrarse a sus puntales apolillados. Que se pongan al lado de los demolidores.

CAPÍTULO VIGESIMOPRIMERO

Las ideas anarquistas y su practicabilidad

Esas ideas son muy hermosas en teoría pero no son practicables; los hombres necesitan un poder ponderador que los gobierne y obligue a respetar el contrato social. Esa es la última objeción que nos dirigen los partidarios del actual orden social cuando, después de haber discutido, se han retorcido sus argumentos y demostrado que el trabajador no puede esperar ninguna mejora sensible para su suerte, conservando los mecanismos del actual sistema social.

Esas ideas son muy hermosas, pero no son practicables; el hombre no está bastante desarrollado para vivir en estado tan ideal. Para ponerlas en práctica, sería necesario que el hombre hubiera llegado a la perfección, añaden muchas personas sinceras, pero que, extraviadas por la evolución y la rutina, no ven más que las dificultades y no están bastante convencidos de la idea para trabajar por su realización.

Además, al lado de esos adversarios declarados y de los indiferentes que pueden convertirse en amigos, surge una tercera categoría de individuos, más peligrosos que los adversarios declarados. Esos se fingen entusiastas por las ideas; declaran en alta voz que no hay nada más hermoso; que nada vale la organización actual, que debe desaparecer ante las ideas nuevas, que son el fin al cual debe tender la humanidad, etc., etc. Pero añaden que no son practicables ahora; hay que preparar para ella a la humanidad, guiarla a comprender ese estado dichoso, y con pretexto de ser prácticos, tratan de rejuvenecer esos proyectos de reformas que acabamos de demostrar que son ilusorias; perpetúan las preocupaciones actuales, lisonjeándolas en aquellos a quienes se dirigen, y tratan de sacar el partido mayor posible de la situación actual en beneficio personal, y pronto desaparece el ideal para que lo sustituya un instinto de conservación del actual orden de cosas.

Desgraciadamente, es demasiada verdad que las ideas, objeto de nuestras aspiraciones, no son realizables inmediatamente. Es demasiado ínfima la minoría que las ha comprendido para que tengan influencia inmediata en los acontecimientos y marcha de la organización social. Pero eso no es una razón para no trabajar por realizarla.

Si estamos convencidos de que son justas, debemos tratar de llevarlas a la práctica. Si todo el mundo dice que no son posibles, y acepta pasivamente el yugo de la sociedad actual, es evidente que el orden burgués durará todavía largos siglos.

Si los primeros pensadores que lucharon contra la iglesia y la monarquía, por las ideas naturales y por la independencia, y afrontaron la hoguera y el patíbulo, para confesarlas hubieran pensado así, todavía estaríamos en los tiempos de los conceptos místicos y los derechos feudales.

Gracias a que siempre hubo gente que no era práctica, pero que estaba convencida de la verdad, y trataron de hacerla penetrar con todas sus fuerzas por donde pudieron, empezando el hombre a conocer su origen y a deshacerse de las preocupaciones de autoridad divina y humana.

En su libro que realmente vale, Bosquejo de una moral sin obligación ni sanción, desarrolla Guyau, en un capítulo admirable, la siguiente idea: El que no obra como piensa, no piensa por completo. Es verdad. El que está bien convencido de una idea no puede menos de propagarla y de tratar de realizarla.

Muchas disputas se presencian entre amigos por causas fútiles, sosteniendo cada cual su parecer, sin más móvil que la convicción de que sostiene la verdad. Nada costaría, sin embargo, para complacer a un amigo, o para no molestarlo, dejarle decir lo que quisiera sin aprobarlo ni censurarlo; si lo que sostiene no tiene importancia real para nuestra convicción, ¿por qué no le hemos de dejar decir lo que quiera? Muchas veces se procede así en la conversación, cuando se trata de cosas sobre las que no tiene uno opinión determinada, pero en cuanto se trata de una cosa sobre la cual ha formado uno juicio, aunque tenga poca importancia, disputa uno con el mejor amigo para sostener su opinión. Pues si obramos así por frivolidades, ¡cuánto mayor debe ser el impulso cuando se trata de ideas que interesan al porvenir de toda la humanidad, a la emancipación de nuestra clase y de nuestra descendencia!

Comprendemos que no todos pueden aplicar la misma fuerza de resistencia a la lucha, ni el mismo grado de energía para combatir contra las instituciones vigentes; no tienen el mismo temple todos los caracteres y temperamentos. Son tan grandes las dificultades, tan dura la miseria, tan múltiples las persecuciones, que comprendemos que haya grados en los esfuerzos para propagar lo que se cree verdadero y justo. Pero los actos son siempre proporcionales al impulso recibido y a la fe en las ideas. A veces le detendrán a uno consideraciones de familia, de amistad, de consideración del pan de cada día, pero cualquiera que sea la fuerza de esas consideraciones no deben hacer digerir todas las infamias que se vean; llega un momento en que se mandan a paseo todas las consideraciones para recordar que uno es hombre y que ha soñado algo mejor que lo que tolera.

El que no es capaz de ningún sacrificio por las ideas que dice que profesa, no cree en ellas; las predica por ostentación, porque en un momento dado, están de moda, o porque quiere justificar algún vicio con esas ideas; no confiéis en él, porque os engaña. Los que tratan de aprovecharse de las instituciones actuales diciendo que lo hacen para propagar las ideas nuevas, son ambiciosos que adulan al porvenir para disfrutar en paz de lo presente.

Evidente es, pues, que nuestras ideas no son de inmediata realización, ya lo reconocemos, pero llegarán a serlo por medio de la energía que sabrán desplegar quienes las hayan comprendido. Cuanto mayor sea la intensidad de la propaganda, más cercana estará la realización. No las haremos germinar obligándonos a las instituciones actuales, ni ocultando nuestras ideas.

Para combatir esas instituciones, para trabajar por el advenimiento de las ideas nuevas, hay que tener energía, y esa energía no puede darla más que la convicción. Hay que encontrar hombres que trabajen por ellas.

Como las reformas, según creemos haber demostrado, no son aplicables, engañará a sabiendas a los trabajadores quien predique su eficacia. Además, sabemos que la fuerza de las cosas llevará infaliblemente a la revolución a los trabajadores; las crisis, los paros, el desarrollo mecánico, las complicaciones políticas, todo concurre a dejar a los

trabajadores en la calle y a que se rebelen para afirmar su derecho a la existencia. Y puesto que la revolución es inevitable y las reformas ilusorias, no nos queda más que prepararnos a la lucha; eso es lo que hacemos, yéndonos directamente al objeto, dejando a los ambiciosos el trabajo de crearse situaciones y rentas con las miserias que piensan aliviar.

Aquí se nos presenta una objeción, nos dirán: Si reconocéis que nuestras ideas no pueden llevarse ahora a la práctica, ¿no predicáis la abnegación de la generación presente en beneficio de las futuras al pedirle que luche por una idea cuya inmediata realización no podéis garantizar?

No predicamos la abnegación; lo que hacemos es no forjarnos ilusiones acerca de los hechos, ni querer que se las forjen los entusiastas. Apreciamos los hechos como son, los analizamos y deducimos lo siguiente: Hay una clase que lo detenta todo y no quiere soltar nada; hay otra clase que lo produce todo y no posee nada, y no tiene otra alternativa, que postrarse humildemente ante sus explotadores, aguarda con servilismo que le den a roer un hueso; que ha perdido toda dignidad y toda altivez, puesto que no tiene nada de lo que eleva a un carácter, o rebelarse y exigir imperiosamente lo que se niega a sus súplicas. Para los que no piensan más que en su personalidad, para los que quieren gozar a toda costa y de cualquier modo, la alternativa no es agradable. Aconsejamos a éstos que se dobleguen a las exigencias de la sociedad actual, que en ella se busquen un rinconcito, que no miren donde ponen los pies, que no teman aplastar a los que los molesten, esa gente nada tiene que ver con nosotros.

Pero a los que creen que no serán libres de veras más que cuando su libertad no dificulte la de los que sean más débiles; a los que no podrán ser felices hasta que sepan que los goces que los deleitan, no cuestan lágrimas a algunos desheredados, a éstos les diremos que no es abnegación conocer que hay que luchar para emanciparse.

Comprobamos el hecho material de que únicamente la aplicación de nuestras ideas puede emancipar a la humanidad; ésta ha de ver si quiere emanciparse de una vez completamente, o si ha de haber siempre una minoría privilegiada que se aproveche de los progresos que se logren, a costa de los que se mueren a fuerza de trabajar para los demás.

¿Veremos resplandecer esa aurora? ¿Lo será la generación presente, o la siguiente, u otra más remota? Nada sabemos de ello, ni hemos de averiguarlo. Los que tengan bastante energía y corazón para querer ser libres, lo conseguirán.

CAPÍTULO VIGESIMOSEGUNDO

La verdad desnuda

Realmente, el lenguaje que hemos empleado en el capítulo anterior no es el que suele usarse en los partidos políticos, que prometen el oro y el moro, asegurando que la más ínfima reforma ha de proporcionar un período edénico a quienes la hayan apoyado. Pero nosotros, que nada aguardamos de la admiración de la masa, nosotros, que queremos que se guíe por sí misma, no queremos tratar de alucinarla. Para dar mayor fuerza a nuestro pensamiento, más alcance a nuestros actos, hemos de ver claro por nuestro

camino, hemos de guardarnos de toda ilusión, hemos de deshacernos de cualquiera preocupación que pudiera extraviarnos.

.Nuestras ideas no podrán aplicarse si falta la energía para que las propaguen y defiendan quienes las hayan comprendido. El próspero éxito depende del esfuerzo que dediquemos al servicio de la revolución, pero si no empleamos inmediatamente esa fuerza, si no tratamos de pasar de una vez de la teoría a la práctica, es porque se nos presentan obstáculos, forzoso es reconocerlo. Si nuestras ideas pudieran realizarse inmediatamente, no tendríamos disculpa al no intentar la solución. De modo que hay que saber cuáles son esos obstáculos para vencerlos, en vez de negarlos.

Además, si hacemos propaganda, es precisamente para llevar a la práctica nuestras ideas, porque si fueran inmediatamente realizables, bastaría con la fuerza de las cosas.

Hemos de acostumbrarnos a mirarlo todo con frialdad; no nos hemos de empeñar en contemplar con cristales de aumento el objetivo de nuestros deseos, y al revés lo que tememos. No buscamos más que la verdad. Si nos engañáramos, engañaríamos también a los demás, y la revolución que hiciésemos sería inútil.

Nuestros contrincantes, cuando han agotado su argumentación, nos dicen que nuestras ideas son impracticables, y hemos de confesar que esa objeción parece fundada, sino en el fondo, en la forma, porque en la sociedad actual, parecen efectivamente utópicas nuestras ideas. Al individuo cuya mirada no ha llegado más allá de nuestra sociedad actual, le ha de ser muy difícil comprender que se pueda vivir sin gobierno, leyes, jueces, polizontes sin férula de ninguna especie, sin moneda ni valor representativo, cuando cuesta ya tanto trabajo entenderse en este mundo presente, en que se atribuye a las leyes la facultad de facilitar las relaciones.

A esa objeción no podemos contestar más que con hechos, puesto que lo que queremos no es todavía más que un sueño. Podemos citar las tendencias que guían a la humanidad; enumerar los ensayos que se hacen en corta escala dentro de la sociedad; pero eso poco puede influir en el espíritu prevenido de aquel cuyas aspiraciones no van más allá de la mejora de lo que existe.

Negar la objeción, sería obrar como los avestruces, y la objeción no dejaría de subsistir. Si respondemos con sofismas, nos meteremos en un callejón sin salida, y con eso nada ganan las ideas. Para dilucidarlas y contestar a todas las objeciones, hemos de buscar todos los argumentos que se nos puedan oponer, y hasta suscitarlos para contestarlos como sea debido. Pero ante todo hemos de buscar la claridad y la precisión y no asustarnos de la verdad verdadera, puesto que eso es lo que buscamos. Afirmamos que nuestras ideas se basan en la verdad, y debemos demostrarlo, buscándola en todo y por todas partes.

Comprendemos perfectamente que este lenguaje no es a propósito para seducir a las masas, ni para levantar a las muchedumbres, y algunos compañeros podrán acusarnos de que sembramos en nuestras filas el desaliento, por no ocultar las partes flacas de la doctrina.

Esas reconvenções no pueden basarse más que en un residuo de la educación de los partidos políticos. ¿Por qué hemos de prometer lo que no está en nuestra mano dar, y prepararnos una reacción que redundaría en perjuicio de nuestro ideal?

Si fuéramos un partido político deseoso de llegar al poder, haríamos a los individuos un montón de promesas, para que nos elevaran al pináculo; pero los anarquistas no procedemos así, no tenemos nada que prometer, nada que pedir y nada que dar. Cuando nuestros contrincantes nos objetan la imposibilidad de nuestras ideas, después de haber expuesto los hechos que demuestran las tendencias de la humanidad hacia ese ideal, no nos queda más que volver a la demostración de los abusos que se derivan de todas las instituciones, la falsedad de las bases en que descansan, la inutilidad de las reformas, con las cuales se nos quiere adormecer y repetir que se está en la alternativa de continuar padeciendo la explotación, o de rebelarse, mientras que les demostramos que el buen éxito de nuestra revolución dependerá de la fuerza con que quieran la realización de lo que comprenden. Esa es nuestra misión, lo demás depende de los individuos y no de nosotros.

No somos partidarios de la propaganda hecha con auxilio de grandes frases retumbantes o sentimentales, que incitan a los individuos a esperar una imposible realización inmediata. Llegan muy entusiasmados a la propaganda, creyendo que tocan la realización con el dedo, y como no es así, se desaniman y desaparecen uno tras otro sin que se vuelva a oír hablar de ellos. Muchos hemos visto llegar a los grupos, hace doce años, que no se contentaban con menos que con derribar, como Sansón, las columnas del templo. ¿Y dónde están hoy?

Nuestro ideal es llevar a cabo una tarea menos grandiosa, menos brillante, pero más duradera. Lejos de limitarnos a hablar al sentimiento de los individuos, tratamos de dirigirlos a su lógica y a su razón. Y no es que queramos hablar mal de aquellos cuyo talento consiste en interesar el sentimiento de los individuos. Cada cual trabaja según su concepto y su temperamento. En lugar de creyentes, buscamos convencidos; es necesario que cuantos acudan a la propaganda conozcan las dificultades que les aguardan, para que estén apercebidos a combatirlas y no se dejen desalentar por el primer obstáculo. Largo y áspero es el camino que hay que recorrer; antes de emprender la marcha, consulte cada cual su voluntad y sus músculos, porque habrá víctimas que se harán sangre con las asperezas, con los recodos del camino; habrá muchos cadáveres; los que no dispongan de gran fortaleza de ánimo quédense atrás, porque serán un estorbo para la columna.

Otra preocupación que ha adquirido gran crédito entre los anarquistas, consiste en considerar a la masa como una parte útil que se puede dirigir como se quiera, y de la cual no se debe hacer gran caso. Procede esa preocupación de que, por haber dado un paso más que los demás, hay quien se tiene por una especie de profeta, más inteligente que la generalidad de los mortales. Dicen muchos: Mandaremos hacer esto o lo otro a las masas, las arrastraremos con nosotros, etc., no dirían otra cosa los dictadores. Ese modo de apreciar las masas procede de un pasado autoritario.

Y no es que neguemos la influencia de las minorías sobre la muchedumbre; porque estamos convencidos de ella nos movemos tanto; pero creemos que en tiempo de revolución, el único influjo que puedan tener sobre las masas los anarquistas, es la acción; únicamente, poniendo en práctica las ideas y dando ejemplo, se arrastrará a la

muchedumbre. Pero hay que estar muy convencidos de que, a pesar de todo, esos actos no influirán en las masas hasta que los pueda comprender, por una propaganda clara y determinada; cuando a la muchedumbre la haya puesto en pie el impulso de ideas recibidas anticipadamente.

Si sabemos propagar las nuestras, su influencia será la que se note; cuando hayamos sabido dilucidarlas y hacerlas inteligibles, podremos acometer la transformación social. Entonces no podremos temer que no nos sigan; lo que habrá que temer serán las trabas que quieran poner los que se consideren directores del movimiento.

En épocas revolucionarias, las muchedumbres van siempre más allá que los precursores. Extendamos, pues, nuestras ideas, expliquémoslas, dilucidémoslas, repitámoslas hasta la saciedad, no temamos mirar a la verdad cara a cara. Esa propaganda, lejos de restar adhesiones a nuestra causa, contribuirá a atraer a cuantos están sedientos de Justicia y de Libertad.

CAPÍTULO VIGESIMOPRIMERO

Las ideas anarquistas y su practicabilidad

Esas ideas son muy hermosas en teoría pero no son practicables; los hombres necesitan un poder ponderador que los gobierne y obligue a respetar el contrato social. Esa es la última objeción que nos dirigen los partidarios del actual orden social cuando, después de haber discutido, se han retorcido sus argumentos y demostrado que el trabajador no puede esperar ninguna mejora sensible para su suerte, conservando los mecanismos del actual sistema social.

Esas ideas son muy hermosas, pero no son practicables; el hombre no está bastante desarrollado para vivir en estado tan ideal. Para ponerlas en práctica, sería necesario que el hombre hubiera llegado a la perfección, añaden muchas personas sinceras, pero que, extraviadas por la evolución y la rutina, no ven más que las dificultades y no están bastante convencidos de la idea para trabajar por su realización.

Además, al lado de esos adversarios declarados y de los indiferentes que pueden convertirse en amigos, surge una tercera categoría de individuos, más peligrosos que los adversarios declarados. Esos se fingen entusiastas por las ideas; declaran en alta voz que no hay nada más hermoso; que nada vale la organización actual, que debe desaparecer ante las ideas nuevas, que son el fin al cual debe tender la humanidad, etc., etc. Pero añaden que no son practicables ahora; hay que preparar para ella a la humanidad, guiarla a comprender ese estado dichoso, y con pretexto de ser prácticos, tratan de rejuvenecer esos proyectos de reformas que acabamos de demostrar que son ilusorias; perpetúan las preocupaciones actuales, lisonjeándolas en aquellos a quienes se dirigen, y tratan de sacar el partido mayor posible de la situación actual en beneficio personal, y pronto desaparece el ideal para que lo sustituya un instinto de conservación del actual orden de cosas.

Desgraciadamente, es demasiada verdad que las ideas, objeto de nuestras aspiraciones, no son realizables inmediatamente. Es demasiado ínfima la minoría que las ha comprendido para que tengan influencia inmediata en los acontecimientos y marcha de la organización social. Pero eso no es una razón para no trabajar por realizarla.

Si estamos convencidos de que son justas, debemos tratar de llevarlas a la práctica. Si todo el mundo dice que no son posibles, y acepta pasivamente el yugo de la sociedad actual, es evidente que el orden burgués durará todavía largos siglos.

Si los primeros pensadores que lucharon contra la iglesia y la monarquía, por las ideas naturales y por la independencia, y afrontaron la hoguera y el patíbulo, para confesarlas hubieran pensado así, todavía estaríamos en los tiempos de los conceptos místicos y los derechos feudales.

Gracias a que siempre hubo gente que no era práctica, pero que estaba convencida de la verdad, y trataron de hacerla penetrar con todas sus fuerzas por donde pudieron, empezando el hombre a conocer su origen y a deshacerse de las preocupaciones de autoridad divina y humana.

En su libro que realmente vale, Bosquejo de una moral sin obligación ni sanción, desarrolla Guyau, en un capítulo admirable, la siguiente idea: El que no obra como piensa, no piensa por completo. Es verdad. El que está bien convencido de una idea no puede menos de propagarla y de tratar de realizarla.

Muchas disputas se presencian entre amigos por causas fútiles, sosteniendo cada cual su parecer, sin más móvil que la convicción de que sostiene la verdad. Nada costaría, sin embargo, para complacer a un amigo, o para no molestarlo, dejarle decir lo que quisiera sin aprobarlo ni censurarlo; si lo que sostiene no tiene importancia real para nuestra convicción, ¿por qué no le hemos de dejar decir lo que quiera? Muchas veces se procede así en la conversación, cuando se trata de cosas sobre las que no tiene uno opinión determinada, pero en cuanto se trata de una cosa sobre la cual ha formado uno juicio, aunque tenga poca importancia, disputa uno con el mejor amigo para sostener su opinión. Pues si obramos así por frivolidades, ¡cuánto mayor debe ser el impulso cuando se trata de ideas que interesan al porvenir de toda la humanidad, a la emancipación de nuestra clase y de nuestra descendencia!

Comprendemos que no todos pueden aplicar la misma fuerza de resistencia a la lucha, ni el mismo grado de energía para combatir contra las instituciones vigentes; no tienen el mismo temple todos los caracteres y temperamentos. Son tan grandes las dificultades, tan dura la miseria, tan múltiples las persecuciones, que comprendemos que haya grados en los esfuerzos para propagar lo que se cree verdadero y justo. Pero los actos son siempre proporcionales al impulso recibido y a la fe en las ideas. A veces le detendrán a uno consideraciones de familia, de amistad, de consideración del pan de cada día, pero cualquiera que sea la fuerza de esas consideraciones no deben hacer digerir todas las infamias que se vean; llega un momento en que se mandan a paseo todas las consideraciones para recordar que uno es hombre y que ha soñado algo mejor que lo que tolera.

El que no es capaz de ningún sacrificio por las ideas que dice que profesa, no cree en ellas; las predica por ostentación, porque en un momento dado, están de moda, o porque quiere justificar algún vicio con esas ideas; no confiéis en él, porque os engaña. Los que tratan de aprovecharse de las instituciones actuales diciendo que lo hacen para propagar las ideas nuevas, son ambiciosos que adulan al porvenir para disfrutar en paz de lo presente.

Evidente es, pues, que nuestras ideas no son de inmediata realización, ya lo reconocemos, pero llegarán a serlo por medio de la energía que sabrán desplegar quienes las hayan comprendido. Cuanto mayor sea la intensidad de la propaganda, más cercana estará la realización. No las haremos germinar obligándonos a las instituciones actuales, ni ocultando nuestras ideas.

Para combatir esas instituciones, para trabajar por el advenimiento de las ideas nuevas, hay que tener energía, y esa energía no puede darla más que la convicción. Hay que encontrar hombres que trabajen por ellas.

Como las reformas, según creemos haber demostrado, no son aplicables, engañará a sabiendas a los trabajadores quien predique su eficacia. Además, sabemos que la fuerza de las cosas llevará infaliblemente a la revolución a los trabajadores; las crisis, los paros, el desarrollo mecánico, las complicaciones políticas, todo concurre a dejar a los trabajadores en la calle y a que se rebelen para afirmar su derecho a la existencia. Y puesto que la revolución es inevitable y las reformas ilusorias, no nos queda más que prepararnos a la lucha; eso es lo que hacemos, yéndonos directamente al objeto, dejando a los ambiciosos el trabajo de crearse situaciones y rentas con las miserias que piensan aliviar.

Aquí se nos presenta una objeción, nos dirán: Si reconocéis que nuestras ideas no pueden llevarse ahora a la práctica, ¿no predicáis la abnegación de la generación presente en beneficio de las futuras al pedirle que luche por una idea cuya inmediata realización no podéis garantizar?

No predicamos la abnegación; lo que hacemos es no forjarnos ilusiones acerca de los hechos, ni querer que se las forjen los entusiastas. Apreciamos los hechos como son, los analizamos y deducimos lo siguiente: Hay una clase que lo detenta todo y no quiere soltar nada; hay otra clase que lo produce todo y no posee nada, y no tiene otra alternativa, que postrarse humildemente ante sus explotadores, aguarda con servilismo que le den a roer un hueso; que ha perdido toda dignidad y toda altivez, puesto que no tiene nada de lo que eleva a un carácter, o rebelarse y exigir imperiosamente lo que se niega a sus súplicas. Para los que no piensan más que en su personalidad, para los que quieren gozar a toda costa y de cualquier modo, la alternativa no es agradable. Aconsejamos a éstos que se dobleguen a las exigencias de la sociedad actual, que en ella se busquen un rinconcito, que no miren donde ponen los pies, que no teman aplastar a los que los molesten, esa gente nada tiene que ver con nosotros.

Pero a los que creen que no serán libres de veras más que cuando su libertad no dificulte la de los que sean más débiles; a los que no podrán ser felices hasta que sepan que los goces que los deleitan, no cuestan lágrimas a algunos desheredados, a éstos les diremos que no es abnegación conocer que hay que luchar para emanciparse.

Comprobamos el hecho material de que únicamente la aplicación de nuestras ideas puede emancipar a la humanidad; ésta ha de ver si quiere emanciparse de una vez completamente, o si ha de haber siempre una minoría privilegiada que se aproveche de los progresos que se logren, a costa de los que se mueren a fuerza de trabajar para los demás.

¿Veremos resplandecer esa aurora? ¿Lo será la generación presente, o la siguiente, u otra más remota? Nada sabemos de ello, ni hemos de averiguarlo. Los que tengan bastante energía y corazón para querer ser libres, lo conseguirán.

CAPÍTULO VIGESIMOSEGUNDO

La verdad desnuda

Realmente, el lenguaje que hemos empleado en el capítulo anterior no es el que suele usarse en los partidos políticos, que prometen el oro y el moro, asegurando que la más ínfima reforma ha de proporcionar un período edénico a quienes la hayan apoyado. Pero nosotros, que nada aguardamos de la admiración de la masa, nosotros, que queremos que se guíe por sí misma, no queremos tratar de alucinarla. Para dar mayor fuerza a nuestro pensamiento, más alcance a nuestros actos, hemos de ver claro por nuestro camino, hemos de guardarnos de toda ilusión, hemos de deshacernos de cualquiera preocupación que pudiera extraviarnos.

.Nuestras ideas no podrán aplicarse si falta la energía para que las propaguen y defiendan quienes las hayan comprendido. El próspero éxito depende del esfuerzo que dediquemos al servicio de la revolución, pero si no empleamos inmediatamente esa fuerza, si no tratamos de pasar de una vez de la teoría a la práctica, es porque se nos presentan obstáculos, forzoso es reconocerlo. Si nuestras ideas pudieran realizarse inmediatamente, no tendríamos disculpa al no intentar la solución. De modo que hay que saber cuáles son esos obstáculos para vencerlos, en vez de negarlos.

Además, si hacemos propaganda, es precisamente para llevar a la práctica nuestras ideas, porque si fueran inmediatamente realizables, bastaría con la fuerza de las cosas.

Hemos de acostumbrarnos a mirarlo todo con frialdad; no nos hemos de empeñar en contemplar con cristales de aumento el objetivo de nuestros deseos, y al revés lo que tememos. No buscamos más que la verdad. Si nos engañáramos, engañaríamos también a los demás, y la revolución que hiciésemos sería inútil.

Nuestros contrincantes, cuando han agotado su argumentación, nos dicen que nuestras ideas son impracticables, y hemos de confesar que esa objeción parece fundada, sino en el fondo, en la forma, porque en la sociedad actual, parecen efectivamente utópicas nuestras ideas. Al individuo cuya mirada no ha llegado más allá de nuestra sociedad actual, le ha de ser muy difícil comprender que se pueda vivir sin gobierno, leyes, jueces, polizontes sin férula de ninguna especie, sin moneda ni valor representativo, cuando cuesta ya tanto trabajo entenderse en este mundo presente, en que se atribuye a las leyes la facultad de facilitar las relaciones.

A esa objeción no podemos contestar más que con hechos, puesto que lo que queremos no es todavía más que un sueño. Podemos citar las tendencias que guían a la humanidad; enumerar los ensayos que se hacen en corta escala dentro de la sociedad; pero eso poco puede influir en el espíritu prevenido de aquel cuyas aspiraciones no van más allá de la mejora de lo que existe.

Negar la objeción, sería obrar como los avestruces, y la objeción no dejaría de subsistir. Si respondemos con sofismas, nos meteremos en un callejón sin salida, y con eso nada

ganan las ideas. Para dilucidarlas y contestar a todas las objeciones, hemos de buscar todos los argumentos que se nos puedan oponer, y hasta suscitarlos para contestarlos como sea debido. Pero ante todo hemos de buscar la claridad y la precisión y no asustarnos de la verdad verdadera, puesto que eso es lo que buscamos. Afirmamos que nuestras ideas se basan en la verdad, y debemos demostrarlo, buscándola en todo y por todas partes.

Comprendemos perfectamente que este lenguaje no es a propósito para seducir a las masas, ni para levantar a las muchedumbres, y algunos compañeros podrán acusarnos de que sembramos en nuestras filas el desaliento, por no ocultar las partes flacas de la doctrina.

Esas reconvenciones no pueden basarse más que en un residuo de la educación de los partidos políticos. ¿Por qué hemos de prometer lo que no está en nuestra mano dar, y prepararnos una reacción que redundaría en perjuicio de nuestro ideal?

Si fuéramos un partido político deseoso de llegar al poder, haríamos a los individuos un montón de promesas, para que nos elevaran al pináculo; pero los anarquistas no procedemos así, no tenemos nada que prometer, nada que pedir y nada que dar. Cuando nuestros contrincantes nos objetan la imposibilidad de nuestras ideas, después de haber expuesto los hechos que demuestran las tendencias de la humanidad hacia ese ideal, no nos queda más que volver a la demostración de los abusos que se derivan de todas las instituciones, la falsedad de las bases en que descansan, la inutilidad de las reformas, con las cuales se nos quiere adormecer y repetir que se está en la alternativa de continuar padeciendo la explotación, o de rebelarse, mientras que les demostramos que el buen éxito de nuestra revolución dependerá de la fuerza con que quieran la realización de lo que comprenden. Esa es nuestra misión, lo demás depende de los individuos y no de nosotros.

No somos partidarios de la propaganda hecha con auxilio de grandes frases retumbantes o sentimentales, que incitan a los individuos a esperar una imposible realización inmediata. Llegan muy entusiasmados a la propaganda, creyendo que tocan la realización con el dedo, y como no es así, se desaniman y desaparecen uno tras otro sin que se vuelva a oír hablar de ellos. Muchos hemos visto llegar a los grupos, hace doce años, que no se contentaban con menos que con derribar, como Sansón, las columnas del templo. ¿Y dónde están hoy?

Nuestro ideal es llevar a cabo una tarea menos grandiosa, menos brillante, pero más duradera. Lejos de limitarnos a hablar al sentimiento de los individuos, tratamos de dirigirlos a su lógica y a su razón. Y no es que queramos hablar mal de aquellos cuyo talento consiste en interesar el sentimiento de los individuos. Cada cual trabaja según su concepto y su temperamento. En lugar de creyentes, buscamos convencidos; es necesario que cuantos acudan a la propaganda conozcan las dificultades que les aguardan, para que estén apercibidos a combatirlas y no se dejen desalentar por el primer obstáculo. Largo y áspero es el camino que hay que recorrer; antes de emprender la marcha, consulte cada cual su voluntad y sus músculos, porque habrá víctimas que se harán sangre con las asperezas, con los recodos del camino; habrá muchos cadáveres; los que no dispongan de gran fortaleza de ánimo quédense atrás, porque serán un estorbo para la columna.

Otra preocupación que ha adquirido gran crédito entre los anarquistas, consiste en considerar a la masa como una parte útil que se puede dirigir como se quiera, y de la cual no se debe hacer gran caso. Procede esa preocupación de que, por haber dado un paso más que los demás, hay quien se tiene por una especie de profeta, más inteligente que la generalidad de los mortales. Dicen muchos: Mandaremos hacer esto o lo otro a las masas, las arrastraremos con nosotros, etc., no dirían otra cosa los dictadores. Ese modo de apreciar las masas procede de un pasado autoritario.

Y no es que neguemos la influencia de las minorías sobre la muchedumbre; porque estamos convencidos de ella nos movemos tanto; pero creemos que en tiempo de revolución, el único influjo que puedan tener sobre las masas los anarquistas, es la acción; únicamente, poniendo en práctica las ideas y dando ejemplo, se arrastrará a la muchedumbre. Pero hay que estar muy convencidos de que, a pesar de todo, esos actos no influirán en las masas hasta que los pueda comprender, por una propaganda clara y determinada; cuando a la muchedumbre la haya puesto en pie el impulso de ideas recibidas anticipadamente.

Si sabemos propagar las nuestras, su influencia será la que se note; cuando hayamos sabido dilucidarlas y hacerlas inteligibles, podremos acometer la transformación social. Entonces no podremos temer que no nos sigan; lo que habrá que temer serán las trabas que quieran poner los que se consideren directores del movimiento.

En épocas revolucionarias, las muchedumbres van siempre más allá que los precursores. Extendamos, pues, nuestras ideas, expliquémoslas, dilucidémoslas, repitámoslas hasta la saciedad, no temamos mirar a la verdad cara a cara. Esa propaganda, lejos de restar adhesiones a nuestra causa, contribuirá a atraer a cuantos están sedientos de Justicia y de Libertad.